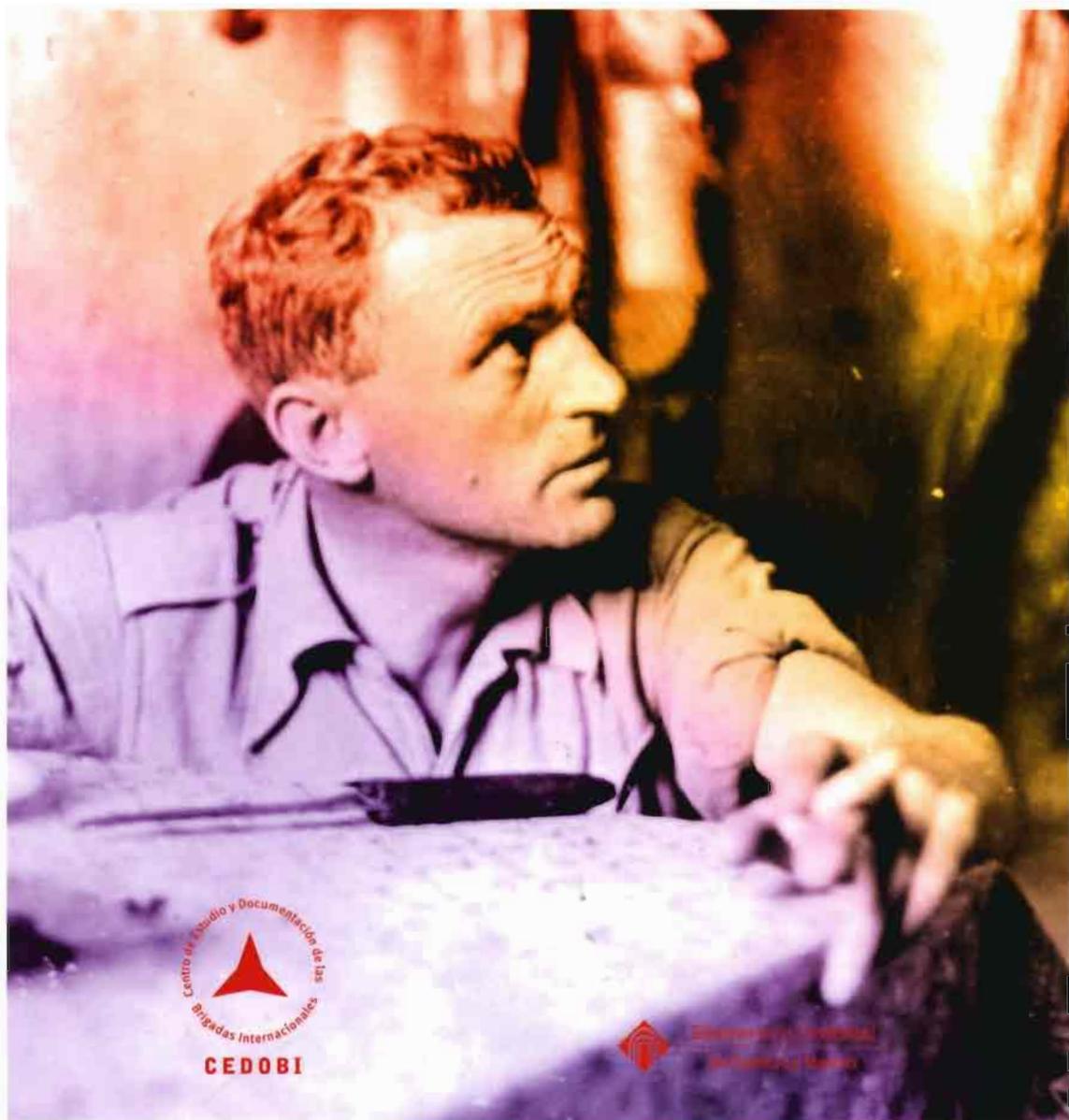


# COMPAÑEROS "KIWIS"

## NUEVA ZELANDA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Mark Derby (ed. lit.)

COLECCIÓN LA LUZ DE LA MEMORIA Nº 9



# COMPAÑEROS «KIWIS»

Nueva Zelanda  
y la guerra civil española



MARK DERBY  
PETER CLAYWORTH  
DEAN PARKER  
ANNA ROGERS  
JAMES McNEISH  
FARRELL CLEARY  
ROSAMUNDA DROESCHER

COMPAÑEROS «KIWIS»  
Nueva Zelanda  
y la guerra civil española

Edición a cargo de:  
MARK DERBY

Traducción de:  
Cristina GÓMEZ DE LA TORRE CURT



Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

Cuenca, 2011

COMPAÑEROS «Kiwis» : Nueva Zelanda y la guerra civil española / Mark Derby... [et al.] ; edición a cargo de, Mark Derby ; traducción de, Cristina Gómez de la Torre Curt.— Cuenca : Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2011

208 p. ; 24 cm.— (La luz de la memoria ; 9)

ISBN 978-84-8427-792-7

I. España – Historia – 1936-1939 (guerra civil) – Participación neozelandesa I. Derby, Mark 1956–. II. Derby, Mark 1956–, ed. lit. III. Gómez de la Torre Curt, Cristina, tr. IV. Universidad de Castilla-La Mancha, ed. V. Serie

94(460)“1936/39”

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Edición española publicada en inglés por Canterbury University Press, en 2009.

La presente edición española ha sido producida en asociación con Canterbury University Press, Private Bag 4800, Christchurch 8140, New Zealand.

- © de los textos e ilustraciones: sus autores.
- © de la traducción: Cristina Gómez de la Torre Curt.
- © de la edición inglesa: Canterbury University Press, 2009.
- © de la presente edición: Universidad de Castilla-La Mancha.

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.  
Dirigido por César Sánchez Meléndez.

Colección LA LUZ DE LA MEMORIA nº 9.  
1ª ed. Tirada: 500 ejemplares.

Diseño de la colección y de la cubierta:  
C.I.D.I. (Universidad de Castilla-La Mancha).

I.S.B.N.: 978-84-8427-792-7  
D.L.: CU-238-2011

Fotocomposición: Compobell, S.L.  
Impresión: Imprenta Kadmos

Impreso en España (U.E.) - *Printed in Spain (U.E.)*

## ÍNDICE

---

Presentaciones .....	11
Nota de la traductora a la edición española .....	15
Agradecimientos .....	17
Introducción .....	19
Nueva Zelanda en vísperas de la guerra civil .....	25

### **Primera Parte: Combatientes neozelandeses**

Pedro de Treend: el último superviviente .....	31
Griffith Maclaurin: un matemático en Madrid.....	39
Tom Spiller: un comunista indestructible .....	51
Charlie Riley: brigadista de choque .....	59
Eric Griffiths: as de la aviación .....	69
William MacDonald: soldado del Ejército del gobierno .....	75
William Madigan: «No soy un soldado de fortuna».....	81
Bernard Gray: el «cazatanques» de Masterton .....	85
Bert Bryan: un hombre que no superó las secuelas de la guerra .....	87
Jack Kent: «El Tigre de Taranaki».....	91
Alex MacLure: el «profesor» canadiense .....	97
Philip Cross: el cineasta que luchó a favor de Franco .....	103

### **Segunda Parte: Neozelandeses no combatientes**

Doug Jolly: un cirujano en el frente .....	111
Las enfermeras Shadbolt, Dodds y Sharples: «Hacer algo útil en lugar de combatir» .....	123
Una Wilson: «No creo que pueda volver a sonreír».....	137
Dorothy Morris: «Aquí apenas se conocen nuestras prácticas de enfermería»	145
Geoffrey Cox: el corresponsal de la defensa de Madrid .....	149
Peter Russell: el espía de Oxford.....	161
Robert Macintosh: un anestesista en el bando franquista.....	165

**Tercera Parte: Voluntarios que emigraron a Nueva Zelanda  
tras la guerra civil**

Greville Texidor y Werner Droescher: escritores y milicianos anarquistas	171
Ron Hurd: un australiano duro y aventurero .....	181
Bill Belcher: universitario de Cambridge y miliciano .....	183
Bob Ford: un norteamericano de gran talla .....	187
Jim Hoy: combatiente desconocido.....	191
Franz Bielchowsky y Marianne Angermann: científicos y refugiados....	195

**Apéndice**

Mapa de Nueva Zelanda .....	199
Voluntarios neozelandeses en la guerra civil española .....	203

*A los neozelandeses que ayudaron  
a la República a defender la democracia, 1936-1939.*



## PRESENTACIÓN

---

Durante un reciente viaje a Nueva Zelanda para estudiar posibles vías de cooperación entre universidades neozelandesas y la Universidad de Castilla-La Mancha, tuve la oportunidad de «asomarme» tímidamente a la realidad social, económica y cultural de un país que a los españoles, en general, se nos antoja lejano y exótico. Poco sabemos de él, salvo la curiosidad anecdótica de que es el país situado en nuestras antípodas, y por tanto, el más lejano posible de España, y el vago conocimiento de la existencia de un grupo étnico, los maoríes, que articulan unas espectaculares danzas guerreras, a la vez que emiten curiosísimos sonidos y convierten sus propios cuerpos en instrumentos de percusión.

Nueva Zelanda es un país de una soberbia naturaleza, de una belleza indescriptible, y sus habitantes, tanto los originarios maoríes, como los que allí se asentaron hace un par de siglos provenientes de Europa, principalmente del Reino Unido, son gentes agradables, amables, acogedoras y con un sencillo sentido del humor.

En la cálida y cercana acogida que me brindó la Embajada de España, que acompañó y apoyó todas las gestiones de la universidad regional, tuve la oportunidad de compartir tertulia distendida con Marcos Gómez, Embajador de España, y Cristina Gómez de la Torre. En el decurso de la conversación surgió la semilla que daría lugar a la publicación de este libro. Conocí de primera mano la labor de traducción que Cristina había comenzado a realizar y, para mi sorpresa, descubrí que un grupo de idealistas neozelandeses habían cruzado literalmente medio mundo hace casi ochenta años para defender la causa de la libertad en un país que, con toda seguridad, a ellos también se les antojaría lejano, muy lejano geográficamente, pero muy cercano en la lucha humana por el progreso de la libertad y la democracia. Y con los medios de entonces, que no se parecen en nada a los de ahora, se aventuraron para hacer suya la causa de la II República española.

Cristina Gómez ha realizado una maravillosa labor de traducción y de adaptación de la obra original de Mark Derby. Sea para ella mi primera felicitación y reconocimiento. Éste se hace extensivo a Canterbury University Press (Nueva Zelanda), por las facilidades dadas para la publicación de este

libro en español, y al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, por su profesionalidad, que ha hecho posible que este libro sea una realidad.

Animo al lector a adentrarse en las páginas de este libro, que le llevará a descubrir que la distancia es solo geográfica en el corazón y en los ideales de los hombres.

**José Ignacio Albentosa y Hernández**  
*Vicerrector de Cuenca y de Extensión Universitaria*

## PRESENTACIÓN

---

Los destinos de España y Nueva Zelanda se han entrecruzado en pocas ocasiones. Es sabido que ambos países se encuentran en sus respectivas antípodas, de modo que no hay distancia en el globo mayor que la que separa la península ibérica de las islas que se encuentran, literalmente, en la otra cara del mundo. Se da la trágica circunstancia de que la guerra civil española fue uno de los pocos momentos en que ambos países se acercaron.

Conocí al historiador Mark Derby en el año 2008. Derby había sido el promotor de un congreso reunido en Wellington dos años antes cuyo objeto fue el estudio de la participación neozelandesa en la guerra civil. De dicho congreso surgió la idea del libro *Kiwi compañeros*, publicado en 2009 con el apoyo de la Embajada de España en Nueva Zelanda.

La edición española de *Compañeros Kiwis*, que aparece ahora gracias al encomiable compromiso con la memoria de la Universidad de Castilla-La Mancha, pone al alcance del lector hispanohablante una colección de relatos biográficos excepcionales: los de un puñado de neozelandeses que, impulsados por las más diversas motivaciones, atravesaron el planeta para combatir en la guerra civil española, informar sobre su desarrollo y curar a sus víctimas. El testimonio de sus acciones y de su sacrificio compone un conjunto conmovedor de retratos.

Este libro constituye un merecido homenaje a todos ellos.

**Marcos Gómez**

*Embajador de España en Nueva Zelanda*



## NOTA DE LA TRADUCTORA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

---

*Kiwi Compañeros* fue publicado en Nueva Zelanda en abril de 2009. La palabra «kiwi» es el gentilicio con el que se autodenominan los nacionales de ese país. También da nombre a la fruta originaria de China que pasó a denominarse «Kiwi» a mediados del siglo pasado por motivos comerciales. El kiwi es un ave autóctona de Nueva Zelanda que perdió la capacidad de volar al no verse amenazada por ningún depredador. Ha sido un símbolo del país desde el siglo XIX. Durante la Primera Guerra Mundial los regimientos neozelandeses portaban como distintivo una insignia con un kiwi, por lo que pronto empezó a popularizarse el nombre de «kiwis» entre los soldados para distinguir a los neozelandeses de otras fuerzas del Imperio británico. Durante la guerra civil española los voluntarios se referían a sí mismos como «kiwis» en las cartas que enviaban a casa.

La edición española del libro es una adaptación del original neozelandés centrada en las biografías de los voluntarios que participaron en la guerra civil. Además, incluye nueva información obtenida con posterioridad a la publicación de la versión neozelandesa. Esta información adicional, así como los cambios respecto a la edición original, han sido supervisados y aprobados por el autor y editor, Mark Derby.

En la traducción de los testimonios de los voluntarios se ha preferido mantener la mayor fidelidad posible al texto original neozelandés, aun a sabiendas de que dichos testimonios pueden contener imprecisiones históricas.



## AGRADECIMIENTOS

---

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento a Michael O'Shaughnessy sin cuya generosidad este libro no hubiera sido posible. La persistente labor investigadora de Michael, desarrollada en varios países, despertó mi curiosidad por conocer más en profundidad la respuesta de Nueva Zelanda a la guerra civil española. Michael ha puesto a mi disposición toda su documentación, así como sus contactos internacionales y amplios conocimientos sobre esta materia.

El punto de partida del libro fue un seminario organizado en el año 2006 por el *Trade Union History Project* (ahora llamado *Labour History Project*), asociación sin fines de lucro dedicada al estudio de la historia del laborismo y del movimiento sindical en Nueva Zelanda. Estoy muy agradecido a mis compañeros del Comité de la Asociación por su apoyo constante y desinteresado. También agradezco la colaboración de los conferenciantes que participaron en el seminario y que han revisado sus ponencias para adaptarlas a la publicación.

Desde la celebración del seminario he contado con la inestimable ayuda de un grupo de investigadores. Ellos se han encargado de seguir el rastro de los voluntarios neozelandeses para documentar sus biografías de la forma más rigurosa y completa posible. Entre todos los investigadores, quiero destacar a Peter Clayworth y David Verran. Ambos gozan de una energía, sabiduría y buen humor envidiables.

Los familiares de los veteranos neozelandeses de la guerra civil me han facilitado material histórico muy valioso. Haber tenido la oportunidad de conocerlos ha sido un aspecto muy gratificante de la investigación.

También quiero manifestar mi agradecimiento a las distintas instituciones neozelandesas que han contribuido a hacer realidad este proyecto, así como a la Embajada de España en Nueva Zelanda por su generoso apoyo a la publicación.

Finalmente, debo mencionar a Richard King antiguo editor de Canterbury University Press que apoyó el proyecto desde su concepción hasta su inesperada muerte en marzo de 2008. Agradezco a su sucesora Rachel Scott que haya culminado el trabajo emprendido por Richard.



## INTRODUCCIÓN

---

*Hoy Madrid es el centro de gravedad del mundo y no quisiera hallarme en ninguna otra parte!*

Con estas palabras pronunciadas en enero de 1937, el médico canadiense Norman Bethune explicaba su decisión de abandonar una exitosa carrera profesional y partir a una guerra lejana. Seis meses antes, el levantamiento militar contra el gobierno español elegido democráticamente había provocado un terremoto político en Europa y en el mundo. Esta sublevación local pronto adquirió tintes de conflicto internacional en un contexto europeo caracterizado por la inestabilidad y las fracturas políticas y sociales.

Entre los extranjeros residentes en España en aquel momento se encontraba un joven director de cine procedente de Nueva Zelanda. Tanto su equipo técnico como el elenco de actores locales de su compañía se aprestaron a apoyar a los generales insurgentes. El joven neozelandés imitó su ejemplo y pasó ocho meses envuelto en el caos mortal que reinaba a las puertas de Madrid. Frente a él, detrás de las barricadas que defendían la ciudad, luchaban varios compatriotas suyos.

Durante los tres años siguientes, al menos quince nombres de neozelandeses aparecieron entre el inusitado número de voluntarios extranjeros que tomaron parte en esta guerra «civil». Casi todos ellos apoyaron al gobierno republicano. Al igual que en el caso de Norman Bethune, se vieron arrastrados hacia el centro de gravedad de un conflicto que consideraban la vanguardia de la lucha contra el fascismo, que para entonces ya había conseguido imponerse en Alemania e Italia y amenazaba con extenderse al resto de Europa. A finales de 1936, incluso en un país tan aislado y alejado como Nueva Zelanda, parecía evidente que una guerra mundial podría estallar si no se conseguía derrotar al fascismo en España.

La edición española de este libro comienza con una breve nota sobre Nueva Zelanda en vísperas de la guerra civil. Con ella se pretende situar

---

1 N. Bethune a B. Spence, 11 de enero de 1937, cita de Larry Hannant, (ed.), *The Politics of Passion: Norman Bethune's writing and art*, University of Toronto Press, Toronto, 1998, p. 147.

al lector en el contexto histórico en el que se desenvolvían las vidas de los neozelandeses que decidieron participar como voluntarios en la guerra de España. Tras esta breve introducción, el libro se divide en tres partes. La primera está dedicada a las biografías de los combatientes; la segunda se destina a los voluntarios no combatientes; y la tercera parte agrupa a los voluntarios procedentes de otros países que, por una u otra razón, emigraron a Nueva Zelanda después de la guerra y se vincularon de una forma muy estrecha con el país. Un apéndice al final reúne los nombres de todos los voluntarios de los que hasta el momento se tiene noticia.

Los testimonios y sucesos descritos en este libro provienen de una gran diversidad de fuentes, entre las que se cuentan archivos militares, artículos periodísticos, entrevistas personales, cartas y diarios inéditos, así como relatos orales transmitidos en el seno de las familias. Se trata del primer intento de recopilar todo este material y sacarlo a la luz pública.

## **IDEALISMO, CURIOSIDAD Y ESPÍRITU AVENTURERO**

Sumando a los combatientes y no combatientes de ambos bandos, no llegaron a la treintena los neozelandeses voluntarios que participaron en la guerra civil. Se trata de una cifra evidentemente modesta, aunque equiparable a la de los sesenta y tantos voluntarios australianos. Un colectivo de tamaño tan manejable ofrece al historiador la oportunidad de adoptar un enfoque micro-histórico y estudiar en profundidad un campo muy estrecho, en lugar de adoptar la perspectiva panorámica propia de los estudios históricos de carácter social o militar. Este libro adopta el primer enfoque y desciende hasta el máximo nivel de detalle posible, habida cuenta de la información disponible, para describir a cada uno de los neozelandeses que participaron en la guerra civil española.

«Compañeros kiwis» cuenta una historia, que salvo en una pequeña parte, nunca antes había sido escrita ni documentada. A excepción del periodista sir Geoffrey Cox, ningún otro neozelandés había dejado testimonio público de sus experiencias durante la guerra civil. Hasta ahora solo se disponía de un relato parcial y disperso de estas experiencias, recogido por terceros. En los extensos archivos de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales de Madrid, el apartado correspondiente a Nueva Zelanda consta de una sola hoja de papel<sup>2</sup>. La situación en Nueva Zelanda no es mucho mejor. Algunos voluntarios han dejado importantes testimonios escritos de carácter

---

2 Salvador Bofarull, director de la Asociación de Amigos de la Brigadas Internacionales, Madrid – información comunicada al autor.

privado a los que se ha podido acceder para elaborar este libro, pero de otros, apenas se ha podido averiguar más que el nombre. Una serie de factores han contribuido a la casi total ausencia de documentación escrita sobre este episodio en la historia de nuestro país: el escaso número de voluntarios neozelandeses en el frente, la gestión a menudo caótica de sus registros, el estallido inmediato de la guerra mundial que relegó a un segundo plano su precedente ibérico y el sentimiento ambivalente de muchos neozelandeses hacia aquellos compatriotas que arriesgaron sus vidas en un país remoto y desconocido.

El conjunto de biografías que se recoge en este libro constituye una muestra demasiado pequeña para poder realizar un análisis estadístico significativo del que extraer conclusiones de carácter general. Sin embargo, no deja de ser un conjunto revelador. Contiene los elementos más relevantes que caracterizaron la participación de voluntarios extranjeros en la guerra civil. Aquí está representado todo el abanico de posiciones izquierdistas que defendieron los partidarios de la República –anarquistas como Werner Droscher y Greville Texidor; comunistas comprometidos como Bert Ryan y Charley Riley, y antifascistas sin afiliación alguna como Pedro de Treend, William MacDonald o Doug Jolly. La perspectiva franquista se encuentra prácticamente ausente, pero no del todo. Es también significativo el hecho de que casi un tercio de los combatientes neozelandeses fueran a España impulsados por motivaciones que nada tenían que ver con las convicciones políticas, sino más bien con la curiosidad y el espíritu de aventura, e incluso en algún caso por necesidades financieras. Este hallazgo inesperado no concuerda con la visión predominante de unos brigadistas y voluntarios extranjeros profundamente idealistas y politizados. Sin embargo, hay que señalar que incluso los voluntarios neozelandeses menos concienciados políticamente acabaron, en el curso de la guerra, adoptando y defendiendo los ideales de sus líderes y compañeros.

El papel tan importante desempeñado por las mujeres en los frentes de batalla, en ocasiones como combatientes y a menudo como enfermeras y personal sanitario, también aparece reflejado en este libro. Los testimonios de las mujeres neozelandesas proporcionan un punto de vista menos ideologizado, más personal y, a veces más gráfico, de los horrores de la guerra que los relatos de sus compañeros. Finalmente, el número abrumador de bajas entre los voluntarios extranjeros también se repite a escala reducida en el caso de los neozelandeses. Alrededor de un tercio de los combatientes yace bajo el suelo del país cuya democracia quisieron defender y prácticamente ninguno de ellos escapó indemne del conflicto. Entre los sobrevivientes hubo muchos que luego pusieron su experiencia de guerra y sus convicciones políticas al servicio de la causa contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial.

## ¿IDENTIDAD O NACIONALIDAD?

En el curso de las investigaciones se planteó la pregunta sobre quién debía ser considerado neozelandés a efectos de su inclusión en este libro. En realidad, solo una parte de los voluntarios aquí descritos eran ciudadanos neozelandeses que recorrieron la enorme distancia que separa ambos países para tomar parte en la contienda. El resto llevaba tiempo residiendo en el extranjero cuando estalló la guerra y muy pocos regresaron a su país de origen. Teniendo en cuenta las circunstancias de la época, distinguir entre neozelandeses, australianos, canadienses y otros ciudadanos de la Commonwealth resulta un anacronismo ya que todos eran técnicamente súbditos británicos que viajaban con pasaporte británico.

¿Hasta qué punto existía un sentimiento de identidad nacional en los voluntarios? Este es otro aspecto a considerar que trasciende el de la mera nacionalidad legal. La enfermera Una Wilson, por ejemplo, que formó parte del equipo sanitario australiano, confesaba haberse sentido representante de Nueva Zelanda durante las celebraciones del 1º de Mayo de 1937 en Barcelona. Alexander Maclure que sirvió en las unidades norteamericana y canadiense también se identificaba como neozelandés.

Así pues, a la hora de abordar esta cuestión, el libro ha optado por una perspectiva integradora considerando a todos los combatientes y voluntarios que tuvieran vínculos establecidos con Nueva Zelanda, incluso aunque dichos vínculos fueran ya débiles en el momento de partir hacia España. Del mismo modo, el libro recoge las semblanzas de algunos veteranos procedentes de otros países que se trasladaron a Nueva Zelanda después de la guerra. En ningún momento se ha pretendido dar cuenta de todos los inmigrantes procedentes del conflicto español, pero sí se ha querido destacar la valiosa contribución de algunos de ellos a este país.

Como señala Farrell Cleary en su biografía sobre el profesor anarquista Werner Droescher, en un país como Nueva Zelanda, constituido por inmigrantes (considerando también a los que llegaron hace mil años) la inclusión en el libro de aquéllos que llegaron en épocas recientes está tan justificada como la de los expatriados que nunca regresaron.

## A PUNTO DE DESAPARECER DE LA HISTORIA

Este libro persigue el objetivo de preservar los nombres y los hechos de los hombres y mujeres que participaron en una guerra remota, confusa y cruel que no ha llegado a formar parte de la memoria colectiva de Nueva Zelanda, como sí lo han hecho otras guerras extranjeras.

Entre las vidas de estos hombres y mujeres hay actos heroicos que merecen un mayor reconocimiento tanto en Nueva Zelanda como a nivel internacional. Quizás el caso más llamativo sea el del cirujano Doug Jolly, uno de los médicos militares más influyentes del siglo XX que, sin embargo, es un total desconocido en su propio país. Esta amnesia histórica obedece a una combinación de factores: para muchos neozelandeses la guerra de España carecía del atractivo patriótico de la guerra de los Boer o de las dos guerras mundiales; y pocos eran capaces de comprender la inspiración que había impulsado a algunos neozelandeses a viajar a España. A diferencia de lo que ha ocurrido en otros países, en Nueva Zelanda no se ha creado ninguna organización de apoyo a los veteranos de la guerra civil. Nuestros ex-brigadistas llegaron incluso a sentirse mal recibidos en las delegaciones locales de la *Returned Services Association (RSA)*\*.

Es todavía más significativo el hecho de que en Nueva Zelanda no exista ni un solo monumento en memoria de los ciudadanos que sirvieron y, en algunos casos, murieron en España defendiendo la libertad democrática. Lo que más se acerca es un parque de Auckland, el *Shadbolt Park*, rebautizado en 1942 como *Sister René Shadbolt Park* por una autoridad local «en homenaje a la enfermera Shadbolt por servicios a la humanidad, al formar parte del grupo de las tres enfermeras neozelandesas que cruzaron los océanos para dedicarse a paliar el sufrimiento en la guerra civil española»<sup>3</sup>. La Embajada de España en Nueva Zelanda planea, en colaboración con la Alcaldía de Wellington, dedicar una placa a la memoria de los voluntarios neozelandeses de la guerra civil.

Resucitar y publicitar las historias del puñado de neozelandeses que se vieron arrastrados por el centro de gravedad del mundo en los años 30 ha sido un ejercicio emocionante e inspirador. La familia de Jack Kent sabía que éste había muerto cuando el barco en el que se dirigía a España fue torpedeado por un submarino, pero desconocía las circunstancias concretas que rodearon aquel suceso.

En una colección internacional de escritos sobre la guerra civil española se habla de «la gente común que arriesgó la vida luchando entre olivares por sus convicciones políticas, muchos la perdieron y muy pocos regresaron de una

---

\* (N. de la T.) La RSA (Royal New Zealand Returned Services Association) fue fundada en 1916 por veteranos heridos de la Primera Guerra Mundial. Aproximadamente el 10% de la población neozelandesa, a la sazón de un millón de habitantes, participó en dicho conflicto como parte del esfuerzo bélico británico. Murieron 18.500 neozelandeses, y casi 50.000 resultaron heridos.

<sup>3</sup> Libro de Actas del Ayuntamiento de New Lynn, 23 de febrero de 1942, Auckland City Library.

sola pieza; esa gente que aparece mirando a la cámara en mudas fotografías, gente anónima, cuyo nombre ya no podrá conocerse, gente que se desvanece, a punto de desaparecer de la historia»<sup>4</sup>.

Este libro pretende rescatar del olvido a los «kiwis» que por una serie de razones, no necesariamente honorables, eligieron tomar partido en una guerra lejana y desesperada. La historia ha dado su veredicto al juzgar merecedores de reconocimiento y agradecimiento póstumo a los hombres y mujeres que defendieron el gobierno democrático de la República frente al avance del fascismo, contribuyendo a un futuro de la humanidad más justo y pacífico. Todos los que hemos participado en este proyecto nos sumamos a ese reconocimiento.

Mark DERBY  
Wellington, 2010

---

4 V. Cunningham, Introducción del libro *The Spanish Front: Writers on the civil war*. Oxford, 1986.

## NUEVA ZELANDA EN VÍSPERAS DE LA GUERRA CIVIL\*

---

*Mark Derby*

---

A mediados del invierno austral de 1936, en el húmedo mes de julio, la radio y los periódicos neozelandeses informaron a sus ciudadanos del golpe militar que acababa de producirse en España. Al principio la noticia no debió de despertar mucho interés. España se encontraba en el otro extremo del mundo y las conexiones entre ambos países eran prácticamente inexistentes.

Nueva Zelanda - *Aotearoa*\*\* tenía entonces un millón y medio de habitantes. Aproximadamente una quinta parte de la población estaba compuesta por maoríes, indígenas que solían vivir en comunidades rurales cerradas donde preservaban su lengua y sus costumbres. El resto de los habitantes eran, en su mayoría, descendientes de emigrantes anglófonos procedentes de Gran Bretaña e Irlanda. La capital del país se había trasladado de Auckland a Wellington en 1865 para facilitar las comunicaciones entre las dos islas.

No existía ningún vínculo histórico con España y las relaciones comerciales se limitaban a importaciones simbólicas de aceite de oliva, jerez y naranjas. En aquella época Nueva Zelanda destinaba a Gran Bretaña la mayor parte de sus exportaciones derivadas de la ganadería (lana, productos cárnicos y lácteos).

Ciudadanos de un Dominio del Imperio Británico con elevado nivel de autogobierno, los neozelandeses eran súbditos leales de Su Graciosa Majestad y viajaban con el pasaporte británico azul marino, puesto que el gobierno neozelandés no consideraba necesario emitir un pasaporte nacional. A pesar de la dependencia formal de su lejana metrópoli, el Parlamento neozelandés promulgaba sus propias leyes. Entre otras decisiones autónomas importantes, Nueva Zelanda había sido el primer país del mundo en otorgar el voto a la mujer, en 1893.

---

\* (N. de la T.) Tal y como se menciona en la Introducción, esta nota ha sido elaborada por el autor para la edición española.

\*\* (N. de la T.) Aotearoa es el nombre maorí que recibe Nueva Zelanda y significa «tierra de la larga nube blanca».

Unos meses antes del levantamiento militar en España los neozelandeses habían elegido a su primer gobierno socialista. El Partido Laborista, dirigido por antiguos líderes sindicales, se impuso con claridad en las elecciones de noviembre de 1935. También en este país aparentemente tan alejado de los asuntos del resto del mundo se producían avances sociales significativos.

Los efectos de la depresión económica mundial de los primeros años 30 impulsaron a los neozelandeses a dejar atrás años de gobiernos conservadores dirigidos por ganaderos. Entre 1930 y 1932 las exportaciones de Nueva Zelanda quedaron reducidas a la mitad. El desempleo alcanzó proporciones inimaginables, con despidos masivos tanto en el sector privado como en los servicios públicos. Se estima que en 1932 alrededor del 30% de la población activa estaba en paro. La gente no podía pagar ni la cuenta de las tiendas de alimentación, que consecuentemente quebraban. Los niños iban descalzos y vestían ropas hechas en casa con tela de saco. Todo ello supuso un trauma enorme para un pueblo que hasta entonces había disfrutado de una prosperidad relativa. Se sucedían las manifestaciones de trabajadores desempleados por todo el país. En las principales ciudades las protestas solían acabar de forma violenta. Impulsados por la grave situación económica, algunos neozelandeses se sumaron al Partido Comunista. Otros se unieron a grupos de extrema derecha inspirados en líderes europeos autoritarios, como Mussolini.

En 1935 la situación empezó a mejorar. Pero para entonces la mayoría de los votantes había perdido la confianza en sus gobernantes y se inclinó por el cambio. El nuevo gobierno laborista se comprometió a garantizar seguridad económica para todos. Puso en marcha un programa de inversiones públicas en carreteras, ferrocarriles, energía hidráulica y vivienda; aumentó la cobertura social de los parados, ancianos y enfermos, y estableció la semana laboral de 40 horas. La electricidad llegaba ya a casi todo el país. Los hornos eléctricos sustituyeron rápidamente al tradicional hornillo alimentado con madera y carbón que era todavía común en muchos hogares neozelandeses.

En este contexto, la cobertura mediática de la guerra civil española era muy limitada y respaldaba, en general, la posición de neutralidad adoptada por Francia y Gran Bretaña. Una excepción curiosa pero relevante fue la serie de relatos cortos sobre los primeros momentos del conflicto publicados en 1938 en el semanario de mayor tirada de la época, el *Weekly News*. Su autor era el prestigioso periodista Manuel Chaves Nogales. Habían aparecido en 1937 en diarios españoles bajo el título colectivo de «A sangre y fuego». Poco después fueron publicados en inglés como *Heroes and Beasts*.

Sin embargo, era muy poco lo que el nuevo gobierno podía hacer, y de hecho hizo, respecto a la crítica situación en España. Nueva Zelanda era miembro de la Sociedad de Naciones y en alguna ocasión instó a la organi-

zación a actuar a favor del gobierno legítimo español. Eso fue todo. Como parte del Imperio Británico, Nueva Zelanda disponía de un ejército reducido, carecía de Ministerio de Asuntos Exteriores y su único representante en el extranjero era un Alto Comisionado con residencia en Londres. El gobierno estaba inmerso en sus preocupaciones domésticas y se mostraba cauteloso frente a sus seguidores católicos. Muchos trabajadores de esta confesión habían votado por el laborismo y cinco de los catorce miembros del gabinete procedían de un entorno católico.

Sin embargo, para la cúpula de la Iglesia Católica de Nueva Zelanda no existía ningún conflicto de lealtades. Durante toda la guerra civil su posición se mantuvo firme del lado de Franco. Consideraba la guerra como un mero ataque a la iglesia perpetrado por comunistas y anarquistas. La línea editorial de los dos periódicos católicos fue muy dura con la República. Se publicaron muchas historias sobre atrocidades cometidas contra monjas, sacerdotes e iglesias.

Aunque el gobierno laborista neozelandés mantuviera una actitud prudente frente a guerra civil, el periódico del partido, el *Standard*, empezó a publicar desde finales de 1936 artículos, noticias y fotos en apoyo a la República. El *Standard* también promocionó a la principal organización de ayuda a la España republicana, el *Spanish Medical Aid Committee* (Comité de Ayuda Médica a España) conocido por sus iniciales como el *SMAC*. La primera oficina de esta organización la fundó en Dunedin un joven universitario canadiense llamado Alex McLure, que en 1937 abandonó Nueva Zelanda para unirse a las fuerzas de la República (su historia se ha incluido entre las biografías de los combatientes neozelandeses).

El *SMAC* enseguida abrió delegaciones en otras localidades del país y organizó actos y conferencias para recaudar fondos y promover la causa republicana. Uno de estos actos consistió en la proyección de la película británica *Defence of Madrid*. Al final se consiguió suficiente dinero para financiar el traslado a España de tres enfermeras, una camioneta y una ambulancia. Se trató de un esfuerzo verdaderamente meritorio, teniendo en cuenta que Nueva Zelanda estaba emergiendo de una grave crisis económica y que la mayor parte de los donantes tenía dificultades para llegar a fin de mes.

Los sindicatos constituyeron el principal respaldo, tanto moral como financiero, para la España republicana. Una vez que las noticias del alzamiento llegaron a Nueva Zelanda, las organizaciones sindicales no tardaron en aprobar resoluciones en solidaridad con los trabajadores españoles y su gobierno, que luego trasladaron al ejecutivo laborista. Los sindicatos con mayor número de afiliados eran entonces el Sindicato de Marineros, el de Tranvías, el de Mineros, el de Trabajadores de la Madera y el Sindicato General de Trabajadores. Ellos fueron los que más se movilizaron y los que aportaron la

tercera parte de los fondos recaudados. Los sindicatos también instaron a su gobierno a tratar de convencer a Gran Bretaña de que abandonara la política de no intervención y apoyara al gobierno legítimo español.

El Partido Comunista de Nueva Zelanda estaba estrechamente vinculado al movimiento sindical. Muchos de sus miembros y simpatizantes formaban parte del núcleo dirigente de los sindicatos más importantes. Se trataba de un partido minoritario pero muy activo. La guerra civil se presentó como una excelente oportunidad para lanzarse a la construcción de un frente unido contra el fascismo, tal y como preconizaba el Comintern. El Partido Comunista pretendía reunir al resto de fuerzas progresistas sindicales y al Partido Laborista, y constituir así una plataforma amplia de ayuda a España a partir de la cual crear una coalición con un objetivo más ambicioso, el de la lucha contra el fascismo. El *SMAC* fue hasta cierto punto un ejemplo de esa estrategia. Había comunistas ocupando puestos clave, pero también integrantes destacados del Partido Laborista y otros representantes de la izquierda no afiliados al Partido.

La primera mención al conflicto español en el periódico del Partido Comunista, el *Workers' Weekly*, data de julio de 1936. En los primeros tiempos el diario se mostraba entusiasta en cuanto a las posibilidades de victoria de los obreros y campesinos españoles. La guerra civil se consideraba el acontecimiento más importante desde la Revolución rusa. Más tarde, el periódico publicaba que el conflicto se había transformado en una lucha entre la democracia y el fascismo, una lucha que se desarrollaba no solo en España sino en el mundo. El *Workers' Weekly* anunció en marzo de 1937 que «el destino de la democracia en Nueva Zelanda y en todo el mundo se está decidiendo en las planicies de Madrid». Uno de los redactores del periódico y miembro del Comité Central del partido, Bert Bryan, formó parte de las Brigadas Internacionales.

Sin embargo, el Partido Comunista de Nueva Zelanda no consiguió persuadir al gobierno laborista para que se uniera a su campaña de apoyo abierto y decidido a la República. El gobierno estaba volcado en su programa de reformas económicas internas y mantuvo un posicionamiento público más bien prudente respecto a la causa republicana. En este contexto, cobra especial relevancia la decisión de unos pocos neozelandeses de viajar a España para tomar parte en la guerra civil.

**PRIMERA PARTE:  
COMBATIENTES NEOZELANDESES**

---



## PEDRO DE TREEND: EL ÚLTIMO SUPERVIVIENTE

---

*Mark Derby*

---



*Pedro de Treend a los 17 años trabajando en el puerto de Málaga mientras estaba prisionero, 1937. En la foto aparece con una gorra del uniforme del ejército franquista. Colección De Treend.*

Todavía vive uno de los pocos voluntarios neozelandeses que participaron en la guerra civil. De Treend reside actualmente en la ciudad de Hastings, en Hawke's Bay. Es un anciano de una vitalidad sorprendente que todavía conserva el ademán enérgico de su pasado militar.

En un largo camino de ida y vuelta, este veterano combatiente llegó a la guerra tras recorrer dos veces la distancia entre España y Nueva Zelanda. Pedro de Treend nació en San Sebastián. Ello sería determinante en su decisión de involucrarse en un conflicto que recuerda con amargura.

Apenas contaba diecisiete años cuando se vio envuelto en la contienda civil, en compañía de comunistas ortodoxos, trotskistas y anarquistas. El idealismo y el afán de aventura que le habían impulsado a ir a España desaparecieron en poco tiempo: «fue muy traumática toda esa lucha interna entre las unidades comunistas [...] Durante la guerra civil me sentí avergonzado de mi sangre española. Y encima luego me tacharon de comunista». El joven soldado consiguió sobrevivir a la contienda gracias a su resistencia física y a una gran habilidad para salir de situaciones difíciles. De Treend prosiguió su andadura militar durante varios años en distintos ejércitos aliados y, al acabar la Guerra Mundial, regresó a Nueva Zelanda para dedicar el resto de su vida a la enseñanza.

El testimonio que se recoge a continuación está basado en la entrevista que Pedro de Treend mantuvo con Mark Derby el 2 de julio de 2007.

«Nací en 1919, en San Sebastián, [...] aunque crecí y me eduqué en Irlanda. Mis padres eran de origen vasco, mi padre cambió su apellido por razones políticas. Mi madre estaba empeñada en que fuera cura, pero no me gustaba el fanatismo de la educación religiosa y acabé por renegar de la Iglesia.

Cuando tenía 14 años, mis padres se separaron y tuve que quedarme a vivir con mi madre. Agobiado por su insistencia en meterme a cura, me escapé de casa y, mintiendo sobre mi edad, conseguí un trabajo en un barco con destino a Sudáfrica. En Durban decidí fugarme de nuevo, pero me atraparon enseguida una noche que dormía a la intemperie, y me llevaron de vuelta a Gran Bretaña. Temía que la policía me estuviera esperando, así que, en cuanto el barco atracó en el primer puerto inglés, me escapé por la popa deslizándome a pulso por una cuerda. Escondido entre una carga de plátanos, esperé a que la tripulación desembarcara y me uní disimuladamente al grupo. El Ejército de Salvación me proporcionó ropa y ayuda. Pero yo quería salir de Inglaterra a toda costa. En cuanto tuve ocasión me embarqué hacia Montreal y luego hacia el sur, a Argentina. Durante seis meses, residí en Berisso, cerca de Buenos Aires, y después en Panamá, donde me embarqué hacia Nueva Zelanda. Entonces no tenía ni la más remota idea del país al que me dirigía.

Pasé un año viviendo a las afueras de Auckland, trabajando en el campo. Me dediqué a limpiar acequias, cosechar heno, recoger *manuka*\* [...] Luego me fui a Wellington con un amigo maorí. En 1936 supe por la prensa y la radio que una guerra civil había estallado en mi país de nacimiento y que el gobierno estaba convocando a voluntarios de todo el mundo para apoyar a las fuerzas leales en su combate contra los rebeldes. Siempre me había atraído

---

\* (N. de la T.) Denominación maorí del *Leptospermum Scoparium*, un arbusto endémico de Nueva Zelanda de la familia de las mirtáceas, muy apreciado por sus propiedades medicinales.

la vida del soldado. Me excitaba la lucha. Era un joven enérgico y estaba en muy buena forma física, me apasionaba correr y me estimulaba el desafío físico. Aunque a esa edad entendía muy poco de política, la infancia con mi madre me había convertido en un anticlerical. Más tarde me impresionarían las atrocidades contra la Iglesia que presencié durante la guerra.

Me alisté con otro neozelandés al que no llegué a conocer bien, ni siquiera me acuerdo de su nombre. Debía de andar por los veintitantos –cuando llegamos a París le perdí la pista para siempre. [Puede estar refiriéndose a Bert Bryan, véase pág. 87]. La organización a la que nos dirigimos en Wellington no nos sirvió de mucho: si queríamos ir a la guerra de España, tendríamos que viajar por nuestros propios medios. Una vez más, me las arreglé para conseguir un pasaje de vuelta a Inglaterra. Allí nos esperaba una oficina pequeña y destartalada, donde nos indicaron que debíamos proseguir a París y preguntar por el alistamiento para la guerra de España. Teníamos el dinero justo para pagarnos el billete a Calais y luego a París. Desde otra oficina no mejor que la de Londres nos llevaron a una estación y nos metieron en un tren especial. Viajábamos casi siempre de noche y nos parábamos a menudo para permitir el paso de otros trenes. Nos ordenaron que mantuviéramos las cortinas cerradas. El vagón en el que viajaba estaba lleno de voluntarios, casi todos mayores que yo. Nos entendíamos en inglés o en el poco francés que había empezado a chapurrear.

Entramos en España por Port Bou y de allí nos llevaron en camión a Barcelona. La ciudad no me causó buena impresión, me pareció un sitio lúgubre y sombrío. Estábamos en mayo de 1937 y la gente desaparecía sin dejar rastro. Recuerdo a hombres arrastrados por la policía proclamando su inocencia: nunca se les volvía a ver. La verdad es que no esperaba que la guerra fuese así. En una guerra civil nunca se puede estar seguro de quién es el enemigo. Al final, acabé en el cuartel de Lenin, donde me alisté bajo un nombre falso, algo así como Sánchez o Gómez. Me recomendaron que lo hiciera por mi propia seguridad en caso de ser capturado. No nos dieron uniformes ni armas. Entrenábamos con rifles de madera. Había muchas milicias distintas, y decidí unirme al POUM, marxista, pero antiestalinista. Detestaba el comunismo y todas aquellas luchas internas me parecían horribles. Todo resultaba difícil de entender para un joven de mi edad, y la verdad es que me causó una gran decepción. Las unidades del PC centralizaban el poder y corrían rumores de que estaban dificultando la distribución de armas adecuadas al resto de las milicias. La policía secreta rusa había llegado y comenzaba a adiestrar a la policía republicana. Se respiraba un ambiente muy amenazador. La vida valía muy poco y muchas veces me pregunté para qué habría hecho un viaje tan largo. Me sentía muy vulnerable.

Todo era absurdo; si los anarquistas no querían pelear, se largaban sin más. Y a veces se negaban a cumplir las órdenes de los suboficiales. Por otro lado, corrían rumores de que los comunistas esperaban a que las demás unidades estuvieran al borde de la derrota para entonces intervenir y llevarse la gloria. Me presionaron para que me pasara con ellos. Los comisarios políticos se paseaban entre nosotros tratando de adoctrinarnos; en mi caso no lo consiguieron.

Permanecí en el POUM solo unos meses hasta que el partido fue declarado ilegal y su líder, Andreu Nin, ejecutado. A la mayoría de nosotros nos destinaron a otras unidades de la milicia. Entonces me sentí más seguro. Nos proporcionaron capotes grises y rifles franceses. Creo que eran Lebel. Nuestro general se llamaba Rojo. Nunca pude verle, ni tampoco a Dolores Ibárruri. Pero una vez vi a El Campesino, inconfundible con su gran barba.

Quizás por mi edad o por la unidad a la que pertenecía, no me convocaron a la batalla de Belchite. En cambio, junto con otros miles, nos mandaron a Puerto de Escandón durante la batalla de Teruel. El ataque nos sorprendió justo antes de Navidad. Estaba todo cubierto de nieve y hacía un frío terrible. Teníamos que tomar un monasterio y un convento que estaban ocupados por el enemigo. El coronel al mando tenía nombre francés, algo así como Harcourt. Formábamos una extraña mezcla pero todos estábamos deseando entrar en acción. Para entonces, ya empezaba a hablar mejor español y podía charlar con mis compañeros, aunque seguía teniendo dificultades con el catalán.

La batalla tuvo lugar en enero de 1938. Fue muy sangrienta, con muchas bajas. Los italianos y alemanes disponían de una gran capacidad aérea, más que nosotros. Nos ordenaron conquistar una montaña de los alrededores llamada La Muela. Yo subí de los últimos. Fue una lucha cuerpo a cuerpo con rifle y bayoneta calada. Allí maté a un soldado por primera vez. Me afectó durante unos días, pero luego seguí luchando y matando. Conseguimos ocupar la posición. Teníamos que mantenerla y establecer un perímetro de defensa pero, a finales de febrero, la perdimos de nuevo cuando las tropas de Franco reconquistaron la ciudad al mando del general Yagüe. Tras otra dura lucha cuerpo a cuerpo, nos echaron a punta de bayoneta.

Después de seis meses en el frente, Pedro de Treend fue capturado por tropas marroquíes.

«Los moros siempre iban envueltos en ropajes, con las cabezas tapadas con telas. Uno se sentó en mi pecho, mientras otro me retorció los tobillos para evitar que me escapara. Viajamos a Málaga. Casi siempre de noche. A veces en camiones y a veces a pie. En cuanto mis tobillos empezaron a mejorar, me obligaron a caminar. Cuando llegamos a Málaga nos enteramos de la horrible masacre. La gente decía que se habían llevado los cuerpos y los habían tirado al mar...»

Al principio nos tenían encerrados y yo creía que nos iban a fusilar. Sin embargo, nos ofrecieron la alternativa de colaborar en la retaguardia. Aún así, cuando nos sacaban en grupo a trabajar uno nunca podía estar seguro de no acabar con un balazo en la cabeza.

En una ocasión nos llevaron al puerto. El bloqueo se había roto y empezaban a llegar barcos con suministros. Me ordenaron descargar un vapor inglés que traía comida y aprovisionamientos. En cuanto la tripulación se percató de que hablaba inglés, me propusieron escapar. Pensé que era una gran oportunidad. Me escondieron en un contenedor lleno de latas de pintura y herramientas y luego en el castillo de proa. Todos los guardias me andaban buscando e incluso una pareja de la guardia civil seguía a bordo cuando partimos de Málaga rumbo a Sevilla.

En una breve escala en Gibraltar aproveché para subirme a un barco de pasajeros que se encontraba amarrado en el muelle. Provenía de Inglaterra y pensé que los pasajeros habrían pasado mareados la mayor parte de la travesía y no debían conocerse bien. Durante el almuerzo de los guardias bajé a tierra con dos marineros de la tripulación. No encontré controles en la pasarela y pude subir al barco sin dificultad y mezclarme entre los pasajeros. Un camarero irlandés me trajo algunas provisiones y pasé la noche en una de las sillas de cubierta. Dejé pasar unos días antes de entregarme al puente de mando. En aquel tiempo todo el mundo era muy comprensivo con cualquiera que hubiera participado en la guerra. El barco iba camino de Australia y me dejaron trabajar a cambio del pasaje.

Cuando llegué a Australia, Europa estaba en crisis y la guerra mundial a punto de estallar. Me presenté voluntario para luchar en las filas del ejército australiano. El oficial encargado del reclutamiento me recomendó que me cambiara el nombre de nuevo y que lo intentara en el ejército británico. De nuevo conseguí trabajo en un barco y pude llegar a Inglaterra y alistarme. Volví a mentir y dije que había nacido en Brighton. Se me ocurrió mirando un cartel que estaba detrás del oficial y que decía «Venga a Brighton de vacaciones».

Me encantaba la vida militar. El ejército británico me declaró tres veces inútil y cada una de ellas volví para alistarme. La última vez hicieron que me examinara un psiquiatra militar para asegurarse de que estaba en mis cabales. En 1940, justo después del milagro de Dunkerke, un piloto alemán me destrozó el pie. Fue una mala suerte, porque en realidad el proyectil no iba para mí. El alemán formaba parte de un grupo al que habían derribado en la costa de Southampton y trataba de ocultarse en un bosque cercano. Llegué a saber su nombre porque le trataron en el mismo hospital en el que yo estuve, el hospital de Bath. La herida todavía me causa muchas molestias. Me había pasado la vida corriendo para sobrevivir y, mira por donde, me dieron justo en el pie».

En cuanto pudo andar, De Treend se volvió a alistar. Le aceptaron en una unidad de blindados, el Real Regimiento de Tanques, después de pasar un examen médico y retar al doctor a una carrera a la manzana «que afortunadamente no quiso correr». Le enviaron al norte de África, donde su tanque fue alcanzado por una bomba y le declararon inútil para el combate por tercera vez. Consciente de las dificultades para ser readmitido en el ejército británico, probó suerte en la Legión Extranjera francesa. Le aceptaron y aterrizó en Francia tres días después del día D. Finalmente, volvió a unirse a las tropas británicas como paracaidista en la Sexta División Aerotransportadora Británica. Le atraparon de nuevo y le hicieron prisionero, esta vez, en el norte de Alemania.

Cuando terminó la guerra, De Treend se resistía a abandonar la única profesión que había conocido y decidió irse a Hiroshima enrolándose en las tropas aliadas de ocupación de Japón. Finalmente, sus múltiples heridas de guerra le obligaron a abandonar el servicio militar. Decidió entonces hacerse profesor y pasó 12 años enseñando en Samoa. Luego, en Nueva Zelanda, obtuvo la plaza de subdirector en el colegio Frimley de Hastings y acabó enseñando Historia en el colegio de secundaria de Hastings, donde seguramente su propia experiencia vital sería el punto de partida de algunas lecciones inolvidables.



*El viejo soldado, Pedro de Treend, sigue en pie en esta foto tomada en octubre de 2008 a la puerta de su casa de Hastings. Terry Winn para el LHP.*

Con los años, Pedro de Treend ha llegado a lamentar su decisión juvenil de combatir del lado de la República. Sin embargo, no ha perdido su entusiasmo por la camaradería de guerra y mantiene el contacto con sus antiguos compañeros de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de su edad y de las múltiples heridas de guerra que padeció, sigue exhibiendo una forma física envidiable. Saltó en paracaídas por última vez en el año 2007: «en esa ocasión me hice daño en la rodilla; menos mal que no era la de verdad».



## GRIFFITH MACLAURIN: UN MATEMÁTICO EN MADRID<sup>1</sup>

---

*Peter Clayworth\**

---



*Griffith Maclaurin, matemático, en una foto tomada aproximadamente en el momento de abandonar Gran Bretaña rumbo a España.  
Cortesía de James MacNeish.*

La mañana del domingo, 8 de noviembre de 1936, el pueblo de Madrid amaneció atenazado por la angustia. Habían transcurrido solo unos meses desde el alzamiento de julio y las tropas rebeldes del general Franco parecían estar a punto de tomar la capital y el resto de España. El viernes de la semana anterior, con la lucha a las puertas de la ciudad, el gobierno español había decidido abandonar Madrid y refugiarse en Valencia. La mayor parte de los periodistas extranjeros habían seguido su ejemplo, convencidos de que

---

\* Historiador y miembro del Comité de la asociación Labour History Project.

<sup>1</sup> Adaptación de un artículo del mismo autor publicado en el *New Zealand Herald*, el 8 de diciembre de 2006.

la ciudad estaba perdida. El periodista neozelandés Geoffrey Cox, del *New Chronicle*, fue uno de los pocos que se quedaron y ese domingo pudo presenciar la llegada al corazón de la capital de un peculiar e inesperado ejército:

Estaba tomando un café en el bar del [Hotel] Gran Vía cuando oí gritos y aplausos en la calle... Me asomé y vi aproximarse desde el Ministerio del Ejército una larga columna de hombres en formación... Algunos eran muy jóvenes; otros marchaban con aire marcial, como verdaderos soldados... No sabíamos quiénes eran. La gente los tomaba por rusos... Pero cuando escuché una voz seca dando una orden en alemán, seguida de gritos en francés y en italiano, supe que no se trataba de rusos. La Columna Internacional Antifascista había llegado a Madrid. Estábamos contemplando a la Primera Brigada de lo que con el tiempo llegaría a ser el mayor ejército internacional desde la época de las Cruzadas. A los madrileños les preocupaba poco quiénes fueran. Aquellos soldados parecían saber lo que hacían, tenían armas y estaban de su parte: con eso bastaba<sup>2</sup>.

La Columna Internacional, precursora de las Brigadas Internacionales, llegaba desde su base en Albacete. Otros testimonios ponen de manifiesto que no todos los soldados de la Columna compartían la visión optimista de su entrada triunfal en Madrid. Un exhausto, John Sommerfeld, escribió sus impresiones mientras atravesaba la capital:

Éramos la última esperanza [...] Agotados, mal equipados y hambrientos, marchamos sobre las calles barridas por el viento [...] Tuve la impresión de que la gente nos miraba desde las aceras pensando que era demasiado tarde, que habíamos llegado a tiempo solo para morir<sup>3</sup>.

A pesar del pesimismo de Sommerfeld, la llegada de la Columna Internacional elevó la moral de los madrileños que luchaban denodadamente por defender su ciudad. Un poco más tarde llegarían los aviones de combate rusos y las milicias de trabajadores de la Columna Durruti desde Barcelona. Todo ello reforzó el ánimo de los habitantes de la capital y, en contra de las expectativas tanto de Franco como de la prensa mundial y, a pesar de los continuos bombardeos, Madrid resistió durante veintiocho meses más hasta caer en marzo de 1939, casi al final de la guerra.

---

2 Geoffrey Cox, *Defence of Madrid*, Gollancz, Londres, 1937, pp. 66-67.

3 P. Stansky y W. Abrahams, *Journey to the Frontier: Julian Bell and John Cornford: Their lives and the 1930s*, Constable, Londres, 1966, p. 374.

La Columna Internacional estaba integrada por voluntarios antifascistas procedentes de toda Europa: franceses, belgas, italianos, alemanes, polacos y yugoslavos. Izquierdistas de todos los credos se habían sumado a la Columna, aunque fue el Partido Comunista el que consiguió movilizar al mayor número de voluntarios. La mayoría de los italianos, alemanes y de los países del Este eran refugiados que escapaban del nazismo.

Entre todos aquellos voluntarios había una pequeña unidad de ametralladoras, la unidad de «los ingleses», asignada al Batallón francés Comuna de París de la XI Brigada Internacional. Y formando parte de esa pequeña unidad se encontraban dos neozelandeses: Steve Yates, un electricista londinense nacido en Nueva Zelanda; y Griffith Campbell Maclaurin, un licenciado por Cambridge originario de Auckland.

En aquellos días de noviembre la capital estaba gravemente amenazada y se ordenó la inmediata movilización de las tropas internacionales hacia la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, donde las fuerzas de Franco concentraban su ofensiva. Los hombres de la Columna Internacional y sus compañeros españoles consiguieron detener el asalto enemigo, pero a costa de un gran número de bajas. Griff Maclaurin y Steve Yates perecieron en combate a los dos días de su llegada a Madrid. Ellos fueron los primeros de los miles de neozelandeses que murieron luchando contra el fascismo<sup>4</sup>.

Griffith Maclaurin, conocido como Griff en Nueva Zelanda y como Mac entre sus compañeros británicos, provenía de una familia de clase media de gran tradición académica y poco interés por la política. Su padre, Kenneth Campbell Maclaurin (1872-1956) nació en Edimburgo y emigró a Nueva Zelanda junto a su familia en 1875. Kenneth ejerció primero de profesor y luego de director del Westmere School de Auckland. Dos de los hermanos mayores de Kenneth alcanzaron fama internacional en sus respectivos campos académicos. James Scott Maclaurin (1864-1939) llegó a ser el químico más sobresaliente de Nueva Zelanda. Richard Cockburn Maclaurin (1870-1920) fue un brillante matemático, que también destacó en otros campos como el derecho y la filosofía. Tras estudiar en Inglaterra y llegar a ser uno de los mejores estudiantes del St. John's College en Cambridge, fundó la cátedra de Matemáticas de la Universidad de Victoria en Wellington. En 1909 le contrataron en Estados Unidos para presidir el Massachusetts Institute of Technology (MIT), donde permaneció hasta su prematura muerte

---

4 Bill Alexander, antiguo comandante en las Brigadas Internacionales e historiador, afirma que Steve Yates era neozelandés de nacimiento. B. Alexander, *British Volunteers for Liberty: Spain 1936-39*, Lawrence and Wishart, London, 1982, p. 55.

en 1920. Bajo su presidencia, el MIT salió de su estancamiento, superó sus problemas financieros y se convirtió en un centro de investigación de reconocido prestigio internacional<sup>5</sup>.

Griffith Campbell Maclaurin nació en Auckland el 19 de septiembre de 1909. Era el segundo hijo de Kenneth y Glawdys que también tenían una niña. Mientras que su padre le transmitió la pasión por la historia, su madre, profesora de lenguas, le enseñó francés y probablemente algo de alemán. De acuerdo con la tradición familiar, Griffith se educó en la fe presbiteriana. Estudió secundaria en el colegio de Hamilton hasta que a la edad de 15 años la familia se mudó a Remuera y él se trasladó a la Grammar School de Auckland.

Griffith era un estudiante prometedor, con talento tanto para las matemáticas como para la historia, hábil en los debates y un excelente tirador en la escuela de cadetes. Durante sus años en la Grammar, conoció a otro estudiante destacado llamado Paddy Costello, quien llegaría a alcanzar fama como lingüista y diplomático, así como cierta notoriedad por supuestas actividades de espionaje para los soviéticos. Paddy y Griffith coincidirían más tarde en Cambridge y se harían grandes amigos. Griffith prosiguió sus estudios en la Universidad de Auckland y se licenció con mención de honor en matemáticas en 1931. Solicitó plaza en el St. John's College de Cambridge, el mismo centro en el que su tío había cosechado tantos éxitos, y fue admitido en un curso de postgrado en matemáticas. En julio de 1932 abandonó Nueva Zelanda rumbo a Inglaterra<sup>6</sup>.

Sobre sus primeros tiempos en Cambridge, Griff confesó: «a decir verdad, en aquella época era muy estirado y supongo que, en el fondo, bastante esnob». Llevado por sus ideas anticomunistas y su desconfianza hacia el socialismo se unió a la Asociación Conservadora de la Universidad. Entonces no veía ningún problema en relacionarse con los miembros más radicales de la Asociación Conservadora y con sus compañeros de las clases más acomodadas. Pero más tarde escribiría: «Ahora me doy cuenta de que no hace falta mucha inteligencia para adquirir lo que aquí llaman cultura»<sup>7</sup>.

Griffith llegó a St. John's acompañado de excelentes referencias académicas y sólidos valores morales. Sin embargo, al final, fue incapaz de cumplir las expectativas suscitadas por el precedente de su prestigioso tío. Pronto se

5 David Verran, información comunicada al autor, 12 de marzo de 2008; B. R. Davis, «Maclaurin, James Scott 1864-1939», *Dictionary of New Zealand Biography*: www.dnzb.govt.nz; K. Sinclair, «Maclaurin, Richard Cockburn 1870-1920», *ibid.*

6 *Kiwi*, Vol. 32, 1937, pp. 79-80; J. McNeish, *The Sixth Man: The extraordinary life of Paddy Costello*, Vintage, Auckland, 2007, pp. 43-47; D. Verran, «Paddy and Griff», documento no publicado, 2007.

7 *Kiwi*, *ibid.*, pp. 79-80.

dio cuenta de que el nivel de matemáticas de Auckland era notablemente inferior al de Cambridge, y además, Griffith no estaba dispuesto a renunciar a su vida social, cada vez más animada. Mientras que a él le costaba seguir el ritmo del curso, su antiguo compañero, Paddy Costello, convertido ya en ferviente socialista, obtenía resultados brillantes en la misma universidad británica. James Wordie, tutor de Maclaurin, consideraba a su pupilo un estudiante esforzado, pero sin un verdadero talento para las matemáticas. Wordie, que aún así, apreciaba a Maclaurin, le animó a viajar y ampliar horizontes. En el verano de 1933, Griffith decidió visitar Alemania junto con tres amigos de Cambridge<sup>8</sup>.

Mac y sus amigos fijaron su residencia en Friburgo, cerca de la Selva Negra. Durante los tres meses que duró la estancia, los jóvenes universitarios se dedicaron a dar largas caminatas por el bosque, recorrer los alrededores en bicicleta, hacer amigos locales y perfeccionar el alemán. Los compañeros de Maclaurin eran estudiantes de económicas y se pasaban el día discutiendo sobre la situación política y económica de Alemania. Cuando llegaron al país, en junio de 1933, los nazis llevaban en el poder algo más de tres meses. Uno de los compañeros de Mac escribió: «Acabamos por odiar a los nazis y todo lo que defendían»<sup>9</sup>. El ser testigo de la opresión Nazi y de la dura lucha de la clase trabajadora por sobrevivir a la depresión económica sacaron a Maclaurin de su complacencia conservadora y le llevaron a dar un giro hacia las ideas de izquierdas. Costello se encontró con Mac en septiembre en París y le pareció muy cambiado: «Ahora Mac es tan amante de Francia como yo [...] y considera Alemania el sitio más funesto de la tierra»<sup>10</sup>.

A su regreso de Alemania, Mac se lanzó con avidez a la lectura de literatura de izquierdas y decidió abandonar la Asociación Conservadora y unirse a la Asociación Socialista. Hacia finales de 1933, el comunismo y el socialismo estaban en boga entre los estudiantes de Cambridge. En parte, como reacción al negro panorama que se dibujaba fuera de los muros protectores de la universidad. El Partido Comunista daba respuestas claras y una visión esperanzadora del porvenir que contrastaba con el fracaso de la cada vez más decadente clase dirigente británica, incapaz de afrontar la crisis económica y la expansión del fascismo en Europa.

La Universidad de Cambridge contaba con una célula del Partido Comunista desde 1931. Fue fundada por un grupo reducido de catedráticos y estudiantes. James Klugmann, estudiante de postgrado de literatura e historia

---

8 *Ibid.*, p. 80; McNeish, *The Sixth Man*, pp. 44-46; Verran, «Paddy and Griff».

9 *Kiwi, ibid.*, p. 80; McNeish, *ibid.*, p. 46.

10 McNeish, *ibid.* p. 46.

alemanas, asumió la función de secretario local y se dedicó activamente a reclutar nuevos miembros. La llegada a Cambridge, en 1933, de John Cornford, poeta y activista de gran carisma, confirió nuevos bríos al alistamiento de estudiantes universitarios. En aquella época entre los personajes involucrados en el partido figuraban los futuros «espías de Cambridge», Anthony Blunt, Kim Philby, Donald Maclean y Guy Burgess<sup>11</sup>.

Una serie de incidentes acaecidos hacia finales de ese año 1933 terminaron de afianzar la popularidad de la izquierda en los ámbitos universitarios. En noviembre, la Asociación Socialista del Tivoli organizó una pequeña protesta en contra de la proyección de la película militarista *Our Fighting Navy*. La protesta terminó en un violento altercado entre estudiantes patrióticos y manifestantes. Esta escaramuza no hizo sino aumentar el apoyo estudiantil a otra manifestación pacifista y de homenaje a los muertos de la Primera Guerra Mundial celebrada el 11 de noviembre. También en esta ocasión se produjeron enfrentamientos con grupos violentos de patriotas. Finalmente, en febrero de 1934 una gran masa de trabajadores hambrientos procedentes de las zonas deprimidas del norte de Inglaterra llegó a Cambridge, poniendo en evidencia el contraste entre la «ciudad de las agujas de ensueño» y la dura realidad económica del resto del país. Los estudiantes de izquierdas salieron de las aulas sumándose a los trabajadores. Se sabe que en 1934 Maclaurin estaba afiliado al Partido Comunista por lo que es de suponer que participaría en alguna de estas acciones<sup>12</sup>.

Además de la política, Maclaurin había descubierto los placeres de la bebida y de la vida social. Sus lecturas de James Joyce, D. H. Lawrence y Marcel Proust suponían un desafío a las rígidas estructuras morales y religiosas de su temprana educación. Las nuevas aficiones de Mac no contribuyeron en absoluto a enderezar una carrera académica en franco declive. Su segundo año en Cambridge fue todavía peor que el primero y al final se tendría que conformar con una mera licenciatura por St. John's sin especial mérito académico.

Maclaurin abandonó la Universidad en 1934 con un modesto título bajo el brazo y un interés creciente por los asuntos políticos y sociales.

Aceptó de forma provisional un trabajo de profesor en un centro público, la Glasgow Academy. Al poco tiempo solicitó un puesto en el prestigioso

---

11 V. Kiernan, «Herbert Norman's Cambridge», en R. W. Bowen (ed.), *E. H. Norman: His life and scholarship*, University of Toronto Press, Toronto/Buffalo/Londres, 1984, pp. 25-45, véase especialmente pp. 37-38; *Kiwi*, p. 80; Stansky y Abrahams, *Journey to the Frontier*, pp. 204-09.

12 *Kiwi*, p. 80; Stansky y Abrahams, *ibid.*, pp. 210-13; Kiernan, *ibid.*, especialmente pp. 32-33.

colegio de St Peter's en York. El Director no las tenía todas consigo (a causa de un mal precedente dejado por un compatriota neozelandés) pero acabó contratándole siguiendo la recomendación de James Wordie, el antiguo tutor de Mac en Cambridge. Los temores del Director no tardaron en verse confirmados cuando sorprendieron a Mac y a un amigo sentados en el alféizar de una ventana borrachos y «cantando a pleno pulmón canciones subidas de tono»<sup>13</sup>. El cese fue fulminante.

En junio de 1935 Maclaurin estaba de vuelta en Cambridge y a punto de emprender un negocio que, contra todo pronóstico, se iba a convertir en un gran éxito. Mac decidió abrir una librería de izquierdas a la que llamó «G C Maclaurin Bookseller». El comunismo continuaba en auge y el *Left Club Book* (Club del Libro de Izquierdas) fundado por el editor progresista Victor Gollancz prosperaba en aquel clima de mediados de los años 30. La librería de Maclaurin logró situarse entre las seis primeras de Inglaterra en número de suscriptores del Club. También superó en ventas a la Asociación Socialista de Cambridge.

Mientras la librería se convertía en centro de reunión habitual para los estudiantes progresistas, la reputación de Maclaurin como «bon vivant» iba en aumento. El «alegre australiano» solía cambiar su indumentaria de trabajo por una falda escocesa para acudir a las fiestas de sociedad. La poetisa Jean Alison que había descrito al joven Maclaurin de la Universidad de Auckland como un «joven bajito, con una calva incipiente y no muy hábil para los deportes», cuando se lo encontró de nuevo en Cambridge en 1935 tuvo que admitir que «el contraste con el Griff que había conocido en Auckland era evidente». El tímido, empollón y conservador colono presbiteriano, «Griff», se había transformado en el activo, sociable, comunista urbanita y empresario exitoso, «Mac».

El año 1935 tocaba a su fin y la vida de Mac parecía ir viento en popa. Aunque en esa época su novia y asistente de ventas, Bella «Bil» Lerner, le había dejado por su mejor amigo, Paddy Costello<sup>14</sup>. Según el historiador James MacNeish, Mac se habría casado en secreto entre 1935 y 1936. Sin embargo, no existe ninguna prueba documental de ese supuesto matrimonio y Maclaurin no mencionó a ninguna mujer en su testamento<sup>15</sup>.

---

13 McNeish, *The Sixth Man*, pp. 46, 51, 332; *Kiwi*, p. 80; *NZ Herald*, 10 de diciembre de 1936, p. 14.

14 Kiernan, «Herbert Norman's Cambridge», p. 33; McNeish, *ibid.*, pp. 43-44, 51, 54-55, 332.

15 Al parecer, McNeish basa su opinión sobre la boda de Maclaurin en una afirmación del Professor Ralph Russell: «La librería de All Saints Passage seguía prosperando en mis tiempos y al frente estaba su viuda [la de Maclaurin]», McNeish, *ibid.*, p. 334. En el testamento de

Maclaurin había comenzado a estudiar español en previsión de una posible visita a España. Sus planes de viaje se vieron interrumpidos por el alzamiento de julio de 1936. En agosto, John Cornford, amigo de la universidad y compañero de partido, se fue a España para unirse a las milicias del POUM que operaban en Cataluña<sup>16</sup>. Cornford regresó al mes siguiente decidido a reclutar voluntarios para defender a la República. Tras consultar a Harry Pollitt, secretario general del Partido Comunista Británico, Cornford escribió una lista con 13 nombres. El de Maclaurin figuraba entre ellos junto con una nota que decía «adiestramiento militar en Nueva Zelanda, ametralladora»<sup>17</sup>. En realidad, Mac nunca había estado en el ejército neozelandés, pero en la Grammar de Auckland los estudiantes recibían cierto adiestramiento militar. Poco después, Pollitt envió un telegrama a Mac pidiéndole que se reuniera con él en Londres. Cuando se encontraron, le preguntó si estaría dispuesto a ir a España.

En menos de 48 horas, Mac había regresado a Cambridge, recogido sus pertenencias y estaba de vuelta en Londres listo para subirse al tren nocturno con destino al continente. Paddy Costello acudió a despedirle a la Estación Victoria. Fue la última vez que le vio: agitaba por la ventanilla un ejemplar de *Jane Eyre*. Costello afirmó que Mac parecía muy animado, aunque quizás presintiendo de alguna manera la suerte que le aguardaba, sentenció proféticamente: «Paddy; una vida breve, pero plena»<sup>18</sup>.

En París, el grupo de voluntarios de Maclaurin se unió a John Cornford y a otros seis compañeros formando un pequeño contingente «inglés» de 21 miembros<sup>19</sup>. Ellos fueron los precursores del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, en el que llegaron a servir alrededor de 2.700 voluntarios británicos. Murieron más de 500, y más de 1.700 fueron heridos.

El contingente inglés partió hacia Alicante en un barco español en el que ondeaba la bandera roja y negra de la CNT. Una vez allí, los voluntarios subieron a un tren con destino Albacete, la base de la recientemente

---

Maclaurin aparecía como única beneficiaria Kitty Cornforth, compañera comunista, esposa del filósofo comunista Maurice Cornforth y hermana de James Klugmann. G. Hunt, *Spies and Revolutionaries: A history of New Zealand subversion*, Reed, Auckland, 2007, p. 172.

16 *NZ Herald*, 10 de diciembre de 1936, p. 14; Skudder, «Bringing it Home: New Zealand responses to the Spanish Civil War, 1936-1939», tesis doctoral, Universidad de Waikato, 1986, p. 415.

17 Stansky y Abrahams, *Journey to the Frontier*, pp. 361-62.

18 McNeish, *The Sixth Man*, pp. 66-67.

19 Aunque se conocía como el contingente inglés, en el grupo también había, al menos, un escocés y los dos neozelandeses. J. Galassi (ed.), *Understand the Weapon, Understand the Wound: The collected writings of John Cornford*, Carcanet New Press, Manchester, 1976, pp. 186-87.

creada Columna Internacional, compuesta por unos 500 voluntarios, la mayoría franceses y belgas, pero también alemanes, italianos, polacos y de otros países del Este. La unidad inglesa de ametralladoras se inscribió en el Batallón francés Comuna de París, bajo el mando de Jules Dumont. A los voluntarios angloparlantes les costaba seguir los entrenamientos. Nombraron delegado político al joven licenciado en Clásicas de Cambridge, Bernard Knox, gracias a su dominio del francés. Maclaurin también debió de ser útil para facilitar la comunicación por sus conocimientos de francés y alemán.

Al principio no les suministraron armas de ningún tipo. Maclaurin y sus compañeros tenían que realizar las marchas y los ejercicios de entrenamiento sin siquiera contar con un mal rifle. Transcurridas tres semanas de «adiestramiento» en Albacete, el batallón partió hacia Madrid. Era el 5 de noviembre. El viaje fue muy incómodo, alternando tramos en trenes asfixiantes de calor y atestados de soldados con trayectos en camiones expuestos al frío de las noches otoñales. En la mañana del 8 de noviembre marcharon por las calles de Madrid. El día anterior habían llegado por fin las ametralladoras. Para su gran decepción no se trataba de Lewis, sino de antiguallas francesas; las Saint-Etiennes, unas máquinas ineficaces y muy pesadas que ya estaban obsoletas en 1914<sup>20</sup>. El General Kléber (Manfred Stern), comandante de la Columna Internacional, intervino personalmente para que entregaran a los ingleses dos ametralladoras Lewis.

En la noche del 8 de noviembre, el Batallón Comuna de París acampaba en el edificio todavía a medio construir de la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria. El enemigo estrechaba el cerco sobre Madrid y la línea de frente se había desplazado a la Universidad y a los bosques vecinos de la Casa de Campo.

El 9 de noviembre, Fred Jones, un antiguo soldado profesional elegido jefe del contingente inglés, se llevó a sus cuatro mejores servidores de Lewis a la Casa de Campo para reforzar una sección francesa de infantería. Entre aquellos cuatro voluntarios estaban Griff Maclaurin y **Steve Yates**; sus compañeros eran Robert (Ronnie) Symes y Joe Hinks<sup>21</sup>. La sección de infantería fue embestida en mitad de la noche por tropas moras y obligada a retroceder, mientras las ametralladoras Lewis cubrían la retirada. A Robert Symes le alcanzaron en el estómago y acabó muriendo a causa de las heridas. A Steve

---

20 Stansky y Abrahams, *Journey to the Frontier*, pp. 364-77; B. Knox, «Premature Anti-Fascist», Abraham Lincoln Brigade Archives, Bill Susman Lecture Series, 1998: [www.alba-valb.org/lectures/1998\\_kox\\_bernard.html](http://www.alba-valb.org/lectures/1998_kox_bernard.html), descargado el 11 de octubre de 2006.

21 Robert Symes aparece como «Ronnie Symes» en la lista de bajas de las Brigadas Internacionales. Véase Alexander, *British Volunteers for Liberty*, pp. 57, 268.

Yates se le declaró primero desaparecido y luego muerto durante el asalto. A Griff Maclaurin lo encontraron también muerto junto a su ametralladora<sup>22</sup>.

John Cornford describió lo sucedido en una carta a sus familiares:

Me han asignado a un grupo de unos pocos ingleses adscrito a la Compañía de Ametralladoras del Batallón Francés de la Primera Brigada Internacional. Por suerte estamos en la mejor compañía, con los mejores hombres y en la mejor sección, la franco-belga... A Maclaurin y a otros tres servidores de Lewis los mandaron al frente. Allí los moros sorprendieron a su unidad de infantería. Las ametralladoras tuvieron que quedarse para cubrir la retirada. A Mac lo encontraron muerto al pie de su máquina. A uno de nuestros cabos y ex soldado que se llamaba Steve Yates también lo mataron. Era un buen tipo<sup>23</sup>.

Cornford menciona a Maclaurin con especial afecto y en términos muy elogiosos:

Lo hizo muy bien. Siempre alegre y animoso, a pesar de las incomodidades; y eso aquí vale su peso en oro. Bueno, es inútil decir lo mucho que lo lamentamos: ahora ya nada podrá devolvérselo. Pero si os encontráis con alguno de sus amigos, decidles que aquí lo hizo muy bien (no lo diría si no fuera verdad), y que cayó como un valiente.

Los voluntarios que murieron en los combates de la Casa de Campo merecieron el siguiente comentario del joven poeta inglés: «Parece que siempre son los mejores los que se llevan la peor parte»<sup>24</sup>.

John Cornford moriría en acción un mes más tarde.

Sus compañeros de Cambridge honraron la muerte de los dos hombres creando un fondo de ayuda a España llamado el *Cornford-Maclaurin Memorial Fund*.

Griff Maclaurin había ocultado a sus padres su decisión de ir a la guerra de España y la primera noticia que recibieron de su participación en la misma fue el telegrama comunicándoles su muerte. Kenneth y Gladwys Maclaurin se convirtieron en activos colaboradores de la delegación en Auckland del *Spanish Medical Aid Committee* («Comité de Ayuda Médica a España»).

---

22 Stansky y Abrahams, *Journey to the Frontier*, pp. 375-77; Alexander, *ibid.*, pp. 56-57; Knox, «Premature Anti-Fascist».

23 Cita en Pat Sloan (ed.), *John Cornford: A memoir*, J. Cape, Londres, 1938, p. 237.

24 Galassi (ed.), *Understand the Weapon*, pp. 185, 187.

Durante toda su vida se mostraron orgullosos del compromiso de su hijo con la causa española<sup>25</sup>.

Aparte de los detalles de la carta de John Cornford, poco se sabe de **Steve Yates**, el neozelandés que murió junto a Griffith Maclaurin en la Ciudad Universitaria de Madrid el 9 de noviembre de 1936, solo 36 horas después de haber llegado a la capital. Yates era bastante mayor que Maclaurin y provenía de una extracción social muy distinta. Había servido en la Primera Guerra Mundial, pertenecía al Partido Comunista y trabajaba de electricista en Londres cuando empezó la guerra española.

La mayoría de los voluntarios de las Brigadas Internacionales procedían, como Steve Yates, de las clases trabajadoras. Sin embargo, han sido intelectuales de clase media como Maclaurin y John Cornford los que han recibido mayor atención entre los historiadores debido a sus contactos académicos, sociales y literarios<sup>26</sup>. Estos jóvenes rechazaron las ideas políticas de sus mayores y se pasaron al comunismo, transformando su sentido del deber hacia Dios, la patria y el rey en deber hacia la clase trabajadora, el Partido Comunista y la revolución. Griff Maclaurin llevaba en Cambridge un estilo de vida despreocupado y hedonista, pero no dudó ni un segundo en dejarlo todo y marcharse a España, albergando, al parecer, muy pocas esperanzas de volver con vida.

La capilla Maclaurin en la Universidad de Auckland es uno de los muchos edificios conmemorativos a los caídos neozelandeses. Fue construida por el primo de Griff Maclaurin, el industrial lácteo William Goodfellow, en honor a su hijo, Richard Maclaurin Goodfellow, una víctima de la Segunda Guerra Mundial<sup>27</sup>. Mientras que a Richard Goodfellow se le honra por su participación en la lucha contra el fascismo, no existe en Nueva Zelanda ni un solo monumento conmemorativo en recuerdo de Griff Maclaurin ni de ninguno de sus compañeros de las Brigadas Internacionales.

---

<sup>25</sup> *NZ Herald*, 10 de diciembre de 1936, p. 14; *People's Voice*, 4 de mayo de 1960, 27 de enero de 1965; McNeish, *The Sixth Man*, pp. 61-62, 67-71.

<sup>26</sup> A. Beevor, *The Battle for Spain: The Spanish Civil War 1936-1939*, Phoenix, Londres, 2006, pp. 177-79.

<sup>27</sup> William Goodfellow era hijo de Thomas Goodfellow y Jane Grace Maclaurin, una de las hermanas mayores de Kenneth Maclaurin's. Su hijo, Richard Maclaurin Goodfellow (1920-1944), murió en acción cerca de la costa noruega mientras servía como teniente en la Fleet Air Arm, escoltando un convoy que se dirigía a la URSS. M. Rowe, «Goodfellow, William 1880-1974», *Dictionary of New Zealand Biography*: [www.dnzb.govt.nz](http://www.dnzb.govt.nz).



## TOM SPILLER: UN COMUNISTA INDESTRUCTIBLE

---

*Dean Parker\**

---



*Tom Spiller vestido de uniforme, en las Brigadas Internacionales.  
Biblioteca Alexander Turnbull, Wellington, NZ. Ref. 91-261-40-01.*

«¡Ha muerto! ¡El maldito bastardo ha muerto! ¡Está noche lo voy a celebrar a lo grande!». Corría el mes de noviembre de 1975 y Tom Spiller, el veterano más conocido de la guerra civil española, acababa de enterarse del fallecimiento de Franco.

---

\* Escritor y director de documentales y obras de teatro.

Tom Spiller nació en 1909 en Napier, una ciudad de provincias con una sólida tradición laborista y proletaria. Durante una época incluso llegó a tener una célula activa del Partido Comunista. Athol Mace y su gran amigo Tom Spiller la fundaron. Athol Mace era considerado «el rojo» de Napier. En aquellos años, los dos adolescentes habían caído bajo la influencia del líder sindical, Bill Wood.

Como la mayoría de sus compañeros de colegio, Tom se puso a trabajar nada más terminar los estudios de primaria. Empezó como aprendiz en el ferrocarril de Napier y siendo todavía muy joven sufrió el primer despido. No había cumplido los 20 años cuando se marchó a Wellington dispuesto a enfrentarse con los dirigentes de la compañía ferroviaria. Estos le aconsejaron que, puesto que era joven, soltero y sin hijos, lo mejor que podía hacer era largarse por ahí a buscarse la vida. «Aquella fue la gota que colmó el vaso». El flaco y larguirucho Spiller decidió, junto con Athol Mace, fundar en Napier una sede de la asociación de Amigos de la Unión Soviética.

Spiller se registró en el paro y se inscribió en los planes de empleo público, vivió en campos de trabajo y finalmente cayó bajo la segunda influencia más importante de su vida: Jim Edwards. Se trataba de un brillante orador capaz de convencer a las masas de desempleados de la llegada del Segundo Advenimiento: la utopía del comunismo y la dignificación del trabajo. El conocido político laborista y escritor John A. Lee solía decir: «Ha habido dos grandes oradores en la historia de Nueva Zelanda. Jim Edwards fue uno de ellos». En plena depresión económica de los años 30, Tom Spiller tardó muy poco en convencerse de que tal y como anunciaba Edwards, la revolución era posible, y de que, como afirmaba Woods, ésta no triunfaría gracias al Partido Socialista. Decidió unirse a las crecientes filas del Partido Comunista de Nueva Zelanda. Se afilió al Partido en 1932, el año de las protestas de hambre que provocaron graves disturbios en Queen Street, y un año después del terremoto de Napier\*. En 1933 él y Athol fundaron la primera sede del Partido en Napier.

Tres años más tarde, Spiller decidió abandonar Nueva Zelanda impulsado por dos motivos: por una parte, llevaba tiempo queriendo visitar la Unión Soviética; por otra, sus ideas políticas estaban perjudicando seriamente a su familia. Según decía, Napier era un maldito agujero, donde sus hermanos y hermanas estaban condenados al ostracismo social. Así que aprovechó la oportunidad que le brindaba su trabajo en el puerto para enrolarse en un barco inglés con destino Londres. Se marchó de Nueva Zelanda junto con

---

\* (N. de la T.) El terremoto de Napier se produjo en la mañana del 3 de febrero de 1931. Arrasó dicha ciudad y la localidad vecina de Hastings, causando 256 muertos y miles de heridos.

un compañero de partido llamado **Fred Robertson**. «Robbie» era un marinero de fortuna inglés que había recalado en el Pacífico. Durante el terremoto de Napier fue considerado un héroe al rescatar a algunos supervivientes atrapados bajo los escombros del Hospital Municipal. Cuando se recuperó la normalidad, Robertson volvió a engrosar las colas de parados anónimos.

Robertson y Tom Spiller abandonaron Nueva Zelanda el 7 de abril de 1936 rumbo a Inglaterra con la intención de seguir viaje hasta la Unión Soviética e inscribirse en la Escuela Internacional Lenin. Pagaron su pasaje trabajando a bordo, Robbie como marinero y Tom en la sala de máquinas. Se enteraron de la inminente guerra civil en España cuando su barco recaló en las Islas Canarias<sup>1</sup>.



*El marinero de Napier Fred «Robbie» Robertson en tiempos más felices.*

*«Robbie» no sobrevivió a la guerra civil.*

*Biblioteca Alexander Turnbull, Wellington, N.Z. Ref. 91-234-05/2*

Una vez en Inglaterra, Robertson cambió de planes y volvió a enrolarse como marino hasta que se embarcó con destino a Barcelona para unirse

---

<sup>1</sup> Skudder, «Bringing it Home», pp. 418-19.

a las Brigadas Internacionales. Sus superiores en el Batallón Británico le recibieron como posible oficial. Sin embargo, no habría tiempo para nada. A «Robbie» lo mataron en la primera acción del Batallón en la sangrienta batalla del Jarama.

A Tom, por su parte, le aguardaba una decepción en Londres. En las oficinas centrales del Partido Comunista Británico no habían recibido ninguna notificación de Nueva Zelanda, ni sabían nada de sus planes de viaje a Rusia. Sin un céntimo en el bolsillo, Spiller aceptó un trabajo de mozo de estación en el metro de Londres.

Spiller llegó en un año convulso para la capital inglesa. Los «camisas negras» de Oswald Mosley, líder de la Unión Británica de Fascistas, protagonizaban diversas marchas violentas en el barrio judío londinense. Spiller participó en aquellas confrontaciones y fue golpeado por la policía en la famosa «Batalla de Cable Street», en la zona del East End de Londres. Seis mil policías trataron de abrir camino a tres mil «camisas negras» a través de barricadas levantadas por medio millón de personas. Según Spiller recordaría más tarde, «el policía se abalanzó sobre mí con un bastón en la mano y una mirada asesina... me aparté y conseguí colocarle un izquierdazo en la barriga». El policía al que golpeó era un inspector y Spiller fue condenado por incitación a los disturbios y agresión a la autoridad.

En julio de aquel año, 1936, Spiller escribió una carta a Athol Mace haciéndole partícipe de su preocupación por la guerra civil que acababa de estallar en España:

¿Qué te parece esta guerra de España? Realmente parece una lucha a muerte sin cuartel. En Francia, los rojos se están organizando para mandar contingentes de trabajadores. Mañana iré a enterarme si aceptan a un inglés.

Esta idea quedó en suspenso provisionalmente hasta que en septiembre de 1936 la Internacional Comunista decidió formar las Brigadas Internacionales para apoyar al gobierno republicano español, amenazado no solo por el general Franco, sino también por Hitler y Mussolini. Los partidos comunistas de cada país debían encargarse de la organización efectiva de las brigadas, aportando cada uno de ellos una cuota de voluntarios. La delegación del Partido Comunista Británico a la que pertenecía Spiller le convocó inmediatamente a presentarse como voluntario. Era un paso lógico en su trayectoria de militante: se había enfrentado y conseguido derrotar a los fascistas en Londres, ahora le tocaba el turno a Madrid. Además, contaba con cierta formación militar. Spiller no dudó a la hora de rellenar el cuestionario de reclutamiento.

En enero de 1937 abandonó Londres clandestinamente en dirección a París. En las oficinas de *L'Humanité*, el periódico del Partido Comunista Francés, asistió a una serie de sesiones en las que se informaba a los voluntarios del grave riesgo al que se enfrentaban. De acuerdo con Spiller, hubo muchos que se retiraron y volvieron a casa. Él mismo estuvo a punto de hacerlo: «Tenía 26 años y todo apuntaba a una muerte segura». Y pensé, «Dios mío...». Pero al final no tuvo el valor de abandonar en el último momento; rompió con todo y comunicó a sus padres que se iba a la guerra.

En París, Spiller tomó el tren nocturno hacia los Pirineos en compañía de otros 500 brigadistas internacionales. Desde allí, continuaron a pie por las montañas hasta cruzar la frontera y luego descender a Figueras. La siguiente escala sería Barcelona. Cientos de miles de catalanes los recibieron con aclamaciones y bandas de música. Saludando con el puño en alto recorrieron las sedes de las organizaciones anarquista, socialista y por último comunista. Les proporcionaron una suerte de uniforme, pero no armas. En Barcelona Spiller se encontró con Robbie Robertson, que había llegado a España en barco. Desde allí comenzaron el avance hacia el frente. Primero estuvieron acuartelados en un pueblo cerca de Albacete donde recibieron alguna instrucción y donde les entregaron rifles nuevos del Ejército Rojo y doscientos cartuchos de munición a cada uno. No hubo tiempo de estrenarlos. Enseguida les movilizaron al frente del Jarama. La primera bala que Spiller disparó en España no sería en un campo de tiro, sino en un campo de batalla. No tenían granadas y la única ametralladora de la unidad era una vieja máquina de 20 años atrás que los americanos habían dejado olvidada en Arjángelsk, después de atacar la Unión Soviética en 1918. Según Spiller, en el último momento aparecieron milagrosamente unas ametralladoras decentes, unas Maxims.

Tom partió hacia el frente del Jarama el 12 de febrero de 1937 formando parte de una unidad de ametralladoras integrada por diez voluntarios. Durante el primer día de combate, una bomba explotó en medio de su unidad y solo sobrevivieron dos hombres. El número de bajas era aterrador. Una noche enterró a 80 brigadistas internacionales en una sola tumba. Spiller describió aquel horror como «una escena sacada del Infierno de Dante».

Refiriéndose a un ataque nocturno a punta de bayoneta con el objetivo de retomar una posición, Tom escribió a sus padres: «en ese ataque mataron a Robbie». Poco después, volvió a escribir sobre ese episodio a su amigo Athol Mace: «Robbie ha muerto. Cuando lo descubrí sentí unas ganas enormes de llorar». Para entonces había aprendido a convivir con la muerte cotidiana. Sin detenerse a suspirar, ni a lamentarse, sin siquiera un punto y aparte, se concentró en sus problemas más inmediatos: «En estos momentos, una maldita ametralladora alemana está convirtiendo este agujero en un infierno, maldita sea mil veces».

Desde el frente del Jarama, Tom Spiller fue movilizado para participar en el desastroso y sangriento contraataque de los republicanos en Brunete. Sus amigos se sorprendían de verle todavía con vida. Como dice la última línea de la novela de John Mulgan, *Man Alone*\*, «hay algunos hombres indestructibles». Spiller parecía ser uno de ellos, sin embargo, no conseguiría salir indemne del combate. Le hirieron tres veces, dos en la pierna y una en el hombro. Se recuperó y, según afirma, le ofrecieron el mando de la XV Brigada Internacional. Luego resultó que todos los comandantes de la XV murieron en acción o ejecutados. A Spiller le sonrió la suerte porque inesperadamente sus superiores cambiaron de idea y le propusieron otro tipo de misión. Las Brigadas Internacionales habían perdido muchos hombres y el reclutamiento de voluntarios se había reducido en un tercio. Spiller aceptó la propuesta de partir a la búsqueda de voluntarios y volvió a Inglaterra para desde allí embarcarse hacia Australia. El día de Año Nuevo de 1938 escribió a Athol Mace:

A veces me dan ataques de tristeza [...] me siento muy deprimido cuando pienso en todo esto, en las terribles bajas que hemos sufrido en España. Apenas puedo contener las ganas de llorar.

Aún así, se dedicó a su tarea propagandística, dando mítines por Australia y colaborando en la creación de comités de ayuda a España. Cuando volvió a Nueva Zelanda le recibió una sección especial de la policía que le preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse. Spiller contestó «lo que me dé la maldita gana». Se recorrió el país en una camioneta por cuenta del *Spanish Medical Aid Committee (SMAC)*. Un periódico local, el *Palmersthorpe North Times* publicó que uno de los mítines de Tom Spiller había animado a 20 jóvenes a alistarse. La fuente de esta noticia era el propio Spiller. En realidad solo fueron dos los voluntarios y nunca abandonarían Palmersthorpe North.

Tom pensaba regresar a España, al menos, eso es lo que se deduce de sus escritos:

Estoy solo de permiso, aunque por supuesto nadie me obliga a volver. Personalmente, ya he tenido lo mío. Estoy harto de combatir y de todo lo demás, pero sé que no podría permitirme no volver, casi todos mis compañeros y camaradas están muertos.

---

\* (N. de la T.) La primera novela de John Mulgan, escrita en 1938, acabó convirtiéndose en un clásico neozelandés. Las aventuras del protagonista comienzan en la Primera Guerra Mundial y concluyen en la guerra civil española.

Sin embargo, para cuando se decidió, la guerra ya estaba perdida y Tom Spiller no volvió.

Buscó trabajo en los muelles de Auckland. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética y la guerra entre las potencias imperialistas se transformó en la guerra contra el fascismo, Spiller intentó alistarse en las filas de los aliados. No lo consiguió. Debido a sus heridas, le declararon inútil y cuando acabó la guerra mundial no le dejaron tomar parte en el desfile de la victoria. Al parecer, su participación en la guerra civil no le convertía en un verdadero veterano de la guerra contra el fascismo. Podría decirse que Spiller había sido un «antifascista prematuro».

Durante sus largos años de militancia continuó participando en huelgas y manifestaciones. En 1951, le volvieron a golpear en la gran huelga de estibadores del puerto de Auckland. Su nombre aparece en la lista de heridos durante el violento ataque policial contra los manifestantes que recorrían Queen Street.

En el distanciamiento sino-soviético de los años 60, Spiller se decantó por Moscú y se convirtió en un miembro destacado del Partido de la Unidad Socialista (SUP), alineado con la Unión Soviética. Durante la caza de rojos de los años 70 fue uno de los objetivos del Primer Ministro conservador, Robert Muldoon. En esa época se involucró activamente en las protestas en contra de la participación de Nueva Zelanda en la guerra de Vietnam. También tomó parte en la larga ocupación ilegal de tierras por los maoríes durante la disputa de Bastion Point. Tom y su mujer de origen inglés, Daisy, no vivían lejos de allí.

A principios de los años 70, Tom Spiller, que había trabajado como técnico de mantenimiento de las líneas, fue nombrado Presidente del Sindicato de Tranvías de Auckland y luego Presidente Nacional. En 1977 le relevaron abruptamente de sus cargos. Siempre sostuvo que la CIA anduvo detrás de su cese. En realidad parece que le echaron izquierdistas independientes que trataban de robarle terreno al SUP.

En la segunda mitad de la década de los 70 tuve la oportunidad de conocer a Spiller. Yo también militaba en el SUP, pero no tenía mucho que ver con él. Me consideraba un pequeño burgués con inclinaciones trotskistas mientras que a él lo veía como un feroz estalinista. Spiller era un hombre que decía las cosas claras, lleno de sentido del humor, y un conversador muy entretenido capaz de soltar largas retahílas de insultos. Siempre decía lo que pensaba. En las reuniones del SUP, si alguien en su presencia aventuraba la más leve crítica al «Padrecito Stalin», tenía que aguantar la charla consabida sobre la transformación industrial de Rusia, el suministro de armamento a la República española, el sitio de Leningrado, la victoria decisiva de Stalingrado y el triunfo final del Ejército Rojo en Berlín.

Se trataba de un hombre pragmático y directo que, según comentaba un veterano comunista amigo mío, «prefería la compañía de aquellos que se habían probado en las batallas revolucionarias» (siempre que no fuera George Orwell). Este amigo mío, que pudo observar a Spiller de cerca, me dijo que Tom despreciaba a determinados líderes del Partido a quienes consideraba socialistas de salón. Sin embargo, «acataba la disciplina del Partido y siempre estuvo en el Comité Central».

En los 60 y 70, Spiller desdeñaba a estudiantes rebeldes como Tim Shadbolt, afirmando, con razón, que la sociedad podía tolerar a disidentes individuales siempre que no estuvieran organizados en torno a una fuerza política. Recordaba el caso de cuatro ingleses de las Brigadas Internacionales que perdieron los nervios y desertaron del frente. Les atraparon y les juzgaron. Él votó que los fusilaran.

A propósito de George Orwell, autor de «1984» y de «Rebelión en la granja», Tom sostenía que:

Era de poco fiar. Para empezar, era un poumista, un trotskista. Para ellos todo era blanco o negro. Fue un miembro del Partido Comunista Británico pero, mientras estuvo en él, no hizo nada útil.

En 1983 Tom Spiller regresó a España, visitó el Jarama y depositó una corona en memoria de Robbie. Murió en 1984, justo en el momento en el que el Gobierno laborista de su país se lanzaba a la tarea de transformar Nueva Zelanda en una dirección opuesta a la que había inspirado su lucha<sup>2</sup>.

---

2 *Workers' Weekly*, 7 de mayo de 1937, 21 de mayo de 1937; Alex Galbraith, *The Making of a New Zealand Revolutionary*, Workers' Party of New Zealand, Auckland, 1994; «Kangaroo Court Ends Union Work», *NZ Herald*, 19 de octubre de 1977; Tom Spiller: «You've got to be tough», *Listener*, 24 de marzo de 1984; «I Remember Jarama», *Spectrum*, Radio New Zealand, 1984; «The Tuesday Documentary: Tom Spiller and the Spanish Civil War», Alan Thurston (dir.), David Filer (research), Television New Zealand, 1986; Obituario, *NZ Herald*, 10 de diciembre de 1984; Obituario, *New Zealand Tribune*, 21 de enero de 1985; Cartas de Tom Spiller a Athol Mace, y pasajes de periódicos, MS-Papers-3781, Alexander Turnbull Library (ATL); Andy Durgan, «Freedom Fighters or Comintern Army? The International Brigades in Spain», *International Socialism Journal*, 84, otoño 1999; Paul Preston, *A Concise History of the Spanish Civil War*, Harper Collins, 1996; Entrevistas con Len Gale, Barbara Stewart, Jim Edwards, Peter Cross y Paul Tolich.

## CHARLIE RILEY: BRIGADISTA DE CHOQUE

---

*Mark Derby*

---



*Charlie Riley en el momento de su repatriación desde la guerra civil. A Riley le hirieron en varias ocasiones. La foto fue enviada a la Casa de Australia en Londres a principios de diciembre de 1938 como parte de la solicitud de repatriación de Riley al gobierno australiano. Colección de la familia Riley.*

Entre los voluntarios neozelandeses que llegaron a España, Charles Francis Dennis (Charlie) Riley, veterano de la Primera Guerra Mundial, era el único que contaba con una experiencia militar significativa. Era bastante mayor que sus compatriotas y a diferencia de la mayoría de ellos, Riley dejó testimonio de sus vivencias en varios diarios y en una entrevista oral grabada, documentos ambos conservados en la colección nacional de manuscritos. Gracias a esta documentación se ha podido reconstruir con bastante fidelidad los detalles de su azarosa vida.

Riley decía de sí mismo que era un auténtico *cockney* londinense: «capaz de oír desde el barrio el repique de las campanas de St Mary-le-Bow cuando el viento sopla en la buena dirección». Nacido en noviembre de 1893, Riley tuvo que abandonar la escuela a los quince años para contribuir al sostenimiento de la familia. Pasó varios meses aburrido haciendo cuentas en la oficina de un comerciante de té, hasta que «un sargento de reclutamiento pensó que podía ser un buen soldado» y le convenció para alistarse ofreciéndole el tradicional «chelín del rey». El joven Riley dedicó los cinco años siguientes a su formación militar en la Real Artillería de Campo, en el arsenal de Woolwich: «nos sabíamos al dedillo hasta el último pasador del cañón de 14 libras»<sup>1</sup>.

A los 21 años, Riley abandonó provisionalmente el ejército y decidió probar fortuna como marino civil en buques de vapor dedicados al comercio. En abril de 1912 su barco tropezó con el casco del *Titanic*, que todavía asomaba en el mar. Con el tiempo, «las frías travesías a través del Atlántico» fueron perdiendo atractivo y Riley decidió embarcarse en el *SS Tainui* que se dirigía a Australia y Nueva Zelanda. Arribó a Wellington en abril de 1913 y se enroló en un vapor de pasajeros llamado *Westralia*, «un barco muy entretenido» que hacía la ruta Australia-Nueva Zelanda atravesando el Mar de Tasmania<sup>2</sup>.

La enfermedad de su madre trajo a Riley de vuelta a Europa en un mes muy poco oportuno: julio de 1914. La guerra acababa de estallar. Su destreza como jinete le llevó al Tercer Regimiento de Caballería Acorazada de la Guardia de Dragones del Príncipe de Gales. Tras solo tres meses de entrenamiento, el Regimiento fue movilizadado al frente de Ypres, donde Riley pasó dos años envuelto en duras batallas, en las que llegó a alcanzar el rango de sargento.

«Aquel fue un periodo extenuante porque los inviernos de 1914 y 1915 fueron durísimos. Las trincheras eran inhabitables, de unos tres pies de profundidad, de los cuáles dos solían estar llenos de agua... diez días dentro y diez fuera... En uno de los ataques tuvimos mala suerte. Nos encontramos de cara con un regimiento de la guardia prusiana, unos tipos verdaderamente grandes... Me acuerdo de ir trepando hacia arriba y tropezarnos con ellos a medio camino. En cuanto vi que uno se me echaba encima preparé el rifle y la bayoneta, pero justo cuando lo tenía enfrente resbalé y él aprovechó para atacarme. Por fortuna, también falló. Me puse en pie de un salto y me abalancé sobre él. Su bayoneta me raspó en el brazo, a la altura del músculo»<sup>3</sup>.

1 C. Riley, MS-Papers-1490, ATL.

2 *Ibid.*

3 C. F. Riley, entrevista oral, OHColl-0021/1, National Library of New Zealand (Biblioteca Nacional de Nueva Zelanda).



*El joven Charlie Riley con su grado de sargento en el Día del Armisticio en noviembre de 1918. Colección de la familia Riley.*

Le pusieron un vendaje de emergencia en el campo de batalla pero la herida acabó infectándose con tétanos y Riley fue trasladado a un hospital en Francia. Finalmente, ante la presión de casos más urgentes, le declararon inválido y fue evacuado a Inglaterra.

Tenía entonces 23 años y decidió embarcarse de nuevo, esta vez como ayudante de artillero en un mercante armado que navegaba desde Inglaterra hasta Sudáfrica. Hacia finales de 1917 partió de Port Said a bordo del SS *Arawak* que repatriaba a unos 800 heridos neozelandeses. En cuanto llegó a Nueva Zelanda, se volvió a alistar en la Compañía de Fusileros Montados. «Regresé a Europa con el refuerzo 35, y llegué a tiempo para la última de las batallas de Palestina»<sup>4</sup>.

Tras ser licenciado del ejército en febrero de 1919, Riley intentó cursar ingeniería en la Universidad de Canterbury. Sin embargo, problemas de salud probablemente asociados a las secuelas de la guerra le impidieron acabar los estudios. En lugar de ingeniero, se convirtió en buscador de oro y consiguió trabajo como dinamitero en la mina de Waita.

4 *Ibid.*

En los albores de los años treinta, estaba casado y viviendo en Christchurch. Con la depresión económica llegó el paro; en aquella época «no había trabajo para un experimentado buscador de oro con licencia para utilizar explosivos»<sup>5</sup>.

Para entonces, Riley ya estaba involucrado en política, primero con los socialistas y luego con el Partido Comunista. Se convirtió en uno de los líderes del cada vez más nutrido número de desempleados. «Organizamos manifestaciones ilegales y protestas, nos enfrentamos a la policía, no nos quedaba mas remedio. Teníamos que tomar las calles para hacernos visibles». Una de las protestas en las que participó fue la gran huelga de trabajadores de los tranvías de 1932. En los años que siguieron, Riley acumuló 28 condenas penales. Con la aprobación de la Ley de Seguridad Pública fue acusado junto a otros líderes obreros de «vagabundo y maleante», y condenado a un año de cárcel. «Después de diez meses y medio me ofrecieron la posibilidad de salir en libertad condicional pero les dije que no, que me retuvieran todo el tiempo de mi condena. De todas formas iba a salir pronto»<sup>6</sup>.

Y así fue. Salió libre en 1934. Se había divorciado y, desesperado por encontrar un trabajo, decidió abandonar Nueva Zelanda y marcharse a Sydney a probar suerte de nuevo como buscador de oro. Lo intentó primero en Cobar, en Nueva Gales del Sur, y luego en el arroyo de Tennant, en el Territorio del Norte. Aislado en minas remotas, Riley dedicaba las horas muertas a leer sobre la expansión del fascismo en Europa y la cruel represión que sufrían los sindicatos alemanes, los judíos y los grupos de izquierdas. Los sindicatos mineros australianos recolectaban fondos en su apoyo («incluso los más pobres arrimaban el hombro»), grandes sumas de dinero que hacían llegar a la resistencia alemana clandestinamente a través de marineros simpatizantes.

La noticia del estallido de la guerra en España le llegó en uno de esos días de sol abrasador tan característico del Territorio del Norte. Riley dormitaba en su camastro bajo un toldo con la radio encendida. Fue entonces cuando escuchó que, en el otro extremo del mundo, Franco y sus generales se habían levantado contra el gobierno progresista libremente elegido por el pueblo. Franco contaba con el apoyo de los líderes fascistas del mundo. «Que Hitler y Mussolini y los generales se hubieran levantado contra la España republicana era lo último que nos quedaba por oír»<sup>7</sup>.

5 Riley, MS-Papers-1490, ATL.

6 Riley, entrevista oral.

7 Riley, MS-Papers-1490, ATL.

En unos días Riley y un amigo suyo recorrieron el largo camino hasta Darwin y desde allí tomaron un barco para regresar a Sydney, «esta vez con una pequeña fortuna en el bolsillo». De todas formas, no querían malgastar sus ahorros, así que se enrolaron como ayudantes en un buque que transportaba trigo a Inglaterra. Una vez allí, entraron en contacto con los responsables del reclutamiento para las Brigadas Internacionales.

En Francia se incorporó a un grupo de más de 100 voluntarios en el que no faltaban veteranos de la Legión Extranjera Francesa. El viaje a pie atravesando los Pirineos duró 14 horas. Fue agotador. Los caminos estaban llenos de nieve y era difícil esquivar los puestos franceses de ametralladoras y los reflectores: «Cuando veíamos algún reflector cerca, corríamos y nos arrojábamos al suelo helado [...] al final lo conseguimos»<sup>8</sup>.

En cuanto llegó a Cataluña, el antiguo buscador de pepitas se incorporó a una unidad compuesta mayoritariamente por británicos que formaba parte de la XV Brigada Internacional. Enseguida les movilizaron y en muy poco tiempo se encontró combatiendo en la batalla de Brunete. Durante los 20 meses siguientes, Riley participó en la batalla de Teruel, en la última ofensiva republicana del Ebro y en la desastrosa retirada posterior.

Quitándose importancia, como solía hacer, Riley describía las condiciones del combate como «bastantes duras. Los italianos y alemanes estaban mucho mejor equipados que nosotros. No teníamos suficiente artillería. Ellos nos superaban en número de aviones, aunque a veces nos mandaban algún bombardero ruso que hacía un gran trabajo. En los primeros días del levantamiento predominaban los viejos Máuser españoles, aunque había trabucos y carabinas mucho más anticuados que hicieron un trabajo excelente en las barricadas y que... habrían merecido ocupar un puesto honorífico en cualquier museo»<sup>9</sup>. Para cuando Riley llegó a España, los pocos países que apoyaban oficialmente a la República habían empezado a mandar armamento moderno. Riley pudo disponer de una metralleta ligera checa para defender a su columna de infantería: «cuando los aviones se acercaban les disparábamos como locos y nos los quitábamos de encima. Solían volar bajo y conseguimos derribar a algunos»<sup>10</sup>.

A Riley le fascinó el idealismo del ejército republicano, muy diferente de su experiencia con el ejército británico en la Primera Guerra Mundial: «Allí los oficiales no tenían ayudantes de campo, ni ordenanzas; hasta el Comandante se

---

8 Riley, entrevista oral.

9 *Ibid.*, p. 60.

10 Riley, entrevista oral.

limpiaba sus botas»<sup>11</sup>. Admiraba al ejército de civiles y a las mujeres y niños de la España republicana. Le impresionaron especialmente unos francotiradores que «apenas sobrepasaban la altura de su fúsil, pero que aún así infundían respeto»<sup>12</sup>. Riley no era un comunista particularmente ortodoxo y mantuvo el respeto por la fe católica en la que había sido educado en Londres. «Asistí a varias misas en Barcelona y en otros lugares de España; había bastante gente»<sup>13</sup>.

Como soldado veterano y experto en explosivos, Riley se convirtió en «brigadista de choque», un título que reconocía cualidades de mando tanto militar como político. Hablaba con bastante fluidez en francés y no le costó mucho trabajo aprender español. Adiestró a jóvenes reclutas en el manejo de armas y explosivos y, al parecer, era de los primeros en apuntarse a las acciones de mayor riesgo.

Las patrullas eran lo más emocionante de la guardia nocturna. Tengo que confesar que solía disfrutar cuando me tocaba ir en alguna patrulla cerca de las líneas enemigas [...] Creo que me gustaba (al menos en esa época) arrastrarme por aquella tierra de nadie junto a otros espíritus aventureros cargados de granadas de mano<sup>14</sup>.

La escasez de equipos y material obligaba a las fuerzas republicanas a improvisar armamento y estrategias de combate. Riley era un candidato idóneo para participar en las arriesgadas misiones antitanque:

Cada uno de nosotros cargaba alrededor de ocho bombas antitanque. Nos acercábamos a los carros todo lo que podíamos y arrojábamos las bombas bajo las ruedas. Una vez inmovilizados los tanques, lo único que teníamos que hacer era buscar una buena posición desde la que lanzar otra bomba dentro de la torreta y matar a la tripulación...Si conseguíamos acercarnos lo suficiente no podían dispararnos porque quedábamos fuera de su línea de visión<sup>15</sup>.

Al parecer, el único neozelandés con el que se encontró Riley fue Bert Bryan, (véase pág. 87). Coincidieron en la batalla del Ebro, la última gran batalla en la que participaron las Brigadas Internacionales.

---

11 C. Riley, «All Quiet on the Spanish Fronts», documento no publicado, p. 20, MS-Papers-1490, ATL.

12 *Ibid.*, p. 47.

13 *Ibid.*, p. 124.

14 *Ibid.*, p. 28.

15 Riley, entrevista oral.

Uno de los lugares que daba más quebraderos de cabeza a los oficiales republicanos era el puente de Mora, sobre el río Ebro. Decidieron mandar a media docena de dinamiteros; yo estaba entre ellos. Colocamos las bombas en el arco central del puente.

Dos noches después los republicanos oyeron el ruido de tanques italianos al otro lado del río.

Todo estaba preparado y solo nos restaba prender las mechas. Los tanques enemigos ocupaban la mitad del puente cuando los tres arcos volaron por los aires... Nunca cruzaron el Ebro, no mientras nosotros estuvimos allí<sup>16</sup>.

Sin embargo, poco después de este éxito, la unidad de Riley sufrió un ferroz contraataque de la infantería italiana y los disparos de una ametralladora alcanzaron a Riley en varias zonas del cuerpo.

Me hirieron en la cabeza, la cara, la yugular izquierda, los hombros y el brazo. Debía tener un aspecto lamentable. Una parte de mi cara parecía un amasijo de sangre coagulada y la boina caí que apretaba contra el cuello estaba empapada de rojo... Todavía recuerdo haber subido tambaleando una colina para conseguir llegar al puesto de socorro que se encontraba al otro lado<sup>17</sup>.

Todavía consciente, Riley fue trasladado al Hospital de Valls. Las heridas se infectaron y «solo después de un tratamiento largo y delicado a cargo del personal americano y de las enfermeras españolas, Carmen y Tina, conseguí salvar mi brazo derecho»<sup>18</sup>. Fue necesaria una masiva transfusión de sangre que donó una de las enfermeras.

Después de un mes en Valls, Riley solicitó volver a su brigada. Sin embargo, el oficial médico del hospital no le dio el alta y recomendó su traslado al hospital base de las Brigadas Internacionales en Mataró. Allí coincidió con varias enfermeras australianas y neozelandesas, probablemente René Shadbolt e Isobel Dodds (véase pág. 123) estarían entre ellas.

«Algún tiempo después de abandonar Valls, el hospital fue bombardeado por un escuadrón aéreo. Se había conservado intacto hasta casi el final de la

---

16 *Ibid.*

17 Riley, «All Quiet on the Spanish Fronts», p. 141.

18 *Ibid.*, p. 142.

guerra por la sola razón de que Franco poseía allí unas tierras»<sup>19</sup>. Según las notas de Riley, cuando tuvieron lugar los bombardeos había en el hospital 400 pacientes.

Hacia finales de 1938, un poco antes de producirse la retirada formal de todos los brigadistas internacionales, Riley y otros heridos graves fueron repatriados a París en un tren de la Cruz Roja. Todavía con el brazo en cabestrillo, Riley llegó a la estación Victoria de Londres y lo primero que hizo fue pesarse para constatar la severidad de tantos meses de lucha. «El peso señalaba 54 kilos, lo que significaba que había perdido 16 kilos»<sup>20</sup>.

Antes de abandonar Londres, Riley hizo campaña a favor de sus compañeros de las Brigadas Internacionales que permanecían en España. En una serie de cartas dirigidas al gobierno británico urgía a éste a tomar medidas para proteger «a los noventa y tantos prisioneros de guerra británicos que agonizaban en San Pedro de Cardena, la prisión más dura de Franco. Entre los prisioneros había heridos graves que precisaban atención médica inmediata»<sup>21</sup>.

Riley regresó a Australia acompañado de veteranos civiles australianos y de su compañero neozelandés Bert Bryan. Recibieron una gran acogida en todas partes, con banderas, reconocimientos y discursos. A Riley le entrevistó el locutor más famoso de la radio de Melbourne. Cuando el 19 de febrero de 1939 desembarcaron en Sydney, una lluvia de flores acompañó su descenso por la pasarela. Todos acordaron colaborar con el *Spanish Relief Committee* (Comité de Socorro a España) para reunir fondos destinados a las víctimas de la guerra.

Recolectamos cientos de miles de libras de los sindicatos. Entonces éramos conscientes de que España estaba perdida y que habría un montón de mujeres y niños hambrientos. Las organizaciones sindicales donaron hasta cincuenta mil libras y realizaron envíos de alimentos por barco<sup>22</sup>.

El *Spanish Relief Committee* también atendía a los veteranos. Cuando se diagnosticó que Riley padecía «tensión nerviosa», le asignó la cantidad de 2 libras semanales<sup>23</sup>.

19 *Ibid.*, p. 143.

20 *Ibid.*, p. 195.

21 C. Riley al Under-Secretary of State, Londres, 3 de diciembre de 1938, C. Riley, MS-Papers-1490-01, ATL.

22 Riley, entrevista oral.

23 A. Inglis, *Australians in the Spanish Civil War*, Allen & Unwin, Sydney, 1987.

En mayo de 1939 regresó a Nueva Zelanda. La policía neozelandesa recordaba muy bien las andanzas del joven Riley como líder de los trabajadores y le sometieron a una vigilancia muy estrecha, anotando hasta la última palabra de sus mítines públicos. Sin embargo, en Nueva Zelanda la situación en la lejana España tenía menos repercusión que en Australia. La victoria de Franco era inminente.

Llegó la Segunda Guerra Mundial. Todavía convaleciente y con 46 años de edad, Riley se reenganchó a la lucha contra el fascismo. Quitándose siete años de encima fue uno de los primeros en alistarse en el Cuartel King Edward de Christchurch. En un principio, le relegaron a una unidad de la reserva formada por veteranos de la Primera Guerra Mundial pero, como era de esperar, Riley pronto empezó a impacientarse y solicitó enrolarse en la Fuerza Expedicionaria. Contra todo pronóstico pasó el examen médico y partió hacia Egipto con el primer destacamento. Riley entró en acción en Libia, cavando trampas para los tanques durante la lucha por el puerto de Tobruk. Tras dos años de combates en el desierto, le hirieron de nuevo, esta vez en el pie, y fue definitivamente dado de baja del servicio activo en 1942 con una pensión de invalidez<sup>24</sup>.

Riley se volvió a casar y sobrevivió a su mujer. En la soledad de su casa de Naenae, Lower Hutt, siguió manteniendo contacto con otros veteranos británicos hasta su muerte en 1982.

Diez años antes había donado todos sus papeles personales a la Biblioteca Alexander Turnbull. El entonces asistente del director de la biblioteca, Ray Grover, impresionado por el material y por la personalidad del donante, decidió visitar a Riley en su casa de Naenae y grabar sus memorias para la colección histórica oral de la biblioteca. Grover recuerda que aquel anciano de 80 años no tenía «aire marcial alguno, pero sí una actitud de soldado, era un tipo con chispa, un típico *cockney*». A diferencia de muchos otros que dedicaron su vida a la causa española solo para ver como Franco imponía décadas de represión, Riley no parecía mirar atrás con rencor. Según Grover «no percibía en el hombre ningún atisbo de amargura»<sup>25</sup>. «¿Así que a usted le han herido en tres guerras?», le preguntó Grover admirado. Pues sí, he tenido un poco de mala suerte. Y también de la buena, según cómo se mire. Podría haber sido peor<sup>26</sup>.

---

24 C. Riley, registro, Personnel Archives, New Zealand Defence Force HQ.

25 Información comunicada directamente al autor.

26 Riley, entrevista oral.



# ERIC GRIFFITHS: AS DE LA AVIACIÓN

Mark Derby

**AIRWAYS PILOTS**

**THREE APPOINTMENTS**

**LICENCE REQUIREMENTS**

**NIGHT FLYING CERTIFICATE**

(BY TELEGRAPH—NEW ZEALANDERS)

WELLINGTON, Friday

Three additional pilots have been appointed to Union Airways' staff. They are Messrs. Eric Griffiths (Wellington), H. C. Walker (Wellington), and H. L. McGregor (Featherston). Mr. McGregor is a cousin of the late Squadron-Leader M. C. McGregor, and he has already commenced his duties at Palmerston North.



MR. E. GRIFFITHS

The other two, when their training in the Union Airways' radio school is completed within a week, will also take up their duties. The Civil Aviation Department, which formerly issued its night flying competency certificates in connection with the commercial flying certificates, notified pilots some months ago that this would be insisted upon when their licences were renewed. The requirement is now operative, the pilots having also to be qualified in instrument flying up to a certain stage.

**ADVENTURES OVERSEA**

*El piloto Eric Griffiths nacido en Wellington trabajó en la aviación civil neozelandesa durante un breve periodo entre la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial. NZ Herald, 4 de junio de 1938.*

Eric Griffiths, un apuesto piloto de espíritu aventurero, fue el único neozelandés que sirvió en las fuerzas aéreas de la República.

Con el estallido de la guerra civil, la mayoría de los pilotos militares españoles se sumaron al bando franquista, dejando al Gobierno republicano en

la necesidad de encontrar a toda costa aviones de combate y hombres capaces de pilotarlos. Griffiths se alistó en el Escuadrón Internacional de la Fuerza Aérea de la República y combatió en el peligroso cielo de Madrid contra fuerzas italianas y alemanas, mucho más numerosas.

Eric Neville Griffiths nació en 1912 en Eastbourne, una pequeña localidad costera próxima a Wellington. Desde niño quiso ser piloto y en cuanto tuvo edad suficiente empezó a faltar a las clases del colegio de secundaria de Wellington para asistir a los cursos del Club Aéreo del valle de Wairarapa. Abandonó la escuela antes de los exámenes finales y se dedicó a recorrer el país como mecánico y paracaidista ocasional a las órdenes de un famoso piloto neozelandés llamado McGregor, alias «Mac, el loco».

En 1932, con solo 19 años, Griffiths consiguió sacarse la licencia de piloto. Decidió probar fortuna en el extranjero y se marchó a China. Voló para varios señores de la guerra locales y probó todo tipo de aparatos haciendo la ruta desde Shangai hasta las tierras del interior. Al cabo de unos meses regresó a Nueva Zelanda y obtuvo la licencia de piloto comercial. Era el final de 1933 y el explorador norteamericano Richard Byrd preparaba desde Nueva Zelanda su segunda expedición antártica. Contrataron a Griffiths como mecánico de mantenimiento del Cóndor bimotor, principal avión de la expedición. Sin embargo, la participación de Griffiths en la famosa expedición acabaría en la sentina de un barco debido a sus protestas por el trato discriminatorio que sufrían los tripulantes neozelandeses, obligados a viajar en peores condiciones que los norteamericanos<sup>1</sup>.

Al año siguiente, Griffiths viajó a Inglaterra donde intentó sin éxito trabajar para la RAF; le descalificaron por no haber completado sus estudios de secundaria. Tampoco pudo participar en el gran raid aéreo de Londres a Melbourne de 1934. Se le presentó, entonces, la primera oportunidad de ofrecer sus servicios como mercenario en una guerra extranjera.

La Italia beligerante de Mussolini ocupaba los titulares de los diarios europeos. Abisinia estaba a punto de ser invadida y el emperador Haile Selassie no disponía de suficientes recursos aéreos para hacer frente a enemigo tan poderoso. A Griffiths se le ocurrió reclutar una «Fuerza Aérea Abisinia» de pilotos voluntarios. Confiando en poder conseguir antiguos aparatos Bristol de la RAF, ideó un plan descabellado para introducir a los quince pilotos en Abisinia haciéndolos pasar por actores del rodaje de una película sobre Lawrence de Arabia. Uno de los pilotos reclutados vendió la historia a la prensa y al servicio exterior británico le faltó tiempo para echar por tierra los planes del neozelandés.

---

1 Brian Bridgeman, *The Flyers: The untold story of British and Commonwealth airmen in the Spanish Civil War and other air wars from 1919 to 1940*, Brian Bridgeman/Self-Publishing Association, Worcester, 1989, p. 134.

Finalmente, el estallido de la guerra civil española brindó a Griffiths la oportunidad que estaba esperando. Empezó llevando a la España republicana aviones británicos de transporte ligero de pasajeros, los De Havilland Dragon. Tras la tercera entrega, le ofrecieron un contrato como piloto de combate en la Fuerza Aérea de la República. Las condiciones estipuladas fueron 200 libras por avión derribado y un seguro de 1.000 libras en caso de resultar herido. En agosto de 1936, Griffiths celebró su 23 cumpleaños en la base aérea de Getafe, como capitán en el Escuadrón Internacional.



*In war-stricken Spain: Captain E. N. Griffiths (left) and two of his airmen comrades photographed beside a Spanish Government bombing aeroplane.*

*Eric Griffiths (izquierda) como capitán en las fuerzas aéreas republicanas posando junto a dos de sus compañeros pilotos delante de su avión de combate. Auckland Weekly News, 16 de junio de 1937.*

En el momento de estallar la guerra el avión de combate que predominaba en la fuerza aérea española era el caza francés Nieuport de 1925. Los pilotos republicanos tenían que hacer frente a Fiat italianos y Heinkel alemanes, unos aparatos mucho más modernos y rápidos. El balance de bajas fue escalofriante. De los 20 pilotos que formaban el escuadrón de Griffiths, 16 habían muerto y 3 estaban heridos cuando el neozelandés abandonó el país nueve meses más tarde. En una entrevista a un periódico local, Griffiths sostenía que «el problema era que algunos pilotos eran muy jóvenes y apenas contaban con 30 horas de vuelo de experiencia. Nunca tuvieron la más mínima oportunidad... Perdían el orden de la formación, se ponían nerviosos, volaban sin sentido de la dirección y solían conseguir que los derribaran». La cobardía se castigaba con el fusilamiento contra una pared. Según Griffiths, «a veces nadie se preocupaba de la pared»<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> *Weekly News*, 16 de junio de 1937, p. 7.

En la misma entrevista, expresa su opinión sobre los pilotos italianos y alemanes que lucharon al lado de los rebeldes:

Los italianos nunca atacaban a menos que fueran dos contra uno... Si conseguíamos derribar a uno de ellos, el resto se batía en retirada rápidamente. Los alemanes eran más valientes aunque solían atacar cuando eran superiores en número. Los italianos podían ser muy rápidos, pero los alemanes eran más sólidos<sup>3</sup>.

Aunque sus posibilidades de sobrevivir aumentaron considerablemente gracias a un moderno aparato francés, el neozelandés no consiguió salir ileso de la contienda. En septiembre de 1936, sufrió un ataque fatal mientras realizaba un vuelo de reconocimiento sobre Toledo junto con el piloto sudafricano Vincent Doherty. De súbito, se les echaron encima varios cazas Fiat. Hirieron a Griffiths en el hombro derecho. Haciendo gala de una gran pericia, se las arregló para mantener el rumbo del avión con su mano izquierda y aterrizar en Getafe sin mayores daños.

Le trasladaron al hospital de Madrid y le pagaron una indemnización de 1.000 libras.

Griffiths describió el desolador panorama que contemplaba a diario:

Desde el hospital alcanzaba a ver el aeropuerto... Cada mañana nuestra pequeña flota de aviones: se preparaba para el despegue —supongamos que fueran seis—. Por la tarde, solo volvían cinco. A la mañana siguiente volverían a salir y por la tarde solo regresarían cuatro. Y así hasta que no quedara ninguno.

A pesar de estadísticas tan descorazonadoras, Griffiths estaba convencido de que la ayuda militar procedente de Rusia acabaría por inclinar la balanza hacia la causa republicana.

El [caza] ruso supera a los alemanes e italianos. De eso no cabe duda. El primer grupo en salir —eran 15— derribó el mismo número de aviones en pocos días. Sin sufrir ninguna baja....

Además, le parecía que aumentaba el número de desertores que se pasaban al lado republicano.

Un día, un gran Junker aterrizó en nuestra base y un hombre saltó de la cabina con los brazos en alto. Traía consigo un bombardero alemán cargado de munición<sup>4</sup>.

---

3 *Otago Daily Times*, 15 de junio de 1937, p. 9.

4 *Tomorrow*, 18 de agosto de 1937, pp. 658-59.

En Madrid, Griffiths solía frecuentar a los corresponsales extranjeros en el Hotel Florida. El periodista Geoffrey Cox coincidió con él en su primer día en Madrid, el 28 de Octubre de 1936:

Estaba comiendo una tortilla de patatas y bebiendo un Rioja en un pequeño restaurante Vasco con Jan Yindrich (el corresponsal en Madrid de *United Press*) y con un herido de guerra del lado Republicano, un neozelandés de Wellington con un brazo en cabestrillo. Por la atención que le dedicaba la joven propietaria del local, Marichu, estaba claro que el piloto era de uno de sus clientes favoritos<sup>5</sup>.

La participación de Griffiths en la guerra tocaba a su fin y el piloto reclamó el pago por 5 cazas y 2 bombarderos derribados. Debido a dificultades de identificación, le reconocieron solo 4 victorias y le pagaron las 200 libras acordadas por cada una. No cabe duda de que el neozelandés fue un piloto muy capaz, al que el gran líder aéreo de la República, Andrés García Lacalle, menciona de forma elogiosa en sus memorias.

En cuanto estuvo restablecido, Griffiths se dedicó durante algún tiempo al adiestramiento de pilotos españoles. Pero enseguida el gobierno republicano ordenó su traslado a Francia e Inglaterra con la misión de conseguir nuevos aviones y material de guerra. Griffiths pensaba reunirse en Francia con su novia de Wellington, Gay Robinson, para casarse. Sin embargo, los padres de Gay se opusieron al viaje de su hija y, en junio de 1937, Griffiths decidió volver a Nueva Zelanda para la boda. Se fue con un permiso de tres meses y nunca regresó a España<sup>6</sup>.

El matrimonio no duró mucho: hasta que, llevado por su afán de aventura, Griffiths decidió marcharse a Hollywood para emprender una nueva peripecia en compañía de su amigo Errol Flynn. Había conocido al famoso actor en España y confiaba en encontrar trabajo como asesor técnico en películas sobre la guerra civil. Los dos amigos viajaron juntos a México, pero sus planes cinematográficos no llegarían a materializarse.

En 1939, Griffiths estaba otra vez en Asia, esta vez planeando volar para los chinos en la guerra con Japón. Estalló entonces la Segunda Guerra Mundial y Griffiths cambió de idea y se alistó en las Fuerzas Aéreas de Nueva Zelanda. Le destinaron a la base de Hobsonville como piloto de pruebas, un trabajo reservado a los pilotos más capacitados. Sin embargo, el espíritu inquieto de Griffiths no se adaptaba a un destino tranquilo en la retaguardia y en 1940 le trasladaron

---

5 Geoffrey Cox, *Eyewitness: A memoir of Europe in the 1930s*, Otago University Press, Dunedin, 1999, pp. 205-06.

6 *Weekly News*, 16 de junio de 1937, p. 7.

a Nadi, en Fiyi, con la misión de escoltar a los barcos que transportaban tropas neozelandesas. Allí le ascendieron a teniente de vuelo. Los jóvenes reclutas se divertían haciéndole el saludo militar a sabiendas de que no podría devolverlo con su maltrecho brazo derecho. Un compañero oficial le recuerda como un verdadero «seductor» y el niño bonito de todas las enfermeras del Hospital de Suva. Tocaba la guitarra y sabía algunas canciones españolas<sup>7</sup>.

En 1942 llegaron refuerzos al escuadrón de Nadi en forma de doce modernos aparatos USAAF P-39, unos cazabombarderos rápidos y con gran capacidad de maniobra.

Griffiths tomó prestado uno de ellos sin autorización para un vuelo de diversión junto a su compañero Ian Salmon que pilotaba un Vickers Vincent, mucho más lento y pesado. Griffiths no estaba familiarizado con el avión estadounidense y en una de las acrobacias perdió el control y se incrustó en un *bure*, la casa tradicional fiyiana. Los ocupantes de la casa resultaron heridos. El piloto neozelandés murió en el acto<sup>8</sup>.

Griffiths había sido un mercenario en varias guerras (a excepción de la Segunda Guerra Mundial), pero también era un hombre que siempre se identificó con los más desfavorecidos. En España, el gobierno republicano le había pagado sumas relativamente cuantiosas para la época, pero Griffiths también era un firme partidario de la República. No sentía ninguna simpatía por Franco y sus aliados fascistas y manifestaba una admiración sin reservas por el pueblo español:

Tienen un espíritu extraordinario. Son heroicos. Tres minutos después de un bombardeo, la gente vuelve a pasear como si nada, los niños siguen jugando a las canicas en las calles. En un determinado momento, los rebeldes estaban tan cerca del centro de la ciudad como Courtney Place (una calle del centro de Wellington) del GPO (a 2-3 kms) y los cafés seguían abiertos...<sup>9</sup>.

Aquéllos que volaron con Griffiths le recuerdan como un gran piloto, aunque algo alocado, un hombre temperamental y amante del riesgo, capaz de hacer amigos y enemigos con la misma facilidad, pero muy cálido y entrañable<sup>10</sup>.

---

7 Arthur Hoffman, información comunicada al autor.

8 Philip Snow, *The Years of Hope: Cambridge, colonial administration in the South Seas and cricket*, Radcliffe Press, Londres, 1997, pp. 163-64.

9 *Tomorrow*, 18 de agosto de 1937, pp. 658-59.

10 Colin Reid, información comunicada al autor.

## WILLIAM MACDONALD: SOLDADO DEL EJÉRCITO DEL GOBIERNO

---

Mark Derby

---

Las circunstancias que impulsaron a los voluntarios neozelandeses a tomar parte en el lejano conflicto español fueron de índole muy diversa. William MacDonald, natural de Dunedin, tenía 19 años cuando en la mañana del 11 de agosto de 1933 entró en la oficina del Union Bank de Australia, situada en la plaza mayor de Palmersthorpe North y entregó una nota al cajero, William Loudon, en la que decía: «Estoy apuntándole. Si intenta dar la alarma le dispararé. Deme doscientas libras en billetes. Estoy desesperado, así que dese prisa».

El cajero miró al joven corpulento que tenía enfrente y observó que por debajo de la gabardina que colgaba de su brazo derecho sobresalía el cañón de una pistola. Sin pensárselo un segundo, Loudon se agachó detrás del mostrador, agarró su propio revolver y realizó varios disparos de advertencia al techo de madera. MacDonald se dio la vuelta y comenzó a correr hacia la salida justo en el momento en que uno de los disparos alcanzó el panel de cristal que se encontraba sobre su cabeza<sup>1</sup>. Para aumentar su mala fortuna, otro de los cajeros, Gibb Brown, reconoció en el joven ladrón al desconocido con el que la tarde anterior había estado jugando una partida de ping pong. Le llevó muy pocos minutos identificar a MacDonald ante la policía local, que lo detuvo al poco rato cuando todavía llevaba encima su revolver cargado<sup>2</sup>.

El juicio se celebró a la mañana siguiente en una sala repleta de gente. El abogado de MacDonald consiguió mantener durante unos días su nombre en secreto, pero pronto se supo que se trataba del hijo de un prestigioso médico de Dunedin y profesor de la Universidad de Otago. Su madre también era un «personaje conocido en Dunedin por su labor caritativa»<sup>3</sup>. Además de inten-

---

1 *Evening Standard*, 11 de agosto de 1933.

2 G. Brown, información comunicada al autor.

3 K. Ovenden, *A Fighting Withdrawal: The life of Dan Davin, writer, soldier, publisher*, Oxford University Press, Oxford, 1996, p. 74.

to de asalto a un banco, MacDonald fue acusado de una serie de pequeños robos y violaciones de domicilio ocurridos en el distrito durante las semanas precedentes y sentenciado a cuatro años de reformatorio<sup>4</sup>. El desventurado ladronzuelo cumplió dos años y cuatro meses de condena y, al parecer, abandonó Nueva Zelanda en 1936 sumido en la deshonra<sup>5</sup>.

En enero de 1937, MacDonald reapareció pilotando un avión con destino a Barcelona. Albergaba la esperanza de unirse a las Fuerzas Aéreas de la República como poco antes hiciera su compatriota, Eric Griffiths (véase pág. 69). Sin embargo, para entonces ya no se admitían pilotos extranjeros. Al parecer, la tentación de usar los aparatos para desertar era demasiado grande. MacDonald decidió entonces enrolarse como soldado de infantería en las Brigadas Internacionales. Tras el correspondiente mes de adiestramiento en la base de Albacete le destinaron al Batallón Abraham Lincoln, formado por los voluntarios estadounidenses. En su diario describió un episodio que protagonizó en el curso de unas maniobras junto a su Batallón: «trepé por una colina disfrazado de campesino y conseguí comida del enemigo»<sup>6</sup>.

El 10 de febrero de 1937 el Batallón entró en acción en el frente del Jarama. Once días más tarde de los 450 hombres que lo formaban solo quedaban 120.

MacDonald escribió una carta a su madre a primeros de mayo de 1937, que posteriormente sería publicada en un periódico de Wellington, el *Evening Post* (el diario no mencionaba a MacDonald, pero no cabe duda de que se trataba de él):

Pasamos momentos muy duros. Más que nada, esta es una guerra de metralletas, y aquí hemos sufrido las ráfagas más intensas de todo el combate. Los fascistas tenían su objetivo casi al alcance de su mano; eso sí, con la ayuda de sus aviones. Cuando las cosas se calmaron un poco, reorganizamos el batallón... Antes me habían utilizado de avanzadilla. Un día participé con otros cinco en una patrulla de reconocimiento; mataron a cuatro. A mí me hirieron y el sexto tardó un día y medio en regresar.

Este episodio tuvo lugar a la semana de iniciarse la batalla. Cuando la patrulla sufrió el ataque enemigo, MacDonald se echó a tierra y trató de ocultarse detrás de un árbol. Una bala de ametralladora le traspasó el casco y se le incrustó en el hombro. Permaneció solo cuatro días en el hospital de Col-

---

4 *Evening Standard*, 12 de agosto de 1933.

5 Ovenden, *A Fighting Withdrawal*, p. 95.

6 Archivo de las Brigadas Internacionales, Moscú Archivo 545/6/68, en Micro-MS-0948, ATL.

menar de Oreja antes de reincorporarse al frente. En el hospital coincidió con dos de sus compatriotas, el doctor Doug Jolly (véase pág. 111) y la enfermera Una Wilson (véase pág. 137). De vuelta en el frente luchó en las trincheras otros cuatro meses. En la carta a su madre, MacDonald aseguraba que:

Estamos bien alimentados y tenemos ropa suficiente y zapatos. Nunca nos han faltado comida y cigarrillos, aunque como es natural echamos de menos una dieta más sabrosa, huevos, jamón, chocolate, etcétera. De vez en cuando podemos darnos una ducha de agua caliente en un pueblo cerca de aquí. En algunas ocasiones hemos estado a 100 metros del enemigo. Por la noche les oíamos gritar. Antes soltaban improperios y solían cantar, pero ahora ya no lo hacen.

Concluía la carta diciendo: «espero que a cualquiera que pregunte por mí le digas que estoy en el ejército del gobierno español luchando contra el fascismo»<sup>7</sup>.

MacDonald escribió a su hermano contándole que vivían en refugios subterráneos de 10 o 12 pies de profundidad, donde dormían completamente vestidos y con las botas puestas, teniendo a mano el fúsil, la munición y las máscaras antigás.

Volvió a insistir en que «no soy comunista ni pertenezco al Ejército Rojo: soy miembro del Ejército del gobierno español. He estado en Madrid, Barcelona, Valencia y en lugares más pequeños como Albacete y Alcalá de Henares (el lugar de nacimiento de Cervantes)... y en todas partes he visto a la gente, ya fueran campesinos, médicos, empresarios, trabajadores de las fábricas y especialmente a las mujeres y jóvenes, alzarse como uno solo en su deseo de acabar con el fascismo. Ese es el primer objetivo que hay que alcanzar y el más importante. Luego el pueblo estará en condiciones de decidir su destino y elegir el Gobierno [...]».

Imagínate que una tarde estás paseando tranquilamente por la calle Willis (en el centro de Wellington) y que de repente empiezan a caer bombas sobre la gente y los edificios. ¿Crees que al día siguiente serías capaz de volver a salir a pasear por la misma calle?, y si así fuera y si de nuevo vieras que las bombas siguen cayendo, ¿te animarías a seguir saliendo el tercer día? Aquí sucede algo inaudito: después de varias semanas de bombardeos incesantes la gente de Madrid todavía continúa circulando por las calles principales de la ciudad y prosiguiendo su vida habitual como si tal cosa. No es algo que haya oído o leído. Lo he presenciado con mis propios ojos, y he ayudado

---

7 (N. de la T.) *Evening Post*, 26 de mayo de 1937, p. 10.

a levantar del suelo a mujeres heridas y a niños muertos que a las 11 de la mañana de un día soleado se dirigían a sus quehaceres, y a sus tumbas...».

A MacDonald le sorprendía la buena reputación de Nueva Zelanda en aquella torre de babel de la izquierda que eran las Brigadas Internacionales.

En cuanto se enteraban de que era neozelandés, todos, alemanes, holandeses, belgas, norteamericanos, griegos..., me acosaban a preguntas sobre nuestras condiciones sociales y experimentos... Gente que nunca había oído hablar de Phar Lap, las Cuevas de Waitomo o los All Blacks\* estaba perfectamente al tanto del desarrollo de nuestros sistemas de pensiones y de educación pública.

MacDonald nunca perdió la confianza en una eventual victoria republicana.

Cuando ésta se produzca y si todavía estoy vivo, volveré a Nueva Zelanda a veros a todos. Si no lo consigo, recordad que amo la vida tanto como vosotros. Disfruto como cualquiera de los placeres de la vida y no tengo ninguna gana de renunciar a ellos. Si tengo que morir, moriré contento de saber que muero por una causa por la que muchos miles, mejores que yo, han dado gustosamente sus vidas<sup>8</sup>.

Sin embargo, el destino de MacDonald no sería morir en España. Tras un mes de descanso, el Batallón Lincoln fue destinado a la ofensiva republicana de Brunete. A MacDonald, aquejado en ese momento de una herida en el talón, le transfirieron a una unidad de transporte y le encomendaron la misión de transportar agua al frente de batalla. En uno de esos viajes, su camión fue alcanzado por un obús pero el cargamento de agua amortiguó la explosión, salvándole la vida. Ese episodio le valió la promoción a sargento y el mando de seis camiones de transporte. Desde agosto de 1937 hasta enero de 1938 consiguió sobrevivir a los incesantes bombardeos diurnos y a los peligrosos trayectos nocturnos en los que se veía obligado a viajar sin luces.

En un determinado momento, la suerte le jugó una mala pasada y MacDonald tuvo un tropiezo que le costaría su recién ganado ascenso. Enviado a Madrid a recoger la paga del Batallón, no tomó las suficientes precauciones y tras una noche de juerga en la ciudad, regresó a la habitación del hotel donde se alojaba, encontrándose con que la paga había desaparecido. Se le abrió un expediente disciplinario que le supuso la pérdida de su grado de

---

\* (N. de la T.) Son tres iconos de la cultura popular neozelandesa: Phar Lap fue un famoso caballo de carreras de la época, las Cuevas de Waitomo una conocida atracción turística y All Blacks es el nombre de la selección nacional de rugby.

8 *Ibid.*

sargento, catorce días de arresto y una reprimenda por negligencia. Luego consideró que «le habían tratado de forma muy indulgente»<sup>9</sup>.

En marzo de 1938, cuando ya Franco lanzaba su ofensiva final, trasladaron a MacDonald a la Brigada Garibaldi compuesta por unos 500 exiliados italianos antifascistas. Allí volvió a conducir camiones y ambulancias hasta septiembre de 1938. El gobierno republicano anunció entonces que retiraría a todos sus efectivos extranjeros.

Según el testimonio de un periodista neozelandés que le entrevistó, en aquellos momentos:

[...] aviones italianos volaban de Italia a Mallorca donde cargaban bombas que luego lanzaban sobre Barcelona. El bombardeo despiadado de civiles constituía (a ojos de MacDonald) el peor aspecto de la guerra. Apenas quedaba en Barcelona zona alguna que no hubiera sido bombardeada<sup>10</sup>.

MacDonald estuvo acampado en Ripoll, cerca de la frontera francesa y de allí fue evacuado a Londres junto con otros 300 veteranos británicos.

Según se desprende de una carta que envió al diario de Dunedin, MacDonald se encontraría en ese momento a punto de solicitar la nacionalidad española con el objetivo de integrarse en el Cuerpo de Tanques. Más tarde declararía que pensaba regresar a España para trabajar como fotógrafo para el departamento de propaganda del gobierno. Estaba claramente muy comprometido con la causa y criticó la pasividad de los países democráticos que permitieron a Alemania e Italia seguir enviando tropas y armas a la España franquista.

Existe una fotografía de esa época en la que aparece MacDonald, demacrado y endurecido, junto a otros veteranos de las antípodas de regreso a Australia. Un hombre que tenía muy poco que ver con el ladronzuelo incompetente de cinco años atrás. A pesar de lo vivido, no había perdido sus ansias de riesgo y aventura y en cuanto estalló la Segunda Guerra Mundial se alistó en el ejército británico. Según ha contado su hijo soñaba con alcanzar la Cruz Victoria. Llegó a formar parte de la Dirección de Operaciones Especiales, el precursor de fuerzas especiales de élite como la SAS. Le capturaron cuando fue lanzado en paracaídas tras las líneas enemigas. Pasó la mayor parte de la guerra en campos de prisioneros de guerra e intentó fugarse en cuatro ocasiones. En una de ellas golpeó a un soldado en la cabeza y saltó a un tren en marcha<sup>11</sup>.

---

9 Archivo de las Brigadas Internacionales.

10 *Otago Daily Times*, 30 de diciembre de 1938, p. 4.

11 P. McDonald, información comunicada al autor.



*Sobrevivientes de la guerra civil. William Murn MacDonald (de pie, segundo de la derecha) junto con otros compañeros australianos y neozelandeses de las Brigadas Internacionales, en Ripoll, cerca de la frontera francesa, esperando a ser repatriados. Octubre de 1938. Esta foto se publicó por primera vez en el Melbourne Age bajo el título: «Muchachos de Melbourne a salvo de los asesinos de Franco», 2 de febrero de 1939. En la foto aparecen (de pie, de izquierda a derecha) Kevin Rebbeschi, Lloyd Edmunds, MacDonald y Joe Carter (sentados, de izquierda a derecha) Jack Franklyn, Bert Bryan (véase pág. 87) y Jim McNeil. Cortesía de Michael O'Saughnessy.*

MacDonald tuvo dos hijos. La vida de este hombre complejo y atormentado terminó trágicamente en Lisboa, en 1968. Conflictos amorosos y contrariedades financieras le llevaron a arrojarle bajo las ruedas de un coche.

## WILLIAM MADIGAN: «NO SOY UN SOLDADO DE FORTUNA»

---

*Mark Derby*

---



*William Madigan en la época en la que abandonó EEUU para participar como voluntario en la guerra civil española. Colección de la familia Madigan.*

William Madigan era un joven marinero de Wellington apuesto, inconformista y aventurero que cargaba con un pasado tenebroso. Consiguió superar una infancia muy difícil y llegó a disfrutar en su madurez de una vida corta pero intensa antes de morir en el campo de batalla español.

Nacido en 1916, William Thomas Madigan era hijo ilegítimo de Patrick Campbell y de Kathleen Spencer, oriundos de Wellington. Al parecer, Patrick abandonó a Kathleen antes del nacimiento de William, y ésta se las vio y se las deseó para sacar a su hijo adelante trabajando por temporadas como empleada doméstica. William era su segundo hijo. Al primero lo había abandonado en un orfanato a los tres meses de nacer. En el colegio, los profesores recordaban a William como un niño aplicado y honesto pero que no asistía a clases con regularidad.

Kathleen se casó con un delincuente habitual llamado Spencer cuando William tenía unos 11 años. Poco tiempo después, el niño se marchó de casa y decidió probar suerte como jockey. Echándose dos años de más intentó entrenar con un profesional de las carreras de caballos en el sur de Canterbury. Sin embargo, William era demasiado grande para la profesión y «lloró amargamente» cuando le comunicaron que aquello no era para él. En lugar de regresar a Wellington, su madre concedió permiso a los servicios sociales infantiles para dejar a William a cargo de una «buena familia católica» en el distrito de Timaru, al sur de Christchurch. Durante aquellos años el comportamiento de William fue bastante errático, y en 1931 aparece entre los pacientes ingresados en el psiquiátrico de Porirua. Se le permitía salir del centro con trabajos a prueba, de los que se fugaba en cuanto podía. En 1932, cuando no tendría más de 16 años, se decía que se ganaba la vida «vendiendo corbatas en el ferry a Nelson»<sup>1</sup>.

Probablemente aquella vida en torno a los barcos no le iba mal al joven William. Además de trabajar en los muelles de Wellington, alcanzó cierta reputación como luchador aficionado. Hacia mediados de los años 30 debió de abandonar Nueva Zelanda. En 1937, a la edad de 21 años, desembarca en San Francisco. En plena Gran Depresión, William trató de abrirse camino en EE.UU. Seguramente entraría en contacto con voluntarios norteamericanos porque fue entonces cuando decidió alistarse para ir a la guerra civil española.

Madigan utilizó en España el sobrenombre de «Martínez». El uso de alias españoles era una práctica común entre los voluntarios extranjeros ante la amenaza de los oficiales franquistas de fusilarlos si eran capturados. Un nombre de guerra español podía salvarles la vida<sup>2</sup>.

La revista *New Zealand Freelance* publicó una carta muy entusiasta de Madigan fechada hacia mediados de 1938, durante su periodo de entrenamiento con el Batallón Abraham Lincoln. El comandante al mando era el Mayor Johnson un veterano oficial norteamericano que ya había tomado parte en la batalla del Jarama. Madigan escribió:

Que nadie crea que soy un soldado de fortuna... He venido hasta aquí impulsado por los mismos ideales que tenía Lafayette cuando luchó junto a los americanos en 1776. En este momento, aquí hay representantes de 52 naciones combatiendo por el gobierno republicano: ingleses, americanos, ca-

---

1 Información procedente de los archivos de los servicios sociales infantiles facilitada al autor por Margaret Bradley.

2 W. Madigan, documentos desclasificados de los archivos militares del SCW, Centro Ruso para la Conservación y Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú.

nadienses, franceses, incluso italianos y alemanes luchando contra sus propios compatriotas... Los españoles son gente muy agradable y tan hospitalaria como los neozelandeses. Ahora estoy escribiendo esta carta sentado a la orilla de un arroyo y apoyado sobre una roca. Un poco más lejos las mujeres hacen la colada. Son una gente estupenda. Pero es gracioso lo que pasa si quieres salir con una chica. Tienes que llevar también a toda su familia dondequiera que vayas. Parece que aquí la única forma de estar a solas con una mujer es casándote con ella. Las chicas son muy guapas. Después de lo que he viajado sigo pensando que las neozelandesas no están nada mal, pero las españolas ganan a todas<sup>3</sup>.

En julio de 1938, el *Workers' Weekly* informó que Madigan había sido herido de gravedad. Ya no se volvió a saber de él. Su familia cree que murió en acción casi inmediatamente después de reponerse de sus heridas y reincorporarse al frente, probablemente en la batalla del Ebro.

Muchos años después, Francis, el hermano de Madigan, que durante un tiempo estuvo considerando reunirse con él en España, recogió en su taxi a un cliente que se dirigía a Takaka. En un determinado momento del largo trayecto desde Nelson el pasajero se fijó en el apellido del taxista y se presentó como un veterano del Batallón Abraham Lincoln, llamado Day<sup>4</sup>. Le contó que había luchado junto a Bill Madigan en España y que recordaba perfectamente al valiente camarada que, aún herido, permaneció junto a su ametralladora cubriendo la retirada de sus compañeros<sup>5</sup>.

---

3 *New Zealand Freelance*, 10 de mayo de 1938, p. 29.

4 Probablemente se trate de John Day, albañil y miembro de la asociación comunista de Canadá: Young Communist League of Canada. Day llegó a España el 10 de marzo de 1937.

5 Michael Madigan, información comunicada al autor, 3 de abril de 2008.



## BERNARD GRAY: EL «CAZATANQUES» DE MASTERTON

---

*Mark Derby*

---

Según el corresponsal de guerra Geoffrey Cox, que un soldado fuera conocido como «cazatanques» por haber capturado o destruido un tanque enemigo «equivalía en Madrid a ser condecorado con la Cruz Victoria... Cualquier miliciano que pudiera probar haber acabado con uno de esos monstruos era aclamado como un héroe»<sup>1</sup>.

Este preciado galardón fue alcanzado por un improbable combatiente, el neozelandés de Masterton Bernard Maurice Gray. Tenía 24 años cuando estalló la guerra y la motivación que le impulsó a unirse a la causa republicana no fue política sino de orden financiero. Gray trabajaba de cocinero en Londres; se había prometido para casarse y pensó que sus servicios en España estarían mejor pagados que sus servicios en las cocinas británicas.



*El hospital de Benicassim, destinado a convalecientes de las Brigadas Internacionales donde Bernard Gray trabajó como conductor de ambulancias.  
Cortesía de Guillermo Casañ.*

---

1 G. Cox, *Defence of Madrid*, 2ª Edición, Otago University Press, Dunedin, 2006, p. 129.

Sus expectativas no se cumplieron pero, durante el tiempo que sirvió en el ejército republicano, Gray demostró ser un soldado muy capacitado y animoso. Además de destruir el tanque (al que llamó Sylvia en honor a su novia), se sabe que sirvió como motociclista en el Batallón Británico. El cirujano Doug Jolly (véase pág. 111) le conoció conduciendo una ambulancia en el hospital de Benicassim. Gray se había convertido en un personaje popular por los murales que pintaba en las paredes del hospital.

En 1938 desertó y valiéndose del pasaporte de un muerto abandonó España en un barco británico. En una entrevista años más tarde, Gray insistía en su condición de mercenario en la guerra civil española rechazando cualquier asociación con el comunismo<sup>2</sup>. Sin embargo, una vez de vuelta en Inglaterra colaboró con refugiados vascos en una campaña de recaudación de fondos para la España republicana, lo que indicaría una cierta simpatía por la causa a la que sirvió.

Gray también combatió en la Segunda Guerra Mundial. Más tarde se quejó de que le impidieran ascender desde el rango de suboficial debido a su participación en la guerra española. Murió de un enfisema en Lower Hutt, Wellington, en 1984<sup>3</sup>.

---

2 Skudder, «Bringing it Home», p. 415.

3 *Ibid.*

## BERT BRYAN: UN HOMBRE QUE NO SUPERÓ LAS SECUELAS DE LA GUERRA

---

Mark Derby

---

Para ser un buen soldado de primera línea se necesita algo más que convicciones firmes.

Herbert Richard, «Bert», Bryan llevaba mucho tiempo afiliado al partido comunista cuando tomó la decisión de partir como voluntario a España. Si bien no le faltaba motivación política, se trataba de un hombre delicado y sensible para quien la guerra supuso una experiencia traumática que acabó amargándole la vida.

Bryan nació en Timaru, una localidad situada al sur de Christchurch. En 1933, con solo 25 años entró a formar parte del Comité Central del Partido Comunista de Nueva Zelanda. También integraba la plantilla del periódico del partido, el *Red Worker*. Ese año los seis miembros del Comité Central fueron encarcelados por publicar 2.500 copias de un panfleto titulado «Karl Marx y la lucha de las masas».

Bryan «supo que su sitio estaba en España cuando comprendió que la lucha había dejado de ser una guerra civil para convertirse en un movimiento de liberación nacional». Así lo declaró a su regreso a Nueva Zelanda, mientras colaboraba con el *Spanish Medical Aid Committee (SMAC)*.

A finales de 1937 consiguió un pasaje a Inglaterra y desde allí viajó a Francia. Su primer intento de atravesar los Pirineos se vio frustrado por la policía francesa y no fue hasta principios de 1938 cuando logró llegar a territorio español. Tras solo 10 días de adiestramiento en Tarragona le enviaron al frente con el Batallón Británico. Participó en la famosa batalla del Ebro que acabaría en una estrepitosa retirada a gran escala del Ejército Republicano. Bryan logró sobrevivir al caótico repliegue de las tropas a través de las frías aguas del río y permaneció en las Brigadas Internacionales hasta su retirada formal de España a finales de 1938.

En una maniobra desesperada el presidente Juan Negrín había decretado la retirada de los voluntarios extranjeros confiando en que los generales franquistas seguirían su ejemplo y retirarían a sus aliados alemanes e italianos. Sin embargo, no fue así y la iniciativa de Negrín marcó, en cierta forma, el comienzo de la derrota republicana.

Bryan describió en un artículo publicado en el semanario del Partido Comunista de Nueva Zelanda, el *Workers' Weekly*, las ceremonias de despedida de las Brigadas Internacionales, uno de los acontecimientos más conmovedores de todo el conflicto.

El Ejército del Ebro tuvo su propia fiesta.

«Las Brigadas Internacionales al completo, los Garibaldis, Dombrowskis, los alemanes, franceses, británicos, norteamericanos, los checos y todos los demás, nos reunimos en un pueblecito de las montañas. Allí nos habló el camarada André Marty, el padre de las Brigadas Internacionales. Nos dijo que nos íbamos solo porque nos lo habían pedido, que nos marchábamos a la fuerza y que de regreso a nuestros respectivos países de origen proseguiríamos sin desmayo nuestra lucha a favor de la España republicana y en contra del fascismo.

El segundo en hablar fue el general Modesto, comandante del Ejército del Ebro. Al despedirse nos rendía tributo por nuestros servicios. Contrariado por nuestra partida, se comprometió en nombre del Ejército Republicano a no cesar en la lucha hasta ver el suelo español libre del invasor fascista. Fue muy emotivo. Varias veces tuvo que interrumpir el discurso, con lágrimas en los ojos y a punto estuvo de venirse abajo, tan grande era el respeto que sentía por los voluntarios y tan profundo el odio por los fascistas que estaban tratando de saquear y destruir España, su patria.

El último discurso fue el del presidente, doctor Juan Negrín. También muy emocionado, nos explicó las razones por las cuáles nos pedía que nos marcháramos, nos habló del papel del Comité de No Intervención y de los intentos de los invasores fascistas de reducir a este bello país y a este pueblo orgulloso a la categoría de colonia, para luego repartírsela entre ellos. También él se comprometió a impedirlo mientras a la España republicana le quedaran armas, municiones y alimentos... Cuando terminó de hablar hizo el saludo antifascista y todos respondimos. En posición de firmes escuchamos los acordes de La Internacional y del himno nacional de la República. Y al terminar, de las gargantas de los miles de brigadistas surgieron los gritos: «viva la República de España», «viva el Frente Popular», «viva Negrín». Después nos agasajaron con una suntuosa cena. Solo los que habíamos padecido las penurias de la guerra y del racionamiento podíamos reconocer el enorme sacrificio y esfuerzo que aquella comida suponía para ese pueblo heroico [...]

Unos días después llegó la gran despedida final en Barcelona. Fue el adiós oficial de los republicanos españoles a las Brigadas Internacionales. La retaguardia del ejército fue nuestra guardia de honor. Allí desfilaron la guardia a caballo, la guardia de infantería, los carabineros, la guardia de asalto, el cuerpo de motociclistas, etcétera, y allí se demostró que el Ejército Republicano era una realidad; que nuestras tropas podían mantener las posiciones en el frente y hacer retroceder a la maquinaria del ejército fascista. Allí se hacía evidente que si la República pudiera disponer de las armas, municiones y aprovisionamientos que en justicia merecía y que Chamberlain y compañía le negaban traicioneramente, no se tardaría mucho en echar a los fascistas de España.

Durante aquel desfile, docenas y docenas de mujeres de todas las edades rompían nuestras filas para abrazarnos y besarnos. Nos levantaban a sus hijos para que los besáramos y ellos nos lanzaban sus bracitos al cuello como si entendieran lo que estaba pasando...»<sup>1</sup>.

Bert Bryan permaneció hasta diciembre en un campo de repatriación en el pueblo de Ripoll en los Pirineos. Desde allí viajó en un tren especial a París y finalmente llegó a la estación Victoria de Londres acompañado de otro compañero neozelandés, William MacDonald (véase pág. 75). Una multitud de personas les recibió con gritos y cánticos de bienvenida en escenas que no se recordaban desde la Primera Guerra Mundial<sup>2</sup>.

En Inglaterra trabajó durante algún tiempo con organizaciones de apoyo a la República. Bryan debía de ser un joven idealista bastante ingenuo y no se tomó muy bien que personas como Harry Pollitt, el líder del Partido Comunista Británico, le trataran como a un «don nadie» en lugar de como a un «héroe antifascista». Regresó a Nueva Zelanda a bordo del *Rangitata*. El gobierno neozelandés, que para entonces mantenía una posición más abiertamente favorable a la República, corrió con el coste del pasaje. Bryan declaró que «recibió un buen trato por parte del gobierno neozelandés y que mantuvo una interesante conversación acerca de España con el señor Jordan [el representante de Nueva Zelanda en Gran Bretaña]».

Bryan participó en una gira del SMAC junto con el doctor Doug Jolly (véase pág. 111) que también acababa de regresar de España<sup>3</sup>. La escritora neozelandesa Elsie Locke (entonces Elsie Freeman) señaló a propósito de uno de aquellos mítines:

---

1 *Workers' Weekly*, 23 diciembre de 1938, p. 1.

2 *Ibid.*, p. 174.

3 Carta de George Jackson a todas las oficinas del SMAC, 3 de marzo de 1939, George Jackson Collection, SMAC Papers, 90-234-06/9, ATL.

La próxima vez que alguien diga que la gente de Nelson es demasiado cómoda para ser progresista, que nadie se lo crea. Hace pocas semanas, seiscientos de sus habitantes se acercaron a escuchar al Dr. Jolly y a Bert Bryan contar sus peripecias en España<sup>4</sup>.

Sin embargo, las experiencias vividas en la guerra traumatizaron profundamente a Bryan, en particular, una de ellas en la que al parecer se consideró responsable de una muerte involuntaria. Su amiga de toda la vida y compañera de partido, Connie Birchfield, cree que Bryan «disparó por error a un compañero y pasó el resto de su vida tratando de olvidarlo con la ayuda del alcohol»<sup>5</sup>. Las hijas de Connie, Maureen y Frances, le recuerdan como un «hombrecillo moreno que pasaba la mayor parte del tiempo borracho y en un estado lastimoso»<sup>6</sup>. Murió alcoholizado en 1961, en Dunedin.

---

4 Elsie Freeman, *Woman Today*, junio de 1939.

5 Maureen Birchfield, *She Dared to Speak*, Otago University Press, Dunedin, 1998, p. 103.

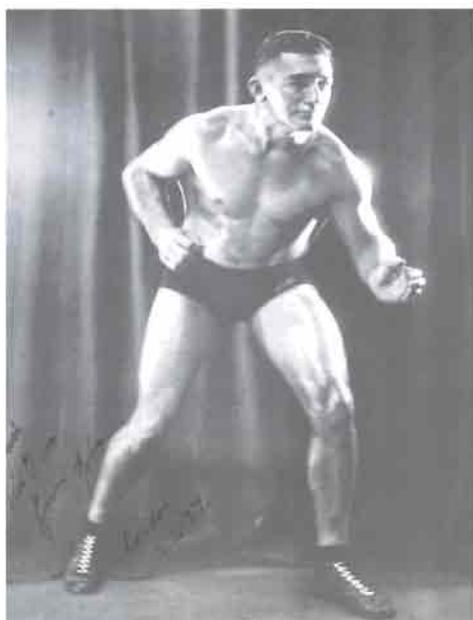
6 Maureen Birchfield, Frances Cherry, correos electrónicos a Mark Derby, 3, 4 marzo, 2008.

## JACK KENT: «EL TIGRE DE TARANAKI»

---

*Mark Derby*

---



*El voluntario Jack Kent al que aguardaba un destino trágico en una foto publicitaria como «El Tigre de Taranaki». Colección de la familia Kent.*

El viaje hacia la guerra española era largo y azaroso. Algunos de los voluntarios neozelandeses no lograron terminarlo con vida. Uno de ellos fue John Horatio «Jack» Kent, nacido en 1911, en Eltham, un pueblo de la región de Taranaki.

La ruta más utilizada por los voluntarios para llegar a España les llevaba a atravesar los Pirineos a pie desde Perpiñán. Sin embargo, Jack Kent partió por mar desde Marsella, a bordo del infausto «Ciudad de Barcelona». Tuvo

la desgracia de morir ahogado junto con docenas de voluntarios cuando el barco fue torpedeado por un submarino italiano cerca de la costa de Cataluña.

Jack creció al cuidado de su hermana mayor, Nancy, quien, tras la muerte de su madre y con solo 14 años abandonó el colegio para ocuparse de la casa y de la familia. Más tarde, con su nombre de casada, Nan Russell, llegaría a alcanzar prestigio nacional, como profesora, periodista, crítica de teatro y productora<sup>1</sup>. Jack, por su parte, se hizo albañil y trabajó en la reconstrucción de la ciudad de Napier después del gran terremoto de 1931. Según su otra hermana, Patricia, siempre había querido viajar y ver mundo. Jack emigró a Australia y trabajó en la industria minera. Allí también se convirtió en boxeador semiprofesional. Con el nombre de «El Tigre de Taranaki» boxeo en Australia y Sudáfrica. Cuando la guerra civil estalló, decidió alistarse, según su hermana, «movido únicamente por el deseo de aventura»<sup>2</sup>. A pesar de que provenía de una familia educada en el catolicismo, se presentó voluntario para luchar al lado de la República española.

Viajó desde Sudáfrica hasta Londres, Glasgow y por fin, Francia. Para entonces, la policía francesa había clausurado las rutas de los Pirineos, comúnmente utilizadas por los voluntarios para entrar en España. A Kent y a otros 300 voluntarios de diversas nacionalidades —americanos, británicos, alemanes, italianos, franceses y finlandeses, entre otras— les ofrecieron pasaje a bordo de un carguero de cabotaje. El «Ciudad de Barcelona» había pertenecido a Juan March, antiguo contrabandista de tabaco, diputado en las Cortes y millonario, quien fuera el principal respaldo financiero del movimiento falangista<sup>3</sup>. Tras el golpe de julio del 36, el gobierno republicano había requisado el barco para dedicarlo al transporte de tropas y material militar.

El 29 de mayo de 1937, al anochecer, el «Ciudad de Barcelona» abandonó Marsella cargado hasta los topes de hombres y suministros. El barco largó amarras con las luces apagadas y los hombres bajo cubierta. Entrada la noche, se permitió a los voluntarios salir a respirar aire fresco. El viaje empezó bien: en cubierta, Jack Kent y un australiano protagonizaron un combate de exhibición de pesos ligeros. Por razones de seguridad, la navegación discurría a tan solo un kilómetro y medio de la costa.

---

1 David Russell. 'Russell, Nancy Elizabeth 1909-1993', *Dictionary of New Zealand Biography*: [www.dnzb.govt.nz/dnzb](http://www.dnzb.govt.nz/dnzb).

2 Bronwyn Kent Jenkins, correo electrónico a Mark Derby, 16 enero de 2008.

3 A menos que se especifique otra cosa, esta información procede de «The Sinking of the Ciudad de Barcelona, May 1937». *The Volunteer: Journal of the Veterans of the Abraham Lincoln Brigade*, junio, 2005, pp. 9, 14.

De repente, se ordenó a todos los pasajeros que se apresuraran a descender bajo cubierta. A través de las escotillas, los hombres pudieron distinguir la silueta de un submarino italiano. En cuanto alcanzaron aguas españolas, aviones republicanos escoltaron al barco esporádicamente.

Al día siguiente, un domingo alrededor de las dos de la tarde, el «Ciudad de Barcelona» desapareció tragado por las aguas a la altura de Malgrat, a solo 60 kilómetros de su destino, Barcelona. En una carta a su familia, el voluntario norteamericano, Jack Freeman, describía así lo sucedido:

De vez en cuando pasábamos cerca de algún pueblo de pescadores. Las barcas reposaban en la orilla de la playa. Desde la distancia parecían peces tumbados al sol. Las colinas descendían hasta el mar. Reinaba la calma. Nos alegrábamos de estar ya por fin prácticamente en España... De repente oímos un ruido sordo; no una explosión, ni un gran estruendo, más bien como una sacudida. El barco zozobró y salí despedido desde la barandilla hasta la puerta de la cabina. Todos corrían desde la popa del barco hacia mí<sup>4</sup>.

La marina italiana había cedido a Franco un moderno submarino rebautizado «General Sanjurjo» al que no resultó difícil acertar en el blanco.

Cuando el torpedo nos alcanzó, la popa del barco saltó en pedazos, hundiéndose casi inmediatamente. Dos botes salvavidas se fueron al fondo con esa sección, sin ni siquiera tiempo de largarlos. La mayor parte de los compañeros que se encontraban en cubierta saltaron o salieron catapultados al agua. Los chalecos salvavidas estaban bajo cubierta y no había ninguna posibilidad de hacerse con ellos, salvo los pocos que se encontraban en la proa.

Hubo muchos que no se percataron de la gravedad del peligro y corrieron a buscar los chalecos y sus pertenencias. Según Freeman:

Algunos compañeros murieron mientras dormían, otros atrapados en la bodega (les podíamos oír cantando La Internacional), a algunos les alcanzó una astilla de madera o una esquirla de hierro y otros se ahogaron. Los que pudieron arrojar al agua encontraron mucho material a la deriva al que agarrarse hasta que vinieron a rescatarlos.

---

4 Jack Freeman, *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*, Routledge, 1996.

Abe Osheroff, otro voluntario estadounidense que consiguió salvarse, escribió:

Recuerdo un bote salvavidas abarrotado volcando y aplastando a sus ocupantes. Recuerdo los rostros aterrados de hombres atrapados tras las escotillas. Y sobre todo recuerdo a marineros arrancando cualquier cosa que flotara y echándola al mar para tener algo a qué aferrarse<sup>5</sup>.

En menos de 5 minutos, solo la proa del barco asomaba entre las tranquilas aguas del Mediterráneo. Un hidroavión republicano que escoltaba el barco lanzó cargas de profundidad en un intento infructuoso de alcanzar al submarino. El hidroavión amerizó y comenzó el rescate, pero muy pocos hombres consiguieron asirse a los patines antes de que el avión se viera obligado a deslizarse en dirección a tierra.

El naufragio aconteció en una ancha bahía, el tiempo estaba en calma y era domingo. Mucha gente había salido a dar un paseo por la costa.



*Tras el hundimiento del barco en el que viajaba Jack, la familia guardó todas las noticias relacionadas con el suceso que aparecieron en el periódico local «The Taranaki Daily News». Colección de la familia Kent.*

5 A. Osheroff, *Our Fight: Writings by the veterans of the Abraham Lincoln Brigade, Spain 1936-1939*. Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, 1987.

«Al cabo de poco tiempo, llegaron barcas de pescadores y recogieron a los compañeros que estaban en el agua», escribió Freeman.

Nos organizamos para remar y alcanzamos la orilla sin más contratiempos. La gente del pueblo nos envolvió en ropa y mantas, y nos dieron a beber litros y litros de coñac. En el cuartel se improvisó un hospital y un centro de acogida para los supervivientes.

Esa noche se convocó una reunión de emergencia en la sede del sindicato y se ofreció a los voluntarios la posibilidad de volver a sus países de origen. Solo uno lo hizo. El Gobierno republicano trataría de censurar las noticias sobre el hundimiento, con la idea, según parece, de no desincentivar futuros embarques. Alrededor de 60 pasajeros del «Ciudad de Barcelona», incluyendo al único neozelandés, Jack Kent, perecieron ahogados.



## ALEX MACLURE: EL «PROFESOR» CANADIENSE

Mark Derby



*El joven canadiense, Alexander MacLure, fotografiado en 1931 junto a sus compañeros y profesores de la Escuela de Minas de la Universidad de Otago. Cortesía de la Biblioteca Hocken, Dunedin.*

El único comunista que había en la Universidad de Otago a principios de los años 30 era un joven estudiante de minas de origen canadiense llamado Alexander Crocker MacLure.

\* (N. de la T.) Esta foto ha sido facilitada por el autor con posterioridad a la publicación de la edición neozelandesa.

MacLure nació en 1911 en el seno de una familia acomodada de la zona anglófona de Montreal. Estudió en el Instituto de Montreal, donde se graduó con premio extraordinario y ganó una medalla de tiro al blanco. Trabajó durante un año como técnico de radio en Fort Churchill, en Manitoba, a orillas de la Bahía del Hudson, hasta que en 1931 abandonó Canadá para estudiar Minas en la Universidad de Otago en Nueva Zelanda.

El escritor Dan Davin coincidió con MacLure en Otago. Se acuerda del joven con gafas y aspecto desaliñado viviendo en «una chabola... en el peor barrio», donde la cama consistía en una tabla y una arpillera. Deambulaba por la Universidad «con pantalones sueltos, chaqueta desgastada por los codos, una corbata extravagante de color rojo y el pelo revuelto», haciendo proselitismo de sus posturas radicales<sup>1</sup>. Davin le apodaba «nuestro bufón político», y recuerda que una vez lo lanzaron entre varios estudiantes al río Leith para aguar la primera reunión de su «maldita asociación radical». El discurso político de MacLure tampoco encontró partidarios entre sus compañeros de izquierdas. Le expulsaron dos veces del Partido Comunista de Nueva Zelanda. Sin embargo, MacLure era incombustible. Ayudó a establecer las primeras organizaciones de izquierdas de la Universidad de Otago y en una ocasión llegó a ser procesado por una pintada en Crawford Street convocando a los trabajadores a manifestarse el 1º de Mayo.

En cuanto estalló la guerra civil, MacLure comenzó a recaudar fondos para mandar a España medicinas, comida y otra ayuda humanitaria. En octubre de 1936 intentó sin éxito promover en la reunión del consejo de estudiantes una declaración de simpatía hacia el gobierno español. También estuvo involucrado en la génesis del *Dunedin Spanish Relief Committee* (Comité de Socorro a España de Dunedin), precursor del *Spanish Medical Aid Committee* (Comité de Ayuda Médica a España), la principal organización de apoyo a la República que hubo en Nueva Zelanda.

MacLure se marchó de Dunedin en febrero de 1937 sin haber completado la parte práctica de su licenciatura. Algunos pensaron que estaba planeando viajar a España<sup>2</sup>.

Sin embargo, no se embarcó directamente hacia la península. Primero, decidió visitar la casa familiar en el barrio acomodado de Westmount en Montreal. Allí tropezó con el rechazo de su familia que desaprobaba sus ideas izquierdistas. Mientras almorzaba con su madre en un restaurante se levantó diciendo que iba a llamar por teléfono y nunca regresó<sup>3</sup>.

1 D. Davin, *The Gorse Blooms Pale*, Nicholson & Watson, Londres, 1947, pp. 97-100.

2 Skudder, «Bringing it Home», pp. 416-17.

3 Familia de MacLure, información comunicada al autor.

MacLure llegó a España en compañía de otros 25 jóvenes voluntarios procedentes de Norteamérica y de Canadá. Al frente del grupo se encontraba un formidable personaje, Steve Nelson, un antiguo carnicero de Filadelfia que luego se convertiría en comisario político del Batallón Abraham Lincoln. La última etapa del viaje fue la más accidentada. El grupo partió de París hacia la playa de Perpiñán, donde una barca de pescadores previamente apalabrada debía llevarles secretamente a España. Entonces a MacLure «ya le apodaban ‘el profesor’, un hombre menudo y caballeroso que lucía perilla y que parecía fuera de lugar [...]»<sup>4</sup>.

A las 2.30 de la madrugada, al amparo de la oscuridad, dos franceses acercaron silenciosamente al muelle una barcaza a motor de unos 10 metros de eslora. Los americanos, impacientes, tropezaron con cabos y aparejos hasta amontonarse dentro de una bodega maloliente. En julio de 1937 el periódico de izquierdas de Greymouth, *Grey River Argus*, publicó una carta de MacLure en la que éste contaba como «avanzaban por el Mediterráneo a una velocidad de más de 5 nudos»<sup>5</sup>. Poco después de amanecer, mientras se turnaban para divisar la costa española a través de una rendija del casco, escucharon un ruido como de una vibración que iba aumentando de intensidad. «El profesor» lo identificó como el sonido de un motor diesel perteneciente a algún tipo de patrullera. Al cabo de pocos minutos se abrió la escotilla de la bodega y vieron aparecer una gorra con galones dorados: habían caído en manos de la policía fronteriza francesa.

Los hombres recorrieron, esposados, las calles adoquinadas hasta llegar a la cárcel de Collioure. Una vez allí, se mostraron incapaces de recordar sus fechas y lugares de nacimiento, lo que provocó la ira de los oficiales franceses. Les trasladaron de nuevo a Perpiñán. En la oficina del director de la prisión les estaba esperando el cónsul americano. En tono arrogante les hizo saber que estaban violando el pacto de no-intervención y que, si querían obtener asistencia del gobierno de los Estados Unidos, debían hacer entrega de sus pasaportes. Sin dudarle un momento, Steve Nelson se negó en redondo y los demás siguieron su ejemplo. Les condujeron entonces a una gran celda de piedra iluminada únicamente por unos ventanucos bajo un techo abovedado. Había allí unos 80 prisioneros, entre los que se encontraban otros voluntarios de camino a España. Durante los días que siguieron, el animoso grupo de Nelson casi acaba con los nervios del guarda.

---

4 Vincent Broome, *The International Brigades*, Heinemann, Londres, 1975, pp. 36-42.

5 *Grey River Argus*, 10 de julio de 1937, p. 4.

MacLure escribía en su carta al *Argus*:

La disciplina de la prisión es fantástica. Los responsables son dos compañeros americanos. Uno es un ex minero y el otro un ex trabajador del acero, y... los guardas nos tienen más miedo a nosotros que nosotros a ellos. Cuando vamos esposados por las calles, desfílamos marcando el paso, saludamos con el puño en alto y a veces cantamos La Internacional. ¡Imagínate a las tres cuartas partes de la gente devolviéndonos el saludo!... Es muy inspirador<sup>6</sup>.

Al cuarto día aparecieron en la cárcel comida y un joven abogado, cortesía del Comité del Frente Popular Francés que se encargaba de organizar ayuda para la España republicana. El grupo de Nelson se negó a someterse a interrogatorios individuales y pidió que fuera uno del grupo, Joe Dallet, quien hiciera de intérprete.

Para el día del juicio, el Comité del Frente Popular había preparado una gran movilización. La gente vitoreaba desde las aceras el paso de los autobuses que a gran velocidad recorrieron la distancia entre la prisión y la sala del juicio. En la tribuna pública se apiñaban más de 300 simpatizantes en el momento en el que el fiscal preguntó a Dallet que explicara, en nombre del grupo, las razones de su venida a Francia. «Para poder llegar a España y luchar junto al ejército leal en contra del fascismo», respondió Dallet. Los gritos de apoyo fueron ensordecedores y los gendarmes tardaron varios minutos en restablecer el orden en la sala. El abogado del grupo admitió su culpabilidad, pero reclamó al juez que reconociera la justicia de la causa. El juez los sentenció a 21 días de prisión, de los cuáles ya habían cumplido 18. Durante los tres días que restaban para cumplir la condena la celda compartida fue una gran fiesta.

Varias semanas después, el grupo consiguió atravesar la frontera francesa a pie trepando en la oscuridad por sendas de montaña en las que un paso en falso podía significar una caída de cientos de metros. Según Steve Nelson, cuando por fin pisaron territorio español, los hombres jadeaban «como mulas reventadas»<sup>7</sup>.

Alex MacLure esperaba poder sumarse a la unidad de transfusión dirigida por un compatriota canadiense, el prestigioso doctor Norman Bethune, que luego alcanzaría mayor renombre trabajando para el Ejército Rojo de Mao. Sin embargo, el expediente de MacLure le señalaba como un gran tirador y le asignaron al Batallón Canadiense Mackenzie-Papineau<sup>8</sup>.

---

6 *Ibid.*

7 Steve Nelson, *The Volunteers*, Masses & Mainstream, New York, 1953, p. 76.

8 Skudder, «Bringing it Home», pp. 416-17.

Apenas se sabe nada de la experiencia de MacLure en los campos de batalla. Según se desprende de su carta al *Grey River Argus*, tenía una gran confianza en la victoria republicana:

No soy el único voluntario, y no por una cuestión de decenas o centenas, sino de millares. Compañero, las cosas están mucho más avanzadas de lo que en Nueva Zelanda imaginamos. No puedo contarte, pero una vez más tienes que confiar en mi palabra... Te aseguro que estoy deseando veros a todos de nuevo<sup>9</sup>.

Se sabe que en un determinado momento MacLure visitó a las enfermeras neozelandesas René Shadbolt e Isobel Dodds (véase pág. 123). Shadbolt recuerda que mantuvo con él «una conversación larga y placentera y nos habló del magnífico espíritu que prevalecía en las trincheras»<sup>10</sup>. La revista *The Workers Weekly* declaró que había sido promovido a sargento y que estaba a cargo de una ametralladora. Sin embargo:

Le hirieron mientras mantenía la posición en un ataque del enemigo. Se le declaró desaparecido. En las circunstancias en las que se desarrolla el combate por parte de las tropas fascistas, no hay ninguna posibilidad de encontrar con vida al camarada MacLure<sup>11</sup>.

No hubo más noticias de MacLure. Lo más probable es que muriera en octubre de 1937 durante la batalla de Fuentes del Ebro.

La noticia de su muerte causó una honda impresión en antiguos amigos y enemigos. Dan Davin escribió un cuento corto titulado *The Hydra* en el que refleja sus sentimientos de culpa y flaqueza al saber que alguien que él había conocido y que nunca le mereció mucho respeto había sacrificado su vida y su futuro por una causa en la que creía. La revista estudiantil de la Universidad de Otago reconoció el «entusiasmo, sinceridad y valor moral» de MacLure. El Movimiento Cristiano Estudiantil, adversario en encendidos debates con MacLure sobre los méritos relativos del cristianismo y del comunismo, calificó su muerte como un «verdadero martirio»<sup>12</sup>. Para la familia fue un golpe muy duro. Todavía hay algunos familiares a los que le resulta muy difícil hablar de todo aquello.

---

9 *Grey River Argus*, 10 de julio de 1937, p. 4.

10 Carta de 18 de diciembre de 1937, George Jackson Collection, SMAC Papers, 90-234-05/1, ATL.

11 *Workers' Weekly*, 13 de agosto de 1937, p. 1.

12 Skudder, «Bringing it Home», pp. 416-17.



## PHILIP CROSS: EL CINEASTA QUE LUCHÓ A FAVOR DE FRANCO

---

*Mark Derby*

---



*El voluntario franquista, Philip Cross caracterizado como Felipe Chavanes, su nombre artístico. Colección de la familia Cross.*

En enero de 1937 el diario de Wellington publicó una carta firmada con pseudónimo que decía lo siguiente: «quiero que venza el General Franco y creo que la mayor parte de la gente en Nueva Zelanda comparte mi opinión»<sup>1</sup>. Es seguro que la persona que firmaba «Of Military Age»

---

<sup>1</sup> *Dominion*, 7 de enero de 1937, p. 10.

(«en edad militar») se equivocaba. Sin embargo, no cabe duda de que una parte de la sociedad neozelandesa apoyaba el golpe de Franco en España y esperaba ver derrocado al gobierno democrático. Se trataba en su mayoría de católicos. Como ya se ha mencionado en este libro, en Nueva Zelanda la única institución de peso que durante los años 30 apoyó a Franco fue la Iglesia Católica.

Que se sepa, casi ningún neozelandés se levantó en armas para apoyar a las fuerzas rebeldes de Franco. Durante la Segunda Guerra Mundial, el corresponsal Geoffrey Cox informó haber coincidido a bordo de un barco que le llevaba desde Gran Bretaña a Egipto con un compatriota neozelandés que había luchado en las filas de Franco. Pero no lo identificó:

En [la División Neozelandesa]... otro hombre había servido en la Legión Extranjera e intercambiamos experiencias sobre la guerra civil, donde estuve de corresponsal del lado republicano. Saltó enseguida cuando sugerí que seguramente los jóvenes oficiales aristócratas de Franco no habrían estado en primera línea. «No, no es así, eran hombres valientes», me replicó. «Es posible que no lucharan cuerpo a cuerpo pero sabían cómo dirigir una batalla; y después de todo, en eso consiste la labor de un oficial?».

Solo un neozelandés ha dejado constancia de su participación en la guerra civil en las fuerzas franquistas. Se trata de Philip Cross, un personaje exuberante, bailarín, jinete y cineasta. Hijo de un conocido médico de Wellington y de una española, presumía incluso de haber sido torero. Desde luego, era un buen vendedor, y concedió muchas entrevistas a los periódicos contando sus peripecias. No existe una fuente independiente que permita corroborar sus declaraciones.

De chico, Cross era un buen jinete, y según contaba, se fugó de casa siendo muy joven para unirse a un circo. Estuvo viviendo en varios países de Europa y Sudamérica. A finales de los años 20 apareció como bailarín en varias películas británicas y hollywoodienses. También trabajó con Eisenstein en la película «Qué viva México».

En 1935 viajó a España con el propósito de hacer sus propias películas. Al frente de una compañía llamada Anglo-Iberian Films, se instaló en el pueblo andaluz de Alcalá de los Gazules, a 80 kilómetros al norte de Gibraltar y comenzó a rodar. La producción se vio interrumpida abruptamente por

---

2 Geoffrey Cox, *A Tale of Two Battles: A personal memoir of Crete and the Western Desert 1941*, William Kimber, Londres, 1987, p. 29.

el estallido de la guerra civil, y la mayor parte de los hombres del pueblo, se sumó a las fuerzas rebeldes. Cinco miembros del equipo cinematográfico de Cross hicieron lo mismo. Según el neozelandés, las fuerzas del gobierno requisaron sus camiones y coches de producción: «Así que me rebelé y luché contra el bando que había requisado mis coches». Cross había sido educado en el catolicismo, así que también es posible que le resultara más fácil apoyar a las fuerzas encargadas de restablecer la autoridad de la Iglesia Católica española.

Tomó parte en el sitio de Madrid de 1936, luchando contra sus compañeros neozelandeses Griff Maclaurin y Steve Yates (véase pág. 39). En diciembre de ese año le hicieron prisionero en Boadilla del Monte. Cross y dos españoles habían llegado en un gran Buick blindado «a una granja que habíamos capturado, entre Boadilla y Pozuelo. Un destacamento de tropas moras nos ayudó a mantener la posición durante 11 horas».

Viéndose muy inferiores en número, los rebeldes decidieron evacuar:

Saqué el coche de la granja y me lancé carretera abajo —el repiqueteo de las ametralladoras se oía por encima del rugido del motor. De repente, una inconsciencia momentánea— el choque y el resplandor de una explosión...

Alguien arrastró a Cross hacia un muro para protegerlo y acto seguido fue arrestado junto a sus compañeros por «los rojos»:

Apenas puedo recordar los detalles nebulosos de la hora de pesadilla que siguió al arresto. Aquel viaje extenuante hasta Boadilla (atados a un camión de municiones): las muñecas en carne viva, cuando caías te arrastraban y sentías los hombros descoyuntarse.

Los prisioneros rebeldes estuvieron retenidos durante la noche y al despuntar el día les fueron a buscar para conducirlos ante el pelotón de fusilamiento. Sin embargo, en cuanto salieron:

Escuchamos un ruido de motores: era un zumbido de aviones. Todos, prisioneros y guardianes, nos agachamos bajo la sombra de la pared. Entonces los avistamos: eran tres, vimos los tres primeros bombarderos que dejaron caer su carga mortal sobre Boadilla del Monte. Para nosotros significaba la salvación. Para los rojos la derrota. Nos llevaron a la iglesia, y nos dejaron allí con los demás. Pasamos todo ese día haciendo cábalas sobre nuestro destino.

A la mañana siguiente, los prisioneros forzaron la puerta y descubrieron que sus captores habían huido y que el primer grupo de moros entraba en Boadilla<sup>3</sup>.

Algún tiempo después, Cross contó que «resulté herido cuando salí despedido de un coche blindado y me declararon inútil para el combate. Regresé a Inglaterra para continuar mi trabajo en el cine y el baile». Allí Cross puso su talento teatral al servicio del *General Relief Fund for Distressed Women and Children in Spain* («Fondo general para aliviar los sufrimientos de los niños y mujeres de España»)<sup>4</sup>. Al estreno de su obra de baile y música tradicional española acudieron miembros de la familia real en el exilio. Cross actuaba con el nombre escénico de Felipe Chavanes. La princesa Beatriz le escribió una nota agradeciéndole su contribución al esfuerzo de la guerra:

Baila maravillosamente, la reina de España expresó su admiración y mi sobrina, la gran duquesa Kira, juzgó su actuación extraordinaria. Las tres sabemos de lo que hablamos porque hemos asistido a las mejores actuaciones de baile<sup>5</sup>.

Según Cross, la organización de ayuda a España le envió a la Barcelona republicana para hacer una película que describiera su labor: «una película que mostrara el horror de la guerra, un hospital en Barcelona financiado con el dinero recolectado; las mujeres y niños hambrientos haciendo cola por un plato de sopa en las cocinas gratuitas».

Volvió a Nueva Zelanda en 1938 y dio cuenta minuciosa de sus experiencias y opiniones sobre la guerra civil, que todavía asolaba España. Presumiblemente, Cross era consciente de la posición favorable a la República del gobierno y de la mayor parte de los neozelandeses y se mostró prudente en su apoyo a los rebeldes, si bien insistía en que «Franco no era un fascista»<sup>6</sup>. Según Cross, «Franco nunca había mostrado interés en la política, y dirigiría España solo mientras durara la inestabilidad». Una opinión que desmintieron los 36 años de dictadura franquista que siguieron a la guerra<sup>7</sup>.

---

3 New Zealand Radio Record, 13 de mayo de 1938.

4 Este fondo se declaraba «totalmente neutral». Una vez se dirigió al gobierno de Nueva Zelanda para proporcionar mantequilla a los refugiados españoles. Skudder, «Bringing it Home», p. 456.

5 La Princesa Beatriz a J. Park, Hon. Director, «Entirely Neutral General Relief Fund for Distressed Women and Children», 20 de septiembre de 1937, archivos de la familia Cross.

6 NZ Radio Record, 8 de abril de 1938.

7 *Dominion*, 21 de marzo de 1938.

Cross también declaró que proyectaba hacer una película en Nueva Zelanda para conmemorar el centenario del Tratado de Waitangi\* en 1940, pero no hay constancia de que llegara a rodarla.

Después de la guerra, Cross desarrolló una carrera variopinta en el cine, teatro, organización de eventos, periodismo, publicidad, bioquímica y ganadería. Tuvo cinco hijos y murió de leucemia en 1965<sup>8</sup>.

---

\* (N. de la T.) El Tratado de Waitangi, firmado el 6 de febrero de 1840 por británicos y maoríes, se considera el documento fundacional de la nación. En virtud del mismo, Nueva Zelanda quedó sometida a la Corona británica. Se trata, en realidad, de un texto ambiguo que ha sido objeto de interpretaciones diversas, y cuyas dos versiones, una en inglés y otra en maorí, presentan diferencias sustanciales. Estas diferentes interpretaciones dieron lugar a las llamadas «guerras maoríes», que enfrentaron a lo largo del siglo XIX a algunas tribus maoríes contra las tropas y colonos británicos, y terminaron con la derrota maorí y la confiscación de las tierras más productivas de los nativos.

8 Comunicación personal de Phillip Cross hijo.



**SEGUNDA PARTE:  
NEOZELANDESES NO COMBATIENTES**

---



## DOUG JOLLY: UN CIRUJANO EN EL FRENTE

---

*Mark Derby*

---



*El cirujano Doug Jolly fumando un cigarrillo durante una pausa en su trabajo.  
Archivos del SMAC. Cortesía de Susan Skudder.*

Tras el estallido de la guerra civil, la mayor parte de los servicios médicos militares se pasó al bando de los sublevados. El gobierno republicano tuvo que apoyarse en voluntarios del exterior para organizar la atención sanitaria. Alrededor de 200 médicos extranjeros, y un número todavía mayor de enfermeras y personal auxiliar, acudieron a socorrer a las víctimas de la guerra. En general, estos voluntarios han recibido menos atención que los combatientes de primera línea. Sin embargo, su compromiso con la causa republicana no fue menor, y su contribución ha sido una de las que más ha perdurado en el tiempo. Lograron, en circunstancias extremas, avances importantes en la medicina de emergencia que se revelarían muy útiles para la práctica médica posterior, tanto civil como militar.

En diciembre de 1936, una unidad móvil del médico canadiense Norman Bethune llevó a cabo la primera transfusión de sangre en un frente de batalla. Entre los colegas de Bethune destacaba un joven cirujano neozelandés

llamado Doug Jolly. Durante dos años, pegado a la primera línea del frente, Jolly operó casi dos mil heridas abdominales, supervisó el cuidado de 4.500 hombres y desarrolló unos sistemas muy eficaces para el funcionamiento de las unidades quirúrgicas de campaña. Su trabajo en el cuerpo médico del ejército republicano durante la guerra civil española le sitúa entre los cirujanos de guerra más notables del siglo veinte. Sin embargo, Doug Jolly es un perfecto desconocido en su propio país.

Douglas Jolly nació el 16 de diciembre de 1904 en Cromwell, en la región de Otago. Procedía de una familia de escoceses que emigraron a Nueva Zelanda en 1874. Su padre murió en la batalla de Armentières en 1916 luchando en las filas británicas. Su madre, Elisabeth, era profesora y una mujer de recursos. Tras la muerte de su marido, se las arregló para proporcionar una educación superior a sus seis hijos. Doug estudió medicina en la Universidad de Otago.

Una de las principales influencias en la vida de Doug Jolly data de aquella época juvenil en la Facultad de Medicina. Allí conoció al reverendo Donald Grant, sacerdote presbiteriano que había llegado a Nueva Zelanda en los años 20 procedente de Inglaterra con la misión de dirigir el *Student Christian Movement, SCM*. (Movimiento Cristiano Estudiantil). Jolly se asoció al movimiento cuyos principios, basados en un socialismo cristiano liberal, guiarían el resto de su vida.

Doug Jolly se licenció en medicina en 1930 y realizó sus dos años de prácticas como cirujano en los hospitales públicos de Dunedin y Wellington. Decidió, entonces, proseguir su formación en Londres con el propósito de obtener el título de Doctor del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra. Alojado en casa de la familia del reverendo Grant, que para entonces ya había vuelto a Inglaterra, Doug compatibilizaba estudios y trabajo en varios hospitales con su participación activa en el *SCM*. El movimiento cristiano tomó parte en las acciones antifascistas que se desarrollaron en Londres durante aquellos años.

Sobrevino entonces la guerra civil en España. Pese a la falta de medios del gobierno republicano, la Cruz Roja Internacional se negó a enviar equipos de auxilio alegando que no se trataba de un conflicto internacional sino de orden interno. Ante la ausencia de reacción, decidió crearse en Gran Bretaña una unidad médica independiente. En agosto de 1936 el primer contingente inglés partió hacia España. Jolly, quien para entonces había superado los primeros exámenes del Colegio de Cirujanos, decidió abandonar los estudios y presentarse como médico voluntario. La familia Grant y sus compañeros del *SCM* apoyaron su decisión. Jolly se unió al equipo británico en noviembre de 1936.

A su llegada a Albacete, donde se había establecido la base de las Brigadas Internacionales, el médico neozelandés recibió el rango de teniente y la misión de formar una unidad quirúrgica móvil de 50 camas para atender a la

XI Brigada Internacional. La famosa Brigada, compuesta mayoritariamente por franceses y belgas —también combatió en ella el neozelandés Griffith Maclaurin (véase pág. 39)—, acababa de llegar a Madrid para apoyar la defensa de la capital ante el implacable avance de las tropas franquistas. Durante cuatro meses, la Brigada tuvo que hacer frente a feroces ataques en las afueras de Madrid y sufrió numerosas bajas. El equipo móvil de Jolly, sometido a una presión enorme, fue la primera unidad médica internacional que entró en acción durante la guerra civil.

Los problemas se amontonaban para los doce miembros del equipo, procedentes de siete nacionalidades distintas. A las dificultades iniciales de comunicación se añadían la escasez de medios y unas condiciones climáticas severas. El instrumental era rudimentario y el suministro de medicinas y vendas cada vez más incierto, ante los repetidos intentos de las fuerzas rebeldes de cortar la carretera de Valencia. En poco tiempo, Jolly suscribiría el dicho de los lugareños según el cual «en Madrid hay nueve meses de invierno y tres meses de infierno».

A finales de 1936, el pueblo de Madrid sufrió el primer bombardeo a gran escala que se lanzó sobre una población urbana. El equipo médico de Jolly no tuvo más remedio que adaptarse a las nuevas circunstancias de trabajo:

Surgieron numerosos problemas adicionales en la organización del servicio médico en el frente. En los primeros días no nos resultaba difícil instalar los hospitales de campaña en las casas grandes de los pueblos. La localización de los hospitales era importante. Debían situarse cerca del frente y de alguna carretera por la que realizar la evacuación de los heridos más graves. Mientras estuvimos fuera del alcance de la artillería pesada, pudimos trabajar con relativa tranquilidad. En cuanto entró en juego la aviación y se puso de manifiesto la superioridad aérea del enemigo, todos los pueblos cercanos al frente se tomaron inseguros. Intentamos buscar granjas aisladas, pero enseguida se volvieron peligrosas. No nos quedó más remedio que recurrir a las tiendas de camuflaje, que presentaban enormes inconvenientes. El calor intenso del verano y las heladas durante el invierno hacían prácticamente imposible tratar a los heridos<sup>1</sup>.

A estos problemas se sumaba el estado lamentable de las carreteras, que obligaba a los equipos médicos a trabajar lo más cerca posible del frente para evitar males mayores durante el traslado de los heridos.

El cuerpo médico del ejército experimentaría una gran transformación a lo largo de la contienda. En opinión de Jolly, al final de la guerra «la organización rudimentaria y mal equipada se había convertido en un cuerpo eficiente

---

1 Douglas Jolly, «Surgical Curiosities in Two Wars», manuscrito no publicado, sin fecha, p. 3.

y disciplinado, digno de cualquier ejército»<sup>2</sup>. Uno de los factores que sin duda facilitó esta transformación fue la libertad de que gozaban profesionales como Jolly para innovar e incorporar mejoras siguiendo su propia iniciativa.

Entre los avances más significativos cabe señalar el tratamiento de fracturas con escayolas de yeso, la creación de bancos de sangre y de unidades móviles de transfusión, y la introducción de los quirófanos móviles conocidos con el término francés «autochir». Según el historiador e hispanista británico sir Hugh Thomas, «la asistencia médica a la República propició numerosos avances en la cirugía civil y militar y en la terapia en general»<sup>3</sup>.

Jolly consiguió mantener el ritmo de trabajo a pesar de la gran cantidad de heridos que llegaba a su unidad. Fue nombrado cirujano jefe y ascendido al grado de capitán. En marzo de 1937, desde Guadalajara, escribió a sus amigos:

No os creáis esas historias que cuentan de que todos los fascistas, prisioneros o heridos, son fusilados en el acto. Yo he intervenido a bastantes fascistas italianos... No tengo palabras para describir las escenas tan terribles que he presenciado. Cuando veinte o treinta bombarderos Caproni se aproximan a estos pueblecitos de detrás de las líneas y arrojan cientos de bombas sobre las calles donde mujeres y niños acuden a sus labores diarias. Cuando me traen a una docena de estos niños hechos pedazos, con las piernas destrozadas, con las manos y tripas abiertas, siento que es el final de todo<sup>4</sup>.

Fiel al juramento hipocrático, Jolly más tarde declaró: «he operado a varios pilotos alemanes e italianos, y también a algunos moros»<sup>5</sup>.

El doctor Moises Broggi<sup>6</sup> estuvo al frente de una unidad quirúrgica móvil y trabajó con Jolly en varias ocasiones. Lo describe como un hombre inolvidable, muy amable y «quizás el mejor cirujano que teníamos». Cuando las

2 *Workers' Weekly*, 17 de marzo de 1939, p. 1.

3 H. Thomas, *The Spanish Civil War*, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1961, p. 616.

4 D. Jolly, 22 de marzo de 1937, carta personal, papeles de la familia Painter.

5 *Evening Post*, 8 de marzo de 1939, p. 12.

6 Desde la publicación en 2009 de «Kiwi Compañeros», he proseguido investigando sobre la contribución médica del doctor Doug Jolly's durante la guerra civil española. Presenté el resultado de mi trabajo en un ciclo de conferencias organizado por la Universidad de Auckland en febrero de 2010. En el curso de la investigación, la historiadora catalana doctora Marta Simó me facilitó desde Moscú donde reside actualmente el número de teléfono en Barcelona del doctor Moises Broggi, antiguo colega de Jolly en la batalla de Brunete. Para poder entrevistar al doctor Broggi conté con la inestimable colaboración de la periodista neozelandesa, Diana Burns, que hizo las veces de intérprete. El doctor Broggi tiene más de 100 años pero contestó a las preguntas de Diana con claridad y durante media hora habló de sus recuerdos de 70 años atrás trabajando junto a Jolly. Estoy profundamente agradecido a estas tres personas por su ayuda.

cosas se ponían muy feas, Jolly tocaba «canciones neozelandesas» con una trompeta para animar al personal. Una enfermera española de su equipo, Aurora Fernández, también recuerda «al querido doctor Jolly bailando una danza maorí tradicional de Nueva Zelanda [...] Era incansable. En una ocasión llegó una ambulancia en mitad de la noche con un caso urgente. Llevábamos quince días sin dormir. El doctor Jolly se levantó como si nada y realizó la operación. Fue un caso de apendicitis. Le podían haber evacuado, pero el doctor prefirió no correr riesgos».

Hacia mediados de 1937, con el grado de comandante, Jolly fue trasladado al frente de Brunete. Su unidad se estableció junto con la de Broggi en un antiguo colegio de El Escorial. En los primeros días de la batalla recibieron 3.000 heridos. Entre ellos se encontraba la fotógrafa Gerda Taro, compañera de Robert Capa. A Taro le había arrollado un tanque en Villanueva de la Cañada y llegó al hospital con la pelvis y la cadera destrozadas. Jolly pasó toda la noche intentando salvarla pero no lo consiguió\*.

Al cabo de nueve meses de trabajo ininterrumpido en el frente, el incansable neozelandés empezó a dar muestras de agotamiento. En agosto de 1937, Jolly escribió una carta a la familia Grant diciendo:

Tengo la sensación de que ya no soy capaz de aguantar la tensión como hace nueve meses. Tantas horas sin dormir empiezan a pasarme factura. Creo que en pocos meses voy a tener que pedir un permiso para volver a Inglaterra y descansar una o dos semanas. Allí también habrá mil maneras de ayudar, con actividades de propaganda, adquiriendo material quirúrgico que aquí en España es imposible de encontrar. Siempre andamos cortos de piezas de repuesto para nuestros transportes... No os podéis hacer idea de las condiciones en las que trabajan los conductores de ambulancia, siguen trayendo heridos bajo los bombardeos aéreos más intensos que jamás han existido<sup>7</sup>.

La ofensiva republicana en Aragón dio al traste con las esperanzas de Jolly de tomarse un respiro. En sus escritos se refiere a los primeros avances en los que el ejército republicano consiguió retomar algunas posiciones:

---

\* (N. de la T.) Este párrafo no corresponde a la edición original. Procede de una intervención del autor sobre Doug Jolly presentada en febrero de 2010 en el congreso «Encrucijadas Históricas: España, de la 2ª República al siglo XXI» Universidad de Auckland. La fuente sobre este episodio citada en dicha ponencia es Mark Zuehlke, *The Gallant Cause - Canadians in the Spanish Civil War 1936-1939*, Vancouver/Toronto 1996, p. 152.

<sup>7</sup> D. Jolly, 9 de agosto de 1937, carta personal, papeles de la familia Painter.

En cuanto el pueblo estuvo despejado, antes incluso de quedar fuera del alcance de la artillería enemiga en retirada por la carretera de Zaragoza, ya habíamos entrado en Quinto y establecido una unidad quirúrgica de campaña en los bajos de un molino medio derruido, donde empezamos a operar. Al principio aquello era insoportable. No tanto por el fuego enemigo como por el hedor que despedían los siete cadáveres de mulas que yacían en un establo vecino [...]

¡Qué contentas se ponían las mujeres y los niños al ver llegar a nuestras tropas! En este molino semiderruido por las bombas hemos instalado un pequeño hospital en el que operamos a los heridos más graves que nos llegan del frente, a unos pocos kilómetros de distancia<sup>8</sup>.

El equipo de Jolly levantó hospitales provisionales en varios pueblos del Alto Aragón: Quinto, Híjar y Belchite.

La reputación del cirujano neozelandés en el sector republicano iba en aumento. Su compatriota, la enfermera Isobel Dodds, recuerda que todo el personal le recibió emocionado cuando fue a visitar el hospital de Huet donde ella trabajaba.

Llegó el invierno, la nieve y la terrible batalla de Teruel. Jolly siguió trabajando y desplazando su unidad allí donde hacía más falta.

En el verano de 1938 se lanzó la ofensiva republicana del Ebro con el objetivo de unir las dos zonas que permanecían leales al gobierno. Jolly estableció su hospital base en la gran ermita de Santa Magdalena, situada en una colina sobre el río. A los tres días, los bombardeos de la aviación rebelde le forzaron a desplazarse a un túnel del ferrocarril cercano a Flix. Allí permaneció durante casi dos meses. No era la primera vez que buscaba refugio en túneles de ferrocarril:

Operé en cinco túneles distintos. Eran sitios bastante seguros. Protegíamos como podíamos la boca de los túneles, nos adentrábamos a lo largo de las vías y cubríamos el suelo con maderos para poder instalar 50 o 60 camas.

Un testigo describía así el túnel de Flix:

El quirófano estaba a unas 15 yardas de la entrada. Se iluminaba mediante un pequeño generador. El material quirúrgico se esterilizaba en cazos sobre estufas muy rudimentarias, y la única fuente de calor provenía del alcohol

---

8 D. Jolly, 31 de agosto de 1937, *ibid.*

quemado en sartenes, una práctica bastante peligrosa teniendo en cuenta que se utilizaba éter como anestésico. A los pacientes más graves se les ubicaba en la parte más profunda del túnel<sup>9</sup>.

En octubre de 1938 dio comienzo la contraofensiva franquista en el Ebro. Jolly escribió:

Toda la zona del frente sufrió bombardeos masivos. Durante semanas y meses, vuelos casi diarios en los que participaban entre 50 y 80 bombarderos simultáneamente atacaron las líneas de comunicación republicanas. Las bombas no cesaban desde el amanecer hasta el anochecer. A pesar de todo, los sistemas quirúrgicos del frente siguieron funcionando en cuevas, túneles y refugios antiaéreos. Una bomba de 500 kilos destruyó la mitad de una unidad móvil quirúrgica situada justo a la entrada del túnel de Flix [...] Pero durante todos aquellos meses el hospital no perdió a ningún paciente, ni a ningún miembro del personal sanitario del 156 Cuerpo de Ejército, como consecuencia de los bombardeos<sup>10</sup>.

Incluso las heridas abdominales más graves (que solo eran el 6% de los casos, pero ocupaban el 30% del tiempo de los cirujanos) lograban llegar a nuestra mesa de operaciones. Casi la mitad se salvaba. En la Primera Guerra Mundial los supervivientes no pasaban de un tercio. En aquella guerra, los cirujanos no solían operar las heridas abdominales por considerarlas casos perdidos<sup>11</sup>.

En la desordenada retirada de las fuerzas republicanas a través del Ebro, la unidad de Jolly coincidió con los voluntarios neozelandeses Charlie Riley, Bert Bryan y William Madigan y con el escritor estadounidense Ernest Hemingway.

Mi equipo cruzó a la altura de Mora del Ebro. Descendimos por la carretera de Reus y pasamos la noche en un pueblo [...] coincidimos accidentalmente con Ernest Hemingway que también participaba en la retirada. Al día siguiente volvimos a la estación de Falset donde nos asignaron a un tren hospital dentro de un túnel<sup>12</sup>.

---

9 P. Preston, «Two Doctors and One Cause: Len Crome and Reginald Saxton in the International Brigades», *International Journal of Iberian Studies*, Vol. 19, No. 1, 2006, p. 22.

10 Douglas Jolly, *Field Surgery in Total War*. Hamish Hamilton Medical Books, 1941, p. 236.

11 Jolly, «Surgical Curiosities in Two Wars», p. 54.

12 *Ibid.*, p. 55.

Hospital in a cave near the Ebro river, August 1938



*El hospital que el doctor Jolly instaló en una cueva cerca del río Ebro en agosto de 1938. Fotografía de la obra de Douglas Jolly «Field Surgery in Total War» New York/London 1940. Cortesía de Susan Skudder.*

En las semanas siguientes, el equipo de Jolly estableció un importante hospital de emergencia en una gran cueva natural cercana a La Bisbal de Falset. Una vez que consiguieron nivelar el suelo, se pudieron acomodar hasta 150 camas y un quirófano<sup>13</sup>. Aquí Jolly trabajó al lado del médico inglés Reginald Saxton responsable de una unidad móvil de transfusión de sangre.

Tras dos años operando en el frente, sin apenas un respiro, Jolly abandonó España en octubre de 1938 junto con todos los demás voluntarios extranjeros de las filas republicanas. Como reconocimiento a sus servicios en la batalla del Ebro le otorgaron la Medalla del Ebro. En los documentos que autorizaban su desmovilización, se le describía como:

Un cirujano excelente, valeroso y de completa confianza. Desarrolló su labor con gran pericia y entusiasmo, y siempre quiso estar lo más cerca del frente posible. Mantuvo unas relaciones excelentes con sus compañeros y, aunque no pertenecía a ninguna organización, demostró ser un excelente antifascista.

<sup>13</sup> Preston, «Two Doctors and One Cause», p. 22.

A diferencia de muchos voluntarios extranjeros, Jolly nunca mostró interés en afiliarse al Partido Comunista. Aún así, en los informes que el Comité Central del Partido Comunista de España envió al Partido Británico en 1938, Jolly recibe la máxima consideración, la de «cuadro» del Partido<sup>14</sup>.

Tras abandonar España, este médico infatigable hizo campaña a favor de la liberación de antiguos colegas de los campos de refugiados de Perpiñán. En Francia participó en numerosas manifestaciones de apoyo a unos 200 médicos y 500 enfermeras, entre los que figuraban alemanes, austriacos y checos, que no podían regresar a sus países de origen debido a la represión nazi. En Inglaterra continuó su labor como conferenciante, participando en casi 60 actos públicos en los que describió los métodos de tratamiento hospitalario en situaciones de guerra. Se trataba de un tema cada vez más acuciante ante la inminencia de la guerra mundial<sup>15</sup>.

Jolly regresó a Nueva Zelanda a principios de 1939. Pasó una breve temporada con su familia y enseguida se enroló en una gira de cinco semanas organizada por el *Spanish Aid Medical Committee (SMAC)*, con el objetivo de dar a conocer la desesperada situación en la que se encontraban los refugiados republicanos y los brigadistas internacionales tras la victoria de Franco. Jolly compartió la tribuna de oradores con otros compatriotas veteranos como Bert Bryan y Charley Riley. Su experiencia en todas las grandes batallas de la guerra, el carácter humanitario de su labor y su alto rango militar le conferían una gran autoridad como conferenciante. El *SMAC* apreciaba la capacidad de Jolly para llegar a sectores de la sociedad neozelandesa que hasta entonces habían permanecido ajenos a la causa española.

En las entrevistas que concedió a los periódicos de la época, Jolly manifestó su admiración por el pueblo español y su preocupación por el futuro bajo la autoridad de Franco:

Me gustan mucho los españoles, están llenos de pasión y de alegría de vivir. Como pueblo nunca han gozado de una gran libertad, pero están dispuestos a luchar por ella. En mi opinión, la proporción de la población que durante tres años ha podido gobernarse a sí misma es tan amplia que un gobierno de Franco solo es posible a base de la imposición del terror. No se trata de la clase de gente que renuncie fácilmente a lo que tanto les ha costado conseguir.

---

14 Informe sobre Jolly y sobre otros voluntarios británicos no comunistas de las Brigadas Internacionales. Archivos de Moscú, 12 de diciembre de 1937.

15 *Christchurch Press*, 18 de febrero de 1939, p. 16.

Mis simpatías estaban totalmente del lado del Gobierno. Esa es la razón que me impulsó a ir a España y nada de lo que allí vi me ha hecho cambiar de parecer<sup>16</sup>.

Ese mismo año estalló la Segunda Guerra Mundial y Jolly enseguida se dispuso a compartir su amplia experiencia en medicina de campaña. Sin embargo, regresar a Inglaterra no le resultó sencillo. Al final se las arregló para conseguir una litera en un carguero trabajando como oficial de comunicaciones. En cuanto llegó a Londres se dispuso a la tarea de redactar un manual médico en el que recogía su práctica en España. El libro se tituló *Field Surgery in Total War* («Cirugía de campaña en la guerra total») y tardó en escribirlo menos de dos meses. Se publicó simultáneamente en Londres y en Nueva York en octubre de 1940, en plena Batalla de Inglaterra. Las alabanzas de la crítica fueron unánimes. La prestigiosa revista médica *The Lancet* recomendaba su lectura a todos los jóvenes cirujanos que trataran a heridos en combate. Por su parte, el *British Medical Journal* lo consideró lectura obligatoria para cualquier joven aspirante a cirujano de guerra a ambos lados del Atlántico<sup>17</sup>.

Los tratamientos recogidos en el libro de Jolly fueron administrados con carácter general por los cirujanos británicos y estadounidenses en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial y se convirtieron en principios básicos de la atención moderna de emergencias.

En particular, Jolly desarrolló en España un sistema pionero de atención y triage de pacientes ante la necesidad de atender simultáneamente a un gran número de heridos de muy distinta consideración. Este protocolo, hoy en día rutinario, se aplicó por primera vez de forma sistemática en España. El procedimiento se organizaba de la siguiente manera: se establecía un primer punto asistencial de evacuación de los heridos con tres posibles destinos; un puesto de evaluación y clasificación, un hospital de primera atención para los casos más urgentes y otro hospital a retaguardia para derivar a los heridos de menor gravedad. Un sistema de transporte de emergencia enlazaba el puesto de clasificación con los hospitales para la atención de los casos más urgentes, que solían localizarse cerca del frente, en cuevas, bodegas o túneles del ferrocarril.

En *Field Surgery*, Jolly también recoge su vasta experiencia en el tratamiento de heridas abdominales. Según él, en estas operaciones «el factor determinante no es tanto el cirujano como todo el proceso de tratamiento». Según un especialista estadounidense, el sistema de atención diseñado por Jolly «fue sin duda decisivo para salvar la vida de las víctimas de heridas abdominales»<sup>18</sup>.

---

16 *Evening Post*, 8 de marzo de 1939, p. 12.

17 *British Medical Journal*, necrológica 1984, Vol. 288, p. 298.

18 C. E. Welch, «War Wounds of the Abdomen», *New England Journal of Medicine*, Vol. 237, 1947, pp. 156-68.

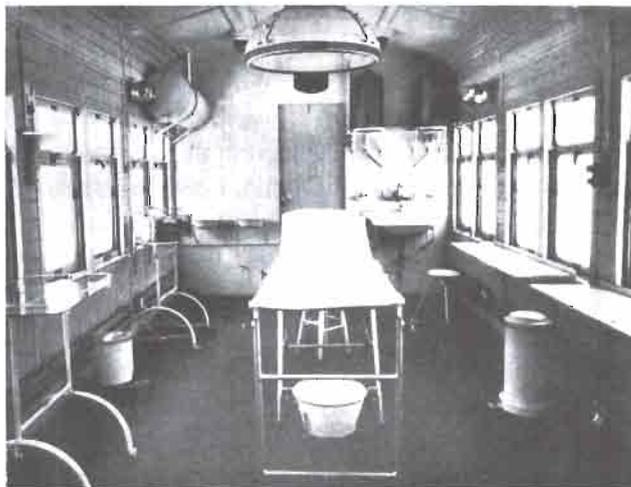


FIG. 7. Operating theatre on hospital train. Several such theatres may be coupled together in tunnel hospital

[*To face p. 36*]

*Un vagón de tren convertido en quirófano móvil. A veces, uniendo varios vagones se conseguía establecer un hospital completo. Fotografía de «Field Surgery in Total War». Cortesía de Susan Skudder.*

Poco después de acabar de redactar su libro, Doug Jolly se alistó en el Cuerpo Médico del Ejército Real Británico. En 1941, le enviaron a Oriente Medio a servir en la 8ª Compañía que en ese momento luchaba contra los tanques de Rommel en Tobruk. Con el rango de teniente coronel estuvo al frente del Hospital General Británico número 62, con el que después sería trasladado a Italia. En 1943 fue galardonado con la Orden del Imperio Británico en reconocimiento a su «celo infatigable y a su actuación discreta pero rigurosa, que ha sido fuente de inspiración para todo el personal».

Sin embargo, el celo de Jolly no sería eterno. Con el cese de las hostilidades comenzaría su práctica civil, lastrada por la falta de la valiosa titulación que sacrificó por servir en la guerra civil. Su carrera en tiempo de paz fue tan gris que lleva a pensar en un posible trauma de guerra. Según la revista médica *British Medical Journal*, Doug Jolly había demostrado tanto en España como en el Norte de África «una capacidad y entusiasmo para realizar una labor extremadamente exigente que rayaba en los límites de la resistencia humana durante largos periodos de tiempo. Sin embargo, este esfuerzo terminó lastrándole, y después de la guerra Jolly nunca recuperó su entusiasmo y confianza para el ejercicio de la cirugía»<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> *British Medical Journal*, necrológica 1984, Vol. 288, p. 298.

En 1951 Jolly entró a trabajar en el Hospital Queen Mary de Londres, un centro público de mutilados del que llegó a ser director. Sus colegas describieron a este hombre, otrora enérgico y sociable, como extremadamente callado y reticente a adoptar cualquier decisión. Su sucesor escribió sobre él: «no era innovador en nada, cosa que la mayoría de la gente atribuía al periodo tan angustioso que pasó sirviendo en la guerra civil española»<sup>20</sup>.

Jolly se retiró en 1968 y durante el resto de su vida residió junto con su mujer, Jessica Kain, en un pueblecito de West Horsley, en Surrey, a unos 30 kilómetros de Londres, dedicado a la jardinería y a la artesanía de la madera. Murió en 1983.

El doctor Archibald Cochrane, un prestigioso especialista británico en salud pública, que coincidió con Jolly durante la guerra civil se refería a él en los siguientes términos: «un hombre muy competente por el que llegué a profesar una gran admiración. Era neozelandés y, en mi opinión, el voluntario más importante de toda la Commonwealth Británica». En EE.UU., un especialista en historia médica le ha calificado «como uno de los cirujanos de guerra más destacados del siglo XX»<sup>21</sup>.

Paradójicamente, en su tierra natal nadie recuerda al doctor Doug Jolly. Siendo como era un hombre sin pretensiones, probablemente no hubiera deseado ningún reconocimiento público, pero eso no significa que no se lo merezca por su destacada labor y por su dedicación y entrega en el cumplimiento de sus responsabilidades.

Desde el corazón de la lucha española, Jolly escribió a su familia: «Como médico considero que la guerra es algo terrible; pero creo que hay cosas por las que vale la pena luchar»<sup>22</sup>.

---

20 De A. W. G. English a M. O'Shaughnessy, información comunicada al autor.

21 D. B. Adams, «Douglas Waddell Jolly as a Pioneer in the Surgical Treatment of Trauma», *Surgery, Gynecology and Obstetrics*, septiembre de 1990, Vol. 171, pp. 253-56.

22 D. Jolly, 28 de enero de 1937, carta personal, papeles de la familia Painter.

## LAS ENFERMERAS SHADBOLT, DODDS Y SHARPLES: «HACER ALGO ÚTIL EN LUGAR DE COMBATIR»<sup>1</sup>

Anna Rogers\*

*Información adicional de Peter Clayworth y Michael O'Shaughnessy\*\**



*Las enfermeras neozelandesas Isobel Dodds, René Shadbolt y Millicent Sharples tal y como aparecieron en 1938 en un cartel del «Medical Aid for Spain» (Ayuda Médica a España). Biblioteca Alexander Turnbull, Wellington, NZ, ref. 90-234-0512-01.*

\* Editora y escritora.

\*\* Historiador y diplomático. Residió en Barcelona durante siete años y ha dedicado una gran parte de su vida al estudio de la participación de Nueva Zelanda en la guerra civil.

<sup>1</sup> Basado en el Capítulo 11 de «In a Good Cause: The Spanish Civil War», Anna Rogers, *While You're Away: New Zealand nurses at war 1899-1948*, Auckland University Press, Auckland, 2003.

En junio de 1918, la escritora inglesa y pacifista Vera Brittain envió una carta a su hermano desde el hospital de guerra en el que trabajaba como enfermera:

A las enfermeras de los hospitales les rodea una suerte de glamour y dignidad que no tiene ninguna otra figura femenina en toda esta guerra. Nadie como ellas puede asomarse a los abismos, lo cuál es un privilegio, pues significa que también son capaces de divisar las cumbres<sup>2</sup>.

René (también conocida como Renee) Shadbolt e Isobel Dodds, las enfermeras neozelandesas que 20 años después dedicaron su esfuerzo a salvar vidas en España, seguramente habrían encontrado esta descripción demasiado grandilocuente para su gusto, pero es más que probable que compartieran el mismo sentimiento. Como muchas otras mujeres neozelandesas que antes que ellas habían ejercido de enfermeras en la Guerra de Sudáfrica y en la Primera Guerra Mundial, y como otras muchas que harían lo mismo en la Segunda Guerra Mundial, René e Isobel cruzaron los océanos movidas por el sentimiento del deber y la compasión —y también por el afán de aventura. Tuvieron que soportar los mismos peligros e incomodidades que los hombres a los que atendieron, y sus historias son tan admirables, conmovedoras y dignas de recordar como las de esos soldados.

Isobel Dodds nació en Auckland en 1913 y creció «esperando la siguiente guerra mundial». Con esta idea en la cabeza decidió estudiar enfermería: «podría hacer algo más útil que combatir»<sup>3</sup>. Su padre participaba en la vida política local defendiendo tesis pacifistas. Cuando en julio de 1936 estalló la guerra civil, Dodds había finalizado sus prácticas de enfermería en el Hospital de Wellington y ocupaba una plaza fija de enfermera. El año anterior Dodds se había presentado voluntaria para partir a Abisinia, invadida por Benito Mussolini, pero no pudo ir por falta de preparación. Cuando los fascistas de Franco golpearon España, Isobel ya estaba lista para cumplir su destino.

La financiación de la participación de enfermeras neozelandesas en la guerra civil corrió a cargo de organizaciones civiles favorables a la República. El gobierno laborista simpatizaba con la causa pero no se atrevía a manifestarse

---

2 De Vera Brittain a su hermano Edward, Londres, 5 de junio de 1918, en Alan Bishop and Mark Bostridge, *Letters from a Lost Generation: First World War letters of Vera Brittain and four friends: Roland Leighton, Edward Brittain, Victor Richardson, Geoffrey Thurlow*; Little, Brown, Londres, 1998, p. 398.

3 Esta cita y las siguientes proceden de una entrevista que Isobel Dodds sostuvo con Michael O'Shaughnessy, 16 de agosto de 1998, OHint-0442/1, Oral History Centre, Biblioteca Nacional, Wellington.

abiertamente partidario del gobierno republicano. Cuando el *Spanish Medical Aid Committee* o *SMAC* (Comité de Ayuda a España) reunió los fondos necesarios para enviar a personal médico voluntario, Dodds, de 22 años de edad, se presentó y fue admitida. Una amiga suya a la que también admitieron no pudo vencer la oposición familiar y tuvo que quedarse en Nueva Zelanda. En un principio, el Comité tenía previsto enviar a un doctor, dos enfermeras, un camillero y una ambulancia. Sin embargo, la necesidad de ayuda urgente obligó a abandonar la idea inicial y finalmente solo enviaron a tres enfermeras<sup>4</sup>.

El trío estaba liderado por René Shadbolt, de 33 años, enfermera jefe del servicio de urgencias del Hospital de Auckland. René era tía del alcalde de Invercargill, Tim Shadbolt, y del famoso novelista Maurice Shadbolt. En sus memorias, *One of Ben's*, el escritor describía a su tía como una mujer «alta, angulosa y adusta», que seguramente desde muy joven sabía ya de enfermería «al tener que velar por la supervivencia de sus hermanos en una zona aislada del país».

René Shadbolt nació en 1903, en Duvauchelle, un pueblecito de la bahía de Akaroa. En 1927 comenzó sus estudios de enfermería en Auckland. Se graduó en 1932 y completó sus prácticas de comadrona tres años más tarde. René era muy independiente en su manera de pensar y había heredado de su padre Ernest la afición por la polémica. Durante toda su vida «sospeché de sus congéneres» y nunca se afilió a ningún partido ni manifestó inclinaciones políticas. Sin embargo, le disgustó sobremanera la actitud de algunos médicos y enfermeras que se negaron a tratar a los heridos por la policía en las revueltas de trabajadores durante la Gran Depresión. En su opinión ninguna causa «merecía la pena si no estaba fundada en la compasión»<sup>5</sup>. Su compañera y amiga Isobel Dodds la recuerda como «una persona muy compasiva y de muy buen corazón»<sup>6</sup>.

La última componente del trío se llamaba Millicent Sharples. Tenía 40 años y era ayudante de enfermería en la guardia de noche de un pequeño hospital de Levin. Al parecer, no reunía las cualidades necesarias para prestar servicio en España. Maurice Shadbolt la describe como una mujer nerviosa y poco cualificada. Dodds no recuerda que tuviera ninguna opinión política, solo la «vaga idea romántica de hacer un viaje al extranjero». En una carta a su padre fechada en enero de 1938, Dodds se refiere a Sharples como «la

---

4 Susan Skudder, '«Bringing it Home»: New Zealand responses to the Spanish Civil War, 1936-1939', tesis doctoral, Universidad de Waikato, 1986.

5 Maurice Shadbolt, *One of Ben's: A New Zealand medley*, David Ling Publishing, Auckland, 1993, p. 66.

6 Dodds, entrevistada por O'Shaughnessy.

tiíta» y dice que «todo el mundo parece tomarla a broma»<sup>7</sup>. Aunque dedicada y valerosa, «hay un montón de cosas que no entiende»<sup>8</sup>. En mayo de 1937, justo antes de que las tres mujeres emprendieran el viaje, se descubrió que en realidad Millicent Sharples no estaba titulada como enfermera. René Shadbolt se opuso a que abandonara el país y, en caso de que lo hiciera, amenazó con hacer lo posible para evitar que continuara el viaje más allá de Londres. Sharples recurrió al secretario nacional del SMAC, Ted Hunter, suplicándole que la enviara a España a pesar de su «falta de medallas». Finalmente éste se inclinó a su favor, y Sharples formó parte del contingente neozelandés de enfermeras<sup>9</sup>.

La decisión de las enfermeras de marcharse a España despertó cierta controversia en Nueva Zelanda. La jefa de Dodds la apoyó por compañerismo, pero no por razones ideológicas. Uno de los miembros del equipo directivo del Hospital de Wellington no consideraba el gesto de las enfermeras merecedor de reconocimiento alguno y no quiso que se le relacionara de ninguna manera con la participación de Dodds en el conflicto español. El día previsto para la partida, el 18 de mayo de 1937, la policía de Auckland trató de impedir que las tres enfermeras abandonaran el país. Fueron citadas en comisaría y se les intentó retirar los pasaportes. Los estibadores del puerto amenazaron entonces con declararse en huelga si no las dejaban partir. La policía todavía las retuvo durante tres horas interrogándolas sobre sus opiniones políticas y sus razones para marcharse voluntarias a la guerra de España. Llegaron a sugerir que René era miembro del Partido Comunista, incluso se le atribuyó un cargo de secretaria de alguna célula comunista, ante lo cual la enfermera respondió que ella no había sido «secretaria ni de un club de tenis». Para indignación de Isobel Dodds, la policía insinuó que «era madre de un hijo ilegítimo». En el caso de Millicent Sharples «ni siquiera sabía porqué se marchaba y la policía le recomendó que recogiera sus maletas y se volviera a casa»<sup>10</sup>. Sin embargo, las tres mujeres permanecieron firmes en su propósito y terminaron por dejarlas marchar. El Ministro de la Policía y futuro Primer Ministro laborista, Peter Fraser, que en un principio declaró no tener conocimiento del interrogatorio, tuvo que admitir que la sobreactuación de la policía había sido consecuencia del pánico gubernamental ante el panorama

7 Cartas de 19 de enero de 1938 citada en el Apéndice 4 de Skudder, «Bringing it Home», p. 501.

8 Winifred Bates, citada por Skudder, *ibid.*, p. 447.

9 De M. Sharples a E. W. Hunter, 7 de mayo de 1937; de L. Sim a E. W. Hunter, 17 de mayo de 1937; de E. W. Hunter a L. Sim, 17 de mayo de 1937. George Jackson Collection, SMAC Papers, 90-234-05/1, ATL.

10 Entrevista de Dodds.

de tener a «tres devotas revolucionarias enarbolando la bandera neozelandesa en España»<sup>11</sup>. Dodds siempre sospechó que Fraser, antiguo amigo de su padre, se tomó un interés personal en el asunto. De hecho, cuando las mujeres estuvieron a salvo a bordo del *Awatea*, Fraser las llamó a través de una línea privada, les dio ánimos y les recomendó que recurrieran al Alto Comisionado de Nueva Zelanda en cuanto llegaran a Inglaterra.

A su paso por Australia, el *SMAC* había organizado escalas en Sydney, Tasmania, Adelaida y Perth. Al igual que ocurriera en Nueva Zelanda, las enfermeras despertaban interés y servían de «poderoso medio de propaganda y recaudación de fondos»<sup>12</sup>. Por fin, se embarcaron en el *Mooltan* rumbo a Londres.



*Las tres enfermeras neozelandesas poco después de su llegada a Huet. Fotografía procedente del Centro Ruso de Conservación y Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú. Cortesía de Michael O'Shaughnessy.*

Durante la travesía, Shadbolt y Dodds se hicieron «amigas rápidamente, sobre todo porque Millicent era bastante mayor que nosotras y supongo que también por cierto esnobismo por nuestra parte, al ser nosotras enfermeras y ella no». Prosiguieron viaje a Francia con una buena reserva de chocolate

11 Shadbolt, *One of Ben's*, p. 67.

12 Skudder, «Bringing it Home», p. 445.

y cigarrillos «una valiosa moneda de cambio en una tierra de escasez»<sup>13</sup>. En julio de 1937 cruzaron la frontera española. El bombardeo de la estación de tren de Barcelona las introdujo bruscamente en la realidad de la guerra. Según recordaba Millicent Sharples «los aviones de Franco no parecían tener ningún objetivo concreto. Bombardeaban indiscriminadamente —hospitales, colegios, mujeres y niños, les daba todo igual»<sup>14</sup>.

Tras un viaje en el remolque de un camión por carreteras polvorientas y bajo un cielo despejado en el que nunca faltaba el zumbido de los aviones, las tres mujeres llegaron a Huete, un pueblo situado en el interior de la provincia de Cuenca. En un monasterio del siglo XII se había instalado un hospital provisional en el que trabajaban médicos y enfermeras de otras nacionalidades. Paredes de un metro de grosor rodeaban un atrio dominado por una gran capilla<sup>15</sup>. El hospital contaba con los servicios básicos de fontanería e iluminación, pero las condiciones eran «bastante precarias» y el material médico, prácticamente inexistente. Los colchones estaban rellenos con virutas de corcho y, aunque había suficientes sábanas sufragadas por los ingleses, todas estaban infestadas de parásitos. Las mujeres del lugar se encargaban de lavarlas en un manantial cercano pero no conseguían acabar con los huevos, que se reproducían rápidamente. En la mesa de operaciones solo se disponía de un pequeño esterilizador y el agua se calentaba a base de quinqués alimentados con la gasolina de los camiones. Según Dodds «las mujeres seducían a los conductores para conseguirnos el combustible». La esterilización del instrumental se realizaba con alcohol de quemar.

Cada estación del año y cada batalla traían consigo heridos de distinta clase y consideración. Durante los meses de verano abundaban las heridas de bala y la pérdida de miembros. Con el invierno llegaban los pies congelados, a veces de gravedad extrema. Dodds describió cómo trataban estos casos. Mantenían los pies del paciente en agua tibia, a una temperatura constante, hasta que se formaba una línea de separación y la parte congelada se oscurecía y terminaba de pudrirse —«no queríamos amputar todo el pie si bastaba con amputar los dedos».

Huete era un hospital que atendía, sobre todo, a las Brigadas Internacionales. Las neozelandesas se ocuparon de franceses, ingleses y alemanes, y también de algunos rumanos y de unos pocos anarquistas catalanes «muy discutidores». Los refugiados españoles y la gente del pueblo ayudaban con la cocina y la limpieza. Faltaba tiempo para aprender español como es de-

---

13 Entrevista de Dodds.

14 *New Zealand Herald*, 7 de mayo de 1938.

15 Paul Preston, *Doves of War*, HarperCollins, Auckland, 2003, p. 152.

bido y a veces el idioma llegaba a ser un problema, pero las neozelandesas conseguían arreglárselas bien a base de mucha mímica.

Las enfermeras ya estaban sujetas a la disciplina militar cuando se les otorgó el rango de oficiales y pasaron a integrar el ejército republicano, poniendo fin a la neutralidad que les caracterizaba. Según Maurice Shadbolt, su tía habría decidido que «no era tiempo para detenerse en nimiedades; la angustia del pueblo español era lo primero»<sup>16</sup>.

Debido probablemente a que sabía conducir, el destino de Millicent Sharples fue algo diferente al de sus compatriotas. La fueron trasladando a diferentes unidades médicas del frente donde alternaba los cuidados de enfermería con la conducción de ambulancias. En una entrevista concedida a su regreso al periódico neozelandés *New Zealand Herald*, Sharples contó una de sus experiencias:

Trabajábamos a todas horas, a menudo desde las 6 de la madrugada hasta la medianoche. En Torralba teníamos un brote severo de fiebre cuando sufrimos un bombardeo nocturno y todos tuvimos que abandonar el hospital. Los hombres se comportaron muy bien. Se vistieron con tranquilidad y permanecieron sentados en sus camas hasta que les ordenaron salir<sup>17</sup>.

Sharples afirmó que ostentaba el rango de sargento en la 35 División del Servicio Médico español cuando fue herida en un bombardeo cercano al hospital donde trabajaba.

Antes de cumplirse un año de su llegada a España, el *SMAC* decidió repatriar a Sharples a Nueva Zelanda. Los motivos de su regreso a casa no estaban del todo claros. Parece que pudo tratarse de un caso de conducta «poco satisfactoria». El *SMAC* organizó una campaña de apoyo a la República para la enfermera sobre la que, al principio, albergaba grandes expectativas. Sharples había declarado al *New Zealand Herald*: «Tengo que admitir que lamenté tener que marcharme, pero...pensaron que podía ser más útil reuniendo fondos en Nueva Zelanda. Es posible que así sea»<sup>18</sup>. La realidad demostró que Sharples era una oradora mediocre con escasos conocimientos de política y de la situación en España más allá de su propia experiencia. Y, lo que fue peor, en ocasiones no se coordinaba con los comités locales del *SMAC* haciendo declaraciones por su cuenta a periódicos y emisoras de radio.

---

16 Maurice Shadbolt, «Shadbolt, René Mary 1903-1977», *Dictionary of New Zealand Biography*: [www.dnz.govt.nz](http://www.dnz.govt.nz).

17 *NZ Herald*, 7 de mayo de 1938.

18 *Ibid.*

Auspiciada por el *British Medical Committee* (Comité Médico Británico), la destacada militante comunista Winifred Bates actuaba de forma extraoficial como comisaria de las enfermeras de habla inglesa que tomaron parte en la guerra civil. Mientras que Bates describió a Dodds y a Shadbolt como enfermeras «serias y disciplinadas» abiertas a la instrucción política, de Millicent Sharples no podía decir lo mismo.

El 9 julio de 1938 Ted Hunter escribió a Sharples pidiéndole que dejara la campaña y poniendo fin a la relación del *SMAC* con ella<sup>19</sup>. En una carta escrita el mismo día al veterano brigadista Tom Spiller la describía de la siguiente manera:

No tiene ningún sentido de la disciplina. Toda su actividad asemeja una mera prolongación de su personalidad. La enfermera Shadbolt y la Sra. Winifred Bates han escrito recientemente diciendo que en realidad su actuación en España fue muy poco satisfactoria, y que esa fue la verdadera razón por la que la devolvieron a casa. Le dijeron que podría hacer mucho por la causa si volvía y conseguía fondos en Nueva Zelanda<sup>20</sup>.

Sin embargo, existen otros testimonios que aportan una visión distinta de la labor de Sharples en España. En agosto de 1938, el Jefe de los Servicios Internacionales de Salud del Ministerio de Defensa escribió a Ted Hunter asegurando que Sharples cumplía con sus responsabilidades «de forma totalmente satisfactoria a ojos de sus superiores»<sup>21</sup>. Desde el contingente de enfermeras australianas, Mary Lawson escribió en Barcelona: «He oído de una fuente fiable que la enfermera Sharples no tiene ideas políticas ni está al tanto de las causas de la guerra civil en España, pero que es buena y dispuesta en su trabajo, el cual ha continuado desempeñando valerosamente durante los bombardeos»<sup>22</sup>.

Mientras tanto, Dodds y Shadbolt continuaban trabajando en Huete. Cuando el ejército rebelde consiguió romper la defensa republicana y llegar hasta el mar, Franco desplazó sus tropas hacia Valencia con el objetivo de aislar Madrid completamente. Este movimiento acercó mucho los combates a Huete. Empezaron a llegar camiones directamente del frente cargados de heridos que se depositaban en el suelo unos al lado de otros, mientras los doctores y

19 De E. W. Hunter a M. Sharples, 9 de julio de 1938, George Jackson Papers, 90-234-06/02, ATL.

20 De E. W. Hunter a T. Spiller, 7 de julio de 1938, Jackson Papers, *ibid.*

21 Del Jefe de los Servicios Sanitarios Internacionales del Ministerio de Defensa a E. W. Hunter, 24 de agosto de 1937, Jackson Papers, 90-234-06/02, ATL.

22 De M. Lawson a E. W. Hunter, 17 de octubre de 1938, Jackson Papers, *ibid.*

enfermeras caminaban entre ellos tratando de decidir quién sería el próximo en el quirófano —y en sufrir una casi segura amputación que, por lo general, sería de piernas. Durante una semana Dodds y Shadbolt trabajaron sin descanso en turnos de 48 horas. Mientras Shadbolt administraba los anestésicos, Dodds trataba de mantener el instrumental esterilizado, hasta que finalmente no hubo más remedio que operar con material sin esterilizar. Las salas estaban atestadas de heridos que, generalmente, tenían que ser atendidos por asistentes españolas sin formación específica.

Huete se estaba volviendo muy inseguro y se ordenó la evacuación del hospital, para lo que contaban con un plazo de tres horas. Muchos heridos tuvieron que ser abandonados, mientras que alrededor de 1.000 personas, entre las que se encontraban los neozelandeses y muchos brigadistas internacionales, abandonaron Huete en mitad de la noche para comenzar un penoso viaje de tres días en tren hacia Barcelona. Este tren fue el último que pudo cruzar en Ebro, no sin sufrir el intenso fuego de las tropas enemigas. Dodds se confesaba nerviosa pero sin miedo: «Cuando tienes delante una tarea tan grande no te paras mucho a pensar si estás asustada o no».



*Las enfermeras Dodds y Shadbolt en un quirófano durante la guerra civil.  
Fotografía procedente del Centro Ruso de Conservación y Estudio de Documentos  
Históricos Recientes, Moscú.  
Cortesía de Michael O'Shaughnessy.*

Tras unos días en Barcelona, Dodds y Shadbolt fueron destinadas a un hospital situado al pie de los Pirineos. Permanecieron allí casi dos meses. El hospital se había instalado en un antiguo balneario y para las neozelandesas supuso un

verdadero lujo poderse sumergir en alguno de los 14 baños de agua templada a su disposición. Hasta entonces para asearse se habían tenido que conformar con una pequeña palangana. Para cuando llegaron a la ciudad, solo les quedaba un uniforme y una bata así que se las arreglaron para que un sastre local les proporcionara nueva indumentaria a cambio de chocolate. Muchos de sus pacientes, brigadistas internacionales en su mayoría, eran víctimas de tifus y tuberculosis y estaban llenos de piojos.

En junio de 1938 las neozelandesas fueron evacuadas a Inglaterra. Allí les sorprendió el grado de apatía que encontraron hacia los acontecimientos que estaban teniendo lugar en España. Muchos ingleses parecían no darse cuenta de que la guerra civil española era un «ensayo de Alemania» previo a un conflicto inminente y de mucha mayor dimensión.

Dodd y Shadbolt se alegraron de volver a España. Esta vez las destinaron a un gran hospital en Mataró que había sido un antiguo instituto. La dirección del hospital corría a cargo de un médico alemán judío y de su esposa farmacéutica, que no contaron con las simpatías de las dos neozelandesas: «eran arrogantes y mandones... así que nosotras íbamos a lo nuestro a nuestra manera... no nos gustaba recibir muchas órdenes». (Esta impaciencia con el protocolo es un rasgo típico de las antípodas que también caracterizó a las enfermeras neozelandesas en Sudáfrica y en la Segunda Guerra Mundial). Entre los pacientes que trataron, Dodds recuerda especialmente el caso de un hombre que había perdido la rótula de la rodilla y en la llaga purulenta había aparecido «un gusano enorme, tan grueso como mi dedo». Con el estómago revuelto, la enfermera informó al doctor, quien le dijo que dejara que el bicho acabara con su tarea de destruir los gérmenes.

Su labor en España había acercado a las neozelandesas no solo a una guerra civil en los campos de batalla, sino también a «otra guerra que corría paralela a aquélla; la que se desarrollaba en el bando republicano, y en la que anarquistas, socialistas y trotskistas eran hechos prisioneros y ejecutados por los comunistas a las órdenes de Stalin»<sup>23</sup>. Sobre Shadbolt y Dodds también recayeron sospechas de complicidad con estos grupos y sus cartas fueron censuradas y destruidas. Nunca pudieron enviar un mensaje a casa alertando sobre el peligro que corrían.

En Mataró permanecieron solo unos meses, hasta que el 23 de septiembre de 1938 se anunció la retirada de España de todas las Brigadas Internacionales y Dodds y Shadbolt fueron evacuadas a Barcelona. El 15 de noviembre presenciaron el emotivo desfile de despedida de las Brigadas. Poco después

---

23 Shadbolt, «Shadbolt, René Mary».

abandonaron la ciudad por carretera hasta llegar a la frontera francesa. «Todavía recuerdo la nostalgia que sentimos con un pie en España y otro en Francia»<sup>24</sup>. En Toulouse embarcaron en avión de vuelta a casa. No tenían mucho dinero para gastar ni había gran cosa que comprar, pero las enfermeras se llevaron algunos recuerdos con el fin de venderlos y obtener fondos para los huérfanos de la guerra.

5 June 1, 1938

### NEW ZEALAND NURSES

#### Narrow Escapes from Death in Spain

#### HOSPITAL WORK AT HIGH PRESSURE

The experiences of New Zealand nurses in the Spanish war are related in a cablegram received from Barcelona on Sunday by Mr. G. K. Jackson, of Okahu, secretary of the New Zealand Spanish Redcross Aid Committee. The nurses are Sister Rose Shadbolt, of Auckland, and Nurse Isabel Doble, of Levin, two of them who were sent overseas by the committee last year to assist in the ambulance and hospital service for the Spanish Government forces.

"We feel that, with the holding up of the Pacific campaign, the turning point of the war has come," said Sister Shadbolt and Nurse Doble as they set off through Barcelona, "and that is why we are at last able to take a month's leave in England with a clear conscience."

Both girls looked tired, but very cheerful, the cablegram continues.



SISTER R. M. SHADBOLT

left. Had we gone by rail we would have been bombed on our arrival in Valencia station, but we changed our plans at the last moment and travelled by road.

"The Terraces a few weeks ago the only in which we were staying was bombed 19 minutes after we had left. Bombs in the war, which Sister and Missions are trying to win through letters. But these medals mention the medals of the Spanish forces and the medals are bound to last."



NURSE I. DODDS

They have been in Spain since last July and for the entire time have been working at high pressure in hospitals, first in central Spain and more recently in Catalonia.

"We are coming back in order to see the Spanish soldiers and the final victory over the Italian and German invaders has been achieved," the nurses continued. "If only the people of New Zealand could see how much medical equipment is needed to relieve the suffering among the soldiers and the civilian population they would come in a body to the aid of the Spanish people and German renegades yesterday bombed Alcala and killed

#### WORK FOR SINGLE MEN

#### STEPS BY GOVERNMENT

#### INSTRUCTIONS TO ENGINEER

#### APPRENTICESHIP PROBLEM

A statement that the Minister of Labour, the Hon. H. T. Armstrong, and the Minister of Public Works, the Hon. H. Scoble, had given instructions to the engineer of the Public Works Department at Auckland to prepare plans of work within ten-mile radius of the city was made by Mr. W. T. Anderson, M.P., at a meeting of unemployed in Auckland on Saturday morning when addressing what steps the Government was taking to meet the needs of single men who were unable to secure work. Mr. Anderson said it was not the

### S REVIEW

«Hemos escapado a la muerte en varias ocasiones». Reportaje del Auckland Weekly News sobre el trabajo de las enfermeras Dodds y Shadbolt en Cataluña. Auckland Weekly News, 1 de junio de 1938.

A su llegada a Nueva Zelanda, el 20 de enero de 1939, les dispensaron un gran recibimiento al que siguió una gira de seis semanas por todo el país. Sin

embargo, la buena acogida tuvo su nota discordante. El alcalde de Westport se negó a presidir una conferencia pública de Shadbolt y Dodds alegando lo siguiente:

Me sorprende que enfermeras neozelandesas cualificadas encuentren tan poco que hacer en su país, que adolece de una escasez general de enfermeras capacitadas y que, en mi opinión, ofrece más posibilidades para la labor humanitaria que muchos otros países del mundo<sup>25</sup>.



*Foto de la cartilla del brigadista alemán Rimmel que durante la guerra civil contrajo matrimonio con la enfermera neozelandesa René Shadbolt. Colección de la familia Rimmel, Cortesía de Michael O'Shaughnessy.*

Sin que sus patrocinadores neozelandeses llegaran a saberlo, René Shadbolt había contraído matrimonio en secreto con uno de sus pacientes, Willi Rimmel, un joven alemán que estaba luchando en las Brigadas Internacionales<sup>26</sup>. Rimmel había sido un comunista y activista antinazi en Colonia, al que la Gestapo hizo prisionero y sometió a torturas durante siete meses desde abril de 1936<sup>27</sup>. En cuanto fue liberado se marchó a Holanda y poco más tarde se unió a las Brigadas Internacionales en España. En julio de 1937 participó en la ofensiva de Quijorna, con el rango de sargento. Una herida le llevó al hospital de Huete donde permaneció durante dos meses y donde conoció y se enamoró de René. Una vez recuperado de sus heridas Rimmel

---

<sup>25</sup> *Weekly News*, 28 de enero de 1939.

<sup>26</sup> Shadbolt, *One of Ben's*, p. 71.

<sup>27</sup> M. O'Shaughnessy, «Journeys to the Frontier: The shifting exiles of Willi Rimmel and the German 20th century», ponencia no publicada, Departamento de Historia de la Universidad de Auckland, 2004.

retomó la lucha que todavía duraría para él un año más hasta que fue herido de nuevo y trasladado al hospital de Mataró donde pudo reunirse nuevamente con Shadbolt. En septiembre de 1938, mientras se ordenaba la retirada de las Brigadas Internacionales de España, la pareja se casó en el patio del hospital.

Shadbolt albergaba la esperanza de que Nueva Zelanda concediera asilo político a Remmel y trató por todos los medios de conseguir para él un permiso de entrada en el país. Sin embargo, no consiguió el apoyo de los políticos laboristas. En un principio, estuvo internado junto con otros cientos de miles de refugiados civiles en el sur de Francia. Luego le deportaron a los campos nazis de Sachsenhausen, Buchenwald y Mauthausen. La pareja nunca volvería a verse.

Shadbolt nunca supo la suerte que había corrido su marido durante la Segunda Guerra Mundial, y al cabo del tiempo se casó de nuevo. (Todos los matrimonios civiles realizados durante el periodo de la República en España fueron anulados cuando Franco se hizo con el poder). Sin embargo, Remmel conseguiría sobrevivir a los campos y regresó a Colonia. Le concedieron un permiso para residir en la zona alemana controlada por la Unión Soviética y allí vivió y trabajó hasta su muerte, en Leipzig en 1970. René Shadbolt murió siete años después en Nueva Zelanda. Maurice Shadbolt escribió: «Sobre su féretro solo había un ramo de rosas rojas que había colocado una hermana conocedora de la historia. En la nota se leía «Con amor eterno de Willi»<sup>28</sup>.

Isobel Dodds también se casó y vivió en Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando más tarde regresó a España, tuvo que hacerlo bajo un nombre falso.

Para René Shadbolt, Isobel Dodds y Millicent Sharples así como para el resto de enfermeras neozelandesas, la guerra civil española fue una experiencia decisiva en sus vidas. Una experiencia en la que pusieron a prueba su capacitación profesional y su compromiso social. Seguramente las palabras de Dodds pronunciadas muchos años después resumen el sentir de todas ellas: «Pensé que era lo que había que hacer en aquella época y nunca me arrepentí... era joven y fue la aventura de mi vida... asumiendo mis responsabilidades y mi trabajo como enfermera»<sup>29</sup>.

---

28 Shadbolt, *One of Ben's*, pp. 74-75.

29 Entrevista de Dodds.



## UNA WILSON: «NO CREO QUE PUEDA VOLVER A SONREÍR»

---

*Mark Derby*

---



*Una Wilson (a la derecha) junto con otros compañeros y miembros de las Brigadas Internacionales de Australia a su llegada a Barcelona. El Partit Socialista Unificat de Catalunya había requisado como sede el Hotel Colón. De izquierda a derecha aparecen Mary Lawson, Alieen Palmer, May MacFarlane, John Fisher, Jack «Blue» Barry, Agnes Hodson y Wilson. Colección de Amirah Inglis, Noel Butlin Archives Centre, ANU.*

Una Wilson, neozelandesa residente en Australia, sirvió como enfermera de quirófano en los frentes de las cruentas batallas del Jarama, Brunete y Teruel. En las cartas que enviaba a sus amigos australianos, Una solía incluir extractos del diario que mantuvo durante los casi dos años que permaneció en España. Se trata de un testimonio muy honesto y conmovedor.

Estas cartas fueron publicadas durante la guerra por el *Spanish Aid Committee* (Comité de Ayuda a España) como una muestra de la solidaridad de Australia con el pueblo español<sup>1</sup>. También se editó un panfleto bajo el título *From the*

---

<sup>1</sup> Nettie Palmer y Len Fox, *Australians in Spain*, Current Book Distributors, Sydney, 1948, pp. 28-30.

*Battlefields of Spain* («Desde los campos de batalla españoles») que incluía una selección de las cartas de Wilson y de otras enfermeras pertenecientes al equipo médico australiano. La prestigiosa crítica literaria Nettie Palmer escribió a propósito de las cartas: «Las cartas que escribieron las enfermeras Lawson, Wilson, MacFarlane y Hodson justifican por sí solas su viaje a España».

Una Wilson se formó como enfermera en Nueva Zelanda bajo el rígido sistema de estudios británico. En 1930 se mudó a Australia. Cuando estalló la guerra civil se encontraba trabajando en el Hospital de Lidcombe, en uno de los suburbios de Sydney.

En agosto de 1936 se celebró una reunión para debatir las posibilidades de ayuda al pueblo español. A esta reunión asistió Mary Lawson, compañera de Wilson y una mujer con muchos arrestos que fue la primera en ofrecer sus servicios a la causa española. De esta reunión surgió el *Spanish Aid Committee* que enseguida abrió delegaciones en las diversas regiones de Australia, al igual que hiciera en Nueva Zelanda el *Spanish Medical Aid Committee (SMAC)*. Dos semanas después, otras tres enfermeras de Lidcombe, May MacFarlane, Agnes Hodson y Una Wilson anunciaron su intención de partir a España. En cuanto el Comité las aceptó, presentaron su dimisión en el hospital<sup>2</sup>.

Una Wilson era enfermera de quirófano, una mujer con sentido del humor que según decía prefería «la verdad pura y dura», algo que incluso en tiempo de guerra le resultaría difícil encontrar. Mary Lawson, que entonces contaba con 41 años, era la mayor del grupo y la jefa de la expedición. En noviembre de 1936 y tras participar en una gira de despedida alrededor del país, las cuatro enfermeras partieron desde el puerto de Fremantle a España<sup>3</sup>.

La travesía en barco hasta Marsella duró tres semanas y media. Las enfermeras abandonaron la ciudad francesa el 1 de diciembre de 1936. La frontera española se había cerrado para los cargamentos de armas pero todavía se permitía el paso a los voluntarios. Las cuatro mujeres llegaron a la caótica y revolucionaria Barcelona a bordo de un tren expreso cubierto con eslóganes de la CNT.

A mediados de diciembre trasladaron a Madrid a Wilson, Lawson y MacFarlane en una de las ambulancias británicas. Tres días después de Navidad las asignaron a las Brigadas Internacionales y las enviaron a trabajar a un hospital de convalecientes en el pueblo costero de Bénédictim. Los republicanos habían requisado y transformado en hospital y laboratorio dos de las villas situadas en la línea de mar. Cuando ellas llegaron, en año nuevo de 1937, los trabajos de acondicionamiento todavía no habían terminado. Wilson empezó a trabajar en el quirófano con MacFarlane de ayudante.

2 A. Inglis, *Australians in the Spanish Civil War*, Allen & Unwin, Sydney, 1987, p. 61.

3 *Ibid.*, p. 62.

Ambas tenían serias dificultades para entender las instrucciones que recibían en francés y en holandés. Poco después, las volvieron a trasladar a otro hospital en Colmenar de Oreja, un pueblecito situado a 32 km al sur de Madrid en un valle cuyo nombre pronto llegaría a convertirse en sinónimo de masacre. Pero en el momento del traslado las enfermeras se alegraban de encontrarse donde más las necesitaban. En tono festivo, Una escribió una nota a Lawson en la que decía «nos llevan al frente»<sup>4</sup>.



*La enfermera neozelandesa Una Wilson (tercera de la izquierda) con miembros de su equipo médico en un pueblo cerca de Teruel, Año Nuevo 1938. Colección de Amirah Inglis, Noel Butlin Archives Centre, ANU.*

El edificio del hospital constaba de dos plantas, un jardín en la entrada y un patio en la parte de atrás. Había sido el antiguo hospital local. Antes de la guerra no disponía de servicio de cirugía así que tuvieron que acondicionarlo a toda prisa para adaptarlo a las necesidades del combate. El quirófano se instaló en la cocina sobre cuya mesa se practicaban las operaciones. Wilson era la enfermera responsable de una sala en la que a veces llegaban a trabajar 10 médicos a la vez, sin que ni siquiera entonces dieran abasto para atender al flujo incesante de heridos. En plena batalla del Jarama, un voluntario británico conductor de ambulancias describía la escena que encontró al llegar a las salas del hospital:

Estaban abarrotadas, casi no quedaba espacio para moverse entre las camas y camillas. Algunos estaban tendidos en el suelo. Debió de ser horrible para las enfermeras ocuparse de los que tenían alguna posibilidad de sobrevivir y al mismo tiempo intentar consolar a los moribundos. Era una situación imposible<sup>5</sup>.

---

4 *Ibid.*, p. 146.

5 Richard Bryant, citado en la obra de D. L. Speight, *Australia's Spanish Knight*. D. L. and K. L. Speight, 2004, p. 25.

Una Wilson relató su experiencia en varias cartas dirigidas a sus amistades:

25 de febrero

Nunca en mi vida me he sentido tan agotada y deprimida. Daría gracias si me acertara una de esas ametralladoras que se escuchan por ahí cerca. Tenemos la sensación de estar vadeando en un río lleno de sangre sin un momento de reposo.

27 de febrero

Esta mañana me pasó algo terrible. Había dormido solo tres horas y cuando me desperté no podía hablar. Era incapaz de articular ningún sonido. Me miré en mi espejito de mano y me quedé aterrada. Me vi la cara de color gris y llena de arrugas. ¡Demonios, qué fea era!

Ya hace varias semanas que el gran patio y todos los pasillos y camas están repletos de heridos y moribundos. Los cuerpos impiden el paso de las ambulancias que tienen que descargar al otro lado de las puertas. Corrí desde el quirófano al dispensario para coger alguna medicina y todo el camino fui esquivando cuerpos, algunos muertos, otros a punto de morir y todos con heridas espantosas. Se me parte el corazón sabiendo que muchos de ellos morirán antes de que podamos atenderlos. Sus gemidos nos mantienen en vela día y noche. Mientras trabajamos oímos los lamentos y se nos olvida que llevamos muchas noches sin dormir. La última vez que pude conciliar el sueño fue el pasado 24, me acosté hacia las 10 de la noche y conseguí dormir unas cuatro horas... Cuando entré en mi habitación me encontré nuestras camas ocupadas por dos heridos. En la de Mac (la enfermera MacFarlane) estaba tendido un muchacho muy joven con la cara tan pálida como la cera. Había perdido mucha sangre a causa de una grave herida en la cabeza. La almohada estaba completamente mojada y había un gran charco de sangre debajo de la cama. El hombre de mi cama estaba muerto. Retiré la sábana y comprobé que había recibido un disparo en el estómago. La cama estaba llena de sangre. Pedí que se lo llevaran, di la vuelta al colchón y caí redonda.

Poco después me despertó el estruendo de los bombardeos. Me fijé en el chico de la cama de Mac. Estaba muerto. Me dolía todo el cuerpo de puro cansancio, solo quería volverme a dormir. Pero no habían pasado ni diez minutos cuando me despertaron para que cediera mi cama a un paciente. Me levanté y corrí hacia el quirófano... Desde entonces he trabajado sin parar hasta las seis de la mañana. Si por lo menos me encontrara bien, sería soportable, pero el caso es que estoy enferma y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para aguantar estos dolores gástricos que casi me paralizan cada cinco o diez minutos.

Aquí todo lo que comemos está empapado en aceite de oliva y la carne repleta de ajo. Ahora soy incapaz de probar bocado, tengo suerte de poder disponer de leche condensada en gran cantidad.

... Para todos los demás, llega un momento en que el trabajo se termina, sin embargo el nuestro parece no tener fin. Ahora tenemos que empezar a lavar montones de instrumental, limpiar la sangre de todo, volver a esterilizar; y dentro de dos horas, lo mismo.

Nunca en mi vida me había visto obligada a realizar un esfuerzo tan grande de voluntad. Estoy de pie y me siento desfallecer, pero veo esperándome las pilas de instrumental del quirófano –más bien debería decir de los dos quirófanos (tenemos dos mesas de operaciones), todas desordenadas y sin preparar. Continúo de pie limpiando instrumental. En el edificio ya no se oyen más que los quejidos de los pacientes desahuciados que se amontonan detrás de la puerta, los casos sin remedio, abandonados a su suerte. De repente tengo la impresión de que si no duermo me desplomaré muerta en el suelo.

Vuelvo a escuchar afuera los lamentos de los moribundos y pienso que enseguida traerán a otros cientos del campo de batalla y que me llamarán para trabajar como si hubiera podido tener una noche de descanso.

29 de febrero

Hoy trajeron a dos hombres que conocía. El chico, \_\_\_\_\_, que conocí en \_\_\_\_\_, un pueblecito cerca del frente. Un apuesto muchacho de unos 21 años, el tipo de chaval del que cualquier madre se sentiría orgullosa. Una bomba le había arrancado una de las piernas y la otra la tenía tan destrozada que al doctor D no le quedó más remedio que amputársela. En general, consigo disimular bien mis sentimientos durante mi trabajo, pero reconozco que en esa ocasión podría haber llorado durante horas. Le hicimos una transfusión, y todo lo que pudimos para salvarle. Pero cuando me presenté en la guardia para cerciorarme de su estado, ya había muerto y habían retirado el cadáver. Murió de un shock. El doctor D realizó un gran trabajo, pero fue inútil. Esa misma tarde, otro inglés que conocía, un «Comandante», un hombre alto y de buena presencia que rondaría los 35 me llamó desde el otro lado de la sala del quirófano (yo estaba en la otra mesa). Le reconocí inmediatamente ¡Cómo había cambiado! La última vez que me tropecé con él avanzaba hacia mí con una sonrisa. Un hombre saludable y alegre que poco tenía que ver con el que esa tarde reposaba desnudo en la mesa de operaciones a punto para la intervención. En su rostro se dibujaba una mueca de dolor y una herida le recorría el costado por donde se le salían los intestinos. Murió bajo la anestesia... y así siempre, día tras día, esta horrible carnicería. Les curamos las heridas y les devolvemos al combate hasta que les hacen pedazos. ¿No es aterrador? Cómo aborrezco la guerra, la odio. Esta noche creo que nunca más voy a volver a sonreír<sup>6</sup>.

En abril de 1937, cuando cada día llegaban a su hospital 600 heridos nuevos y sintiéndose muy débil debido a sus dificultades para tolerar la comida española, Una Wilson sufrió una especie de crisis nerviosa.

8 de abril

Estoy fuera de servicio. He perdido la memoria. Al menos eso parece. No recuerdo claramente lo que pasa cada día, todo se mezcla en mi cabeza. Todo

---

6 Una Wilson, reimpresso en el «Spanish Relief Committee», *From the Battlefields of Spain*, Red Pen Publications, Melbourne, 1986 (orig. pub. Sydney, 1937), pp. 3-9.

el mundo está muy preocupado. Especialmente doctor L y doctor D. Me han llevado a nadar, a montar, a pasear y a Dios sabe qué. No sé cómo, de repente ha aparecido una pista de tenis y una mesa de ping pong.

... Todos hacen lo que pueden para animarme. Esta tarde el doctor D ha venido a casa trayendo un pony castaño para mí. Me ha dicho: ¿Una, hay algo más que podamos hacer para que estés contenta? Me siento muy enferma. Las manos me tiemblan como una hoja y no puedo permanecer más de dos o tres minutos sentada tranquilamente en una silla. Si alguien me habla durante un rato largo me entran ganas de matarle.

Más tarde, la enfermera escribió que sus colegas médicos se desvivieron por cuidarla. Esa actitud avanzada y democrática era propia de los servicios médicos republicanos durante la guerra civil.

Me acuerdo de otros hospitales en Australia en los que trabajaba hasta agotarme y cuando protestaba me criticaban... Aquí no se hacen distinciones de ningún tipo. Los médicos, enfermeras, soldados, todos vivimos en exactamente las mismas condiciones. Comemos juntos y todos lo mismo. Tenemos el mismo tipo de habitación y en el quirófano todos somos iguales.

Trasladaron a Wilson a Barcelona para que se recuperara y en pocas semanas se encontró lo suficientemente restablecida para participar en la festividad del 1 de mayo.

1 de mayo

Ahora que nuestro batallón está de descanso, la vida es maravillosa. En este sitio reina la alegría y todo está lleno de flores y preparado para las celebraciones del 1 de mayo... Esta mañana he tenido que salir corriendo para alcanzar a la manifestación, que ya partía. Me he sumado a las chicas con un ramo de flores de mayo en la mano. Estaba con un grupo de chicas españolas que conocía. Éramos alrededor de cien, todas vestidas de blanco inmaculado y llevando un gran ramo de flores cada una. En la marcha debía de haber unas 1.000 personas. Primero desfilaban los militares con la banda de música, después nosotros, y por último la gente del pueblo. A nuestro paso el aire se llenaba con los gritos y canciones de los cientos de personas que inundaban las calles.

De repente cesó la algarabía y las risas se apagaron. Nos acercábamos a la colina que llevaba al cementerio en el que estaban enterrados nuestros soldados. La banda tocaba «La Internacional». Seguimos cantando hasta que llegamos a las puertas de entrada y entonces se impuso el silencio. Todo estaba revestido de una enorme solemnidad. Cuando crucé la puerta, ahogué un grito de asombro. Nunca había presenciado nada semejante. El cementerio estaba completamente cubierto de lirios azules. Solo se veía un pequeño cuadrado desprovisto de flores. Era donde reposaban los soldados. Nos situaron a un

lado. La escena era digna de verse. Casi 100 chicas perfectamente formadas, cargadas de flores multicolores sobre un campo de lirios azules.

Sonaba de nuevo «La Internacional», más suavemente que antes, nos aproximamos a las tumbas en filas de a dos, a la altura del cuadrado teníamos que dividirnos y formar una sola fila o simplemente pasar y esparcir nuestras flores sobre las tumbas. Cuando se nos acabaron las flores volvimos a nuestro sitio y empezaron los discursos. Los hubo en todas las lenguas posibles. Entendí algo de lo que se decía en alemán y en español, pero del resto no me enteré de nada. Casi todos los países del mundo estaban representados allí ese día. Si yo no hubiera estado, Nueva Zelanda se hubiera quedado fuera, así que me sentí bastante orgullosa.

En junio de 1937 trasladaron a la enfermera neozelandesa y a su equipo al nuevo frente de Brunete, a los pies de la Sierra de Guadarrama. El 6 de julio bajo un sol abrasador los republicanos tomaron la plaza. Las tropas de Franco volverían a ocupar Brunete 18 días más tarde.

Las enfermeras parecían mantener el ánimo a pesar del número de víctimas y del trabajo inacabable. Wilson escribió a sus amigos de Sydney:

Hemos pasado momentos muy duros y seguimos vivas de milagro. De todas formas, da igual. Si me mataran ahora, la experiencia habría valido la pena. De hecho, ahora estoy deseando volver al frente, así se vuelve una<sup>7</sup>.



*La enfermera Una Wilson (tercera de la derecha) junto con miembros del personal del Hospital de Colmenar de Oreja y de niños del pueblo. Habían estado recolectando fondos para el Socorro Rojo Internacional.*

*Colección de Amirah Inglis, Noel Butlin Archives Centre, ANU.*

---

7 Citado en la obra de Inglis, *Australians in the Spanish Civil War*, p. 157.

Wilson trabajó durante tres meses más bajo intensos y continuos bombardeos, cerca de Teruel, hasta que le concedieron otro permiso para descansar en Londres. Allí le pilló la retirada de las Brigadas Internacionales de España en noviembre de 1938. May MacFarlane le envió un telegrama proponiéndole hacer juntas el viaje de vuelta a casa. Wilson reservó pasaje en el primer barco que encontró que resultó ser el *Oronsay*, el mismo que les había traído a España<sup>8</sup>.



*Una Wilson (izquierda) y su compañera May MacFarlane son recibidas como heroínas a su llegada a Fremantle, Australia en enero de 1939. Colección de Amirah Inglis, Noel Bullin Archives Centre, ANU.*

Las dos mujeres arribaron a Fremantle en enero de 1939. Una Wilson tenía un aspecto impresionante, envuelta en una larga capa escarlata que le había regalado un comandante en el frente. Les recibieron en los muelles con pancartas de bienvenida y enseguida las embarcaron en una gira de entrevistas y conferencias que duró todo el trayecto hasta Sydney. Allí las liberaron de actividades propagandísticas y les recompensaron con una paga de 50 libras por «años de dedicación y trabajo duro»<sup>9</sup>.

A Una Wilson le afectaron profundamente sus experiencias en España y escribió extensamente sobre los odios políticos y las sospechas que había sufrido. Pensó en marcharse a China, pero finalmente decidió retomar su trabajo de enfermera en Sydney<sup>10</sup>. Durante la Segunda Guerra Mundial volvió a prestar servicios en un hospital militar<sup>11</sup>.

8 *Ibid.*, p. 171.

9 *Ibid.*, p. 191.

10 *Ibid.*, p. 200.

11 Palmer and Fox, *Australians in Spain*, p. 30.

## DOROTHY MORRIS: «AQUÍ APENAS SE CONOCEN NUESTRAS PRÁCTICAS DE ENFERMERÍA»

---

*Mark Derby*

---

Esta enfermera de Christchurch, una mujer delgada, de pelo castaño y que hablaba español con desenvoltura causó una gran impresión en los que la conocieron por su eficiencia y dedicación. Durante la guerra, la destinaron a las zonas más difíciles y arriesgadas y ella siempre se mostró dispuesta a acudir allí donde fuera necesario.

Dorothy Morris estudió en Christchurch durante los años de la Gran Depresión. Fueron años de muchas penalidades que afectaron profundamente a la joven enfermera. En 1934 decidió abandonar Nueva Zelanda y dirigirse a Inglaterra, donde entró a formar parte de una cooperativa de enfermeras.

Cuando estalló la guerra civil en España, Morris se sumó a la Unidad Británica de Ambulancias, financiada por las universidades británicas y dirigida por sir George Young, antiguo profesor de portugués de la Universidad de Londres. Existen noticias de la posible participación de otra voluntaria neozelandesa, la doctora **Gladys Montgomery**, en esta unidad de ambulancias. Young también había ejercido de diplomático en España, de corresponsal de guerra y de parlamentario en las filas del Partido Laborista. En cuanto se produjo el alzamiento, Young financió la instalación de tres hospitales para refugiados en el sur de España. Uno de ellos se localizó en Almería dentro de un monasterio que había quedado desierto al poco de comenzar la guerra<sup>1</sup>.

Morris respondió al anuncio publicado por sir George en una revista británica: «Se buscan enfermeras para España. Interesadas dirigirse al «*Southern Spanish Relief Committee*» (Comité de Ayuda al Sur de España). En febrero de 1937 Dorothy Morris abandonaba Inglaterra acompañada de otra experimentada enfermera inglesa que había servido en las guerras de Polonia y Rusia, una enfermera escocesa, una conductora americana y el chófer español de sir George Young. En Dieppe les esperaban los dos hombres que se

---

1 Inglés, *Australians in the Spanish Civil War*, p. 112.

habían ocupado del traslado de la ambulancia y los vehículos de la unidad a través del Canal de La Mancha. La embajada británica en París les arregló los papeles y el grupo se encaminó a Perpiñán, donde se aprovisionaron de ruedas de repuesto y de reservas de mantequilla, «muy escasa en España».

Una vez en Cataluña la unidad británica se dirigió a toda prisa a Almería para llegar a su destino antes de que la ciudad cayera en manos franquistas. Morris describe el viaje en una carta que envió al periódico de Christchurch<sup>2</sup>:

Hicimos un largo viaje al Sur que duró todo el día, atravesamos Murcia y después de Cartagena proseguimos hacia Almería. Fueron 200 millas de campos áridos y colinas agrestes que recorrimos a gran velocidad, bajo un sol de justicia... Durante el camino vimos muchísimos refugiados que venían de Málaga – fardos patéticos sobre burros avanzando pesadamente por esta interminable carretera polvorienta. Llegamos a Almería por la tarde y nos encontramos todo a oscuras. La ciudad llevaba varios días sometida a intensos bombardeos tanto desde el mar como desde el aire. El enemigo se encuentra en Motril, a 70 millas de aquí, pero la siguiente gran ciudad en su camino es Almería. Desde que estamos aquí los bombardeos han cesado, así que no podemos quejarnos. Es extraño. Probablemente se trata de un fenómeno de causa y efecto. Franco sabe que estamos aquí. Sir G \_\_\_\_ Y \_\_\_\_ es un personaje demasiado conocido en Inglaterra para que le bombardeen deliberadamente<sup>3</sup>. Yo creo que espera poder evitar que este sitio se entregue a los rebeldes como pasó en Málaga, donde 8.000 personas fueron fusiladas.

La unidad de Morris se instaló en una «villa muy agradable... a unas cuatro millas de la ciudad... Cargamos un montón de cosas y, tras un descanso de tres días, nos mandaron a un pueblo que se encontraba a unas diez millas del frente, entre el mar y Sierra Nevada. Allí nos asignaron una casa que debía servir de hospital auxiliar al hospital militar base de Almería. Los españoles son bastante perezosos y necesitan mucha orientación en materia de hospitales. Nos llevó un día conseguir que nos dieran las llaves de la casa y otro día más acondicionarla. Luego se la dejamos a una unidad médica española procedente del frente.

Entonces a Morris le ofrecieron sumarse a la XIII Brigada Internacional (compuesta principalmente por europeos del Este) como enfermera jefe. Recorrió junto al resto del personal médico la distancia que le separaba de la Brigada que se encontraba cerca de la frontera portuguesa. Desde lo alto

---

2 Christchurch *Press*, 7 de mayo de 1937, p. 4.

3 Esta referencia a sir George Young aparece abreviada en el original probablemente debido a la censura de la guerra.

de una sierra, Morris y sus compañeros seguían las noticias de la batalla de Brunete en junio de 1937, mientras los republicanos luchaban por defender Madrid.

Después de unos pocos días en Almería hemos venido a parar a otro pueblo remoto situado en lo alto de una colina, a unas 60 millas. Aunque ahora no parece que haya muchos combates, podemos oír explosiones de cuando en cuando. Debemos estar a solo dos millas y media del frente. Este es un lugar bastante primario y sucio. Nos ha costado convertir esto en un hospital. Sir G\_\_\_\_\_ Y\_\_\_\_\_ se encarga de las negociaciones, que en España parecen interminables. Hemos levantado polvareda en muchos sentidos y ahora contamos con alojamiento decente para 20 hombres e incluso con un pequeño quirófano.

Ayer por la noche trajeron a 16 hombres, algunos heridos y el resto congelados. Estaban arriba en la sierra, en medio de la nieve... Ahora hay dos médicos españoles y sus camilleros. En unos cuantos días, cuando las cosas funcionen como es debido, creo que les dejaremos a ellos a cargo del hospital. Temo que los métodos de los españoles no me merecen demasiada consideración. A lo mejor no he tenido tiempo suficiente para valorarlos adecuadamente. Aquí apenas se conocen nuestras prácticas de enfermería [...]

Carretera arriba, una parte de la Brigada Internacional sostiene la línea del frente. Son voluntarios antifascistas procedentes de todos los países de Europa. No cabe duda de que son unos tipos excelentes. En todas partes han estado en lo más duro del combate y están muy bien organizados... Una vez vino un joven médico polaco a pedirnos suministros para su puesto de ambulancias que se encontraba a unas 10 millas, en otra ocasión fue un austriaco. Escuché rumores sobre un neozelandés en algún sitio pero todavía no le he visto». (Se trataría seguramente de William Macdonald, véase pág. 75).

«Era una de las pocas enfermeras de países occidentales que trabajaba con médicos españoles. A los heridos los traían directamente de los puestos de avanzada y se les operaba en condiciones improvisadas. Luego se les manda por carreteras secundarias a Madrid».

Unos meses después Morris regresó a Albacete, la base de las Brigadas Internacionales, con la intención de abandonar España. Lo consiguió solo tras aceptar «pasar unos documentos a través de los rigurosos controles fronterizos y entregarlos en la sede del Partido Comunista en París»<sup>4</sup>. Sin embargo, al poco tiempo se dio cuenta de que en España todavía quedaba mucho por hacer. En 1938 volvió para hacerse cargo de un hospital de niños en la ciudad

---

4 Elisabeth Ogilvie, «Spanish Civil War Nurse Finally Returns to her Christchurch Roots», *Christchurch Press*, 17 de diciembre de 1983.

de Murcia. El hospital dirigido por cuáqueros contribuyó a salvar la vida de muchos niños enfermos y muertos de hambre.

En Murcia, Morris coincidió con una compatriota, la enfermera Isobel Dodds (véase pág. 123), que llegó al hospital aquejada de una úlcera gástrica. Pasaron juntas dos semanas y más tarde Dodds recordaría lo bien considerada que estaba la enfermera de Christchurch. A principios de 1939, ante la creciente amenaza de las tropas nacionales, Morris fue evacuada a Francia, donde prosiguió su labor con los cuáqueros. En Perpiñán estuvo al frente de la oficina internacional que se encargaba de establecer campos para refugiados españoles, organizar abastecimientos de leche y facilitar educación y libros tanto a niños como a adultos.

Sin embargo, al año siguiente la propia Dorothy Morris pasó a convertirse en refugiada. En mayo de 1940 ante el avance de los alemanes sobre París se ordenó la evacuación de Francia de todo el personal británico. Tras una noche en la carretera Morris llegó a Burdeos donde se unió a la multitud que esperaba en los muelles para embarcar en dos buques que regresaban a Inglaterra procedentes de Sudáfrica. «Con una maleta en una mano y apretando una colchoneta bajo el otro brazo», Morris se hizo un sitio entre las otras 2.000 personas que habían subido a bordo. El barco solo llevaba cuatro botes salvavidas y cruzó el Canal seguido de cerca por un submarino alemán<sup>5</sup>.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Morris trabajó como asistente social en una fábrica textil y en 1945 entró a formar parte de la Administración de Ayuda y Rehabilitación de las Naciones Unidas, ayudando a refugiados de Alemania y Egipto<sup>6</sup>.

---

5 *Ibid.*

6 Rogers, *While You're Away*, pp. 195-96.

## GEOFFREY COX: EL CORRESPONSAL DE LA DEFENSA DE MADRID

---

*James McNeish\**

---



*Photo, Sir Geoffrey Cox collection*

*El flamante corresponsal de guerra Geoffrey Cox enviado a Madrid en el otoño de 1936 por el periódico británico News Chronicle. Cortesía de James McNeish.*

A finales del verano de 1936 el diario londinense *New Chronicle* encomendó a un novato periodista neozelandés hacerse cargo de la oficina de París, mientras el corresponsal titular disfrutaba de un permiso. El periodista neozelandés se llamaba Geoffrey Cox.

---

\* Escritor. Su producción literaria comprende más de veinte obras y piezas de teatro. Dos de sus novelas están relacionadas con voluntarios neozelandeses en la guerra civil. En *Dance of The Peacocks: Neozelanders in exile at the time of Hitler and Mao Tse-Tung* (2003), habla del joven reportero Geoffrey Cox durante el sitio de Madrid. En su biografía sobre Paddy Costello, *The Sixth Man* (2007) aparece Griffith Maclaurin. En 2010, el gobierno neozelandés le ha concedido el título de *Sir* por sus servicios a la literatura.

Se habían cumplido seis semanas desde el inicio de la guerra civil y Cox no tardó en verse atrapado por el rápido desarrollo de los acontecimientos en España. La situación parecía desesperada. Las fuerzas de Franco avanzaban rápidamente desde el sur, con el apoyo de Alemania e Italia. Ante la desigualdad de la lucha, Cox se colocó instintivamente del lado del Ejército Popular Republicano, mal equipado y apoyado solo por unos cuantos tanques rusos. Sintió la necesidad de involucrarse de alguna manera.

«¿Por qué no te vas como enviado de tu periódico?» le sugirió un día su amigo John Mulgan. Cox le contestó que era demasiado novato y que «de todas formas han enviado a Weaver»<sup>1</sup>. Denis Weaver era el corresponsal del *News Chronicle* en Madrid.

Sin embargo, tras diez días al frente de la oficina de París, el periódico pidió a Cox que se trasladara a los Pirineos, a San Juan de Luz, e intentase cruzar la frontera y acreditarse ante el departamento de prensa rebelde en Burgos, desde donde Franco planeaba marchar sobre Madrid.

Cuando llegó a San Juan de Luz, la ciudad balneario acogía a una mezcla inusual de refugiados españoles, diplomáticos en fuga y agentes de Franco. Entre estos últimos, Cox tropezó con un irlandés indómito que trató de hacerle desistir de su empeño. El *News Chronicle*, un periódico liberal de izquierdas y casi el único de Fleet Street que se manifestaba inequívocamente partidario de la República, era el que más disgustaba al General Franco. Haciendo gala de una ingenuidad increíble, Cox solicitó a la Junta su acreditación como periodista comprometiéndose a hacer todo lo posible por ser ecuánime y objetivo en sus crónicas. No solo fue rechazado, sino que además su solicitud apareció expuesta en la oficina de prensa de Burgos como prueba de la admisión por parte del *News Chronicle* de que su cobertura de la guerra en España era tendenciosa<sup>2</sup>. Cox regresó a Londres escarmentado.

Sin embargo, la inexperiencia también tiene sus ventajas. Unas semanas más tarde Geoffrey Cox llevaba un salvoconducto en el bolsillo e iba camino de Madrid como enviado oficial de su periódico. Tenía entonces 26 años.

Me enviaron a España porque era tan novato y poco importante que en la redacción pensaron que podían correr el riesgo de que me hicieran prisionero. Todos estaban convencidos de que el hombre del *Chronicle* en Madrid no tardaría en acabar en la cárcel en cuanto Franco se hiciera con el control del país. No querían perder a ninguno de sus periodistas estrella. Y de hecho,

1 James McNeish, *Dance of the Peacocks: New Zealanders in exile in the time of Hitler and Mao Tse-tung*, Vintage, Auckland, 2003, p. 95.

2 Geoffrey Cox, entrevista con James McNeish, Coln St Dennis, Gloucestershire, julio de 1999. (<http://cvc.cervantes.es/actcult/corresponsales/ppreston.htm>)

cuando el redactor jefe vino a comunicarme mi nuevo destino y me explicó que Denis Weaver había sido capturado por los moros y estaba desaparecido\*, se disculpó diciéndome: lo siento Geoffrey, me temo que te ha tocado<sup>3</sup>.

Sin embargo, a pesar de estar sitiado casi por completo y según la prensa londinense «al borde de la rendición», con el enemigo a sus puertas ocupando los barrios periféricos y la población al límite de su resistencia, Madrid no cayó en 1936.

La capital recibió a Cox a oscuras. Por fortuna, nada más llegar conoció a un periodista checo\*\* que le condujo a la Oficina de Censura situada en el edificio de Telefónica y le puso al tanto del funcionamiento de todo. Esa misma noche Cox redactó su primera noticia. Al día siguiente aparecía en la primera página de su periódico. Dos días después, el cuerpo de prensa abandonaba Madrid junto con el gobierno republicano rumbo a Valencia. Cox, demasiado inexperto para organizar su salida de la capital, se encontró de pronto en el centro de «la historia más apasionante del mundo». A partir de entonces, solo dos nombres aparecían en los despachos de prensa que salían de Madrid y recorrían el mundo en aquellos primeros días cruciales de la batalla: el de Geoffrey Cox era uno de ellos. De la noche a la mañana, había pasado de ser un don nadie a recibir la consideración de «corresponsal extranjero».

En aquellos momentos la posibilidad de transmitir noticias por radio era muy limitada. En 1936, la BBC no tenía corresponsales destacados y solo podía emitir su boletín diario de noticias a partir de las seis de la tarde. Esta situación se prolongó hasta el Anschluss, en marzo de 1938. Así pues, los enviados de prensa se quedaron con las primicias y con el glamour.

Cox se vio completamente absorbido por la situación. A pesar de los bombardeos, del grave riesgo que corría y del frío —los corresponsales comían con el abrigo puesto y se iban a la cama casi completamente vestidos—, el periodista describió el periodo que pasó en Madrid como el «mejor capítulo de mi vida»<sup>4</sup>.

---

\* (N. de la T.) Dennis Weaver fue capturado por tropas marroquíes mientras recorría la zona del frente entre El Escorial y Aranjuez en compañía de otro corresponsal extranjero. Les mantuvieron prisioneros durante cinco días bajo amenaza de muerte y finalmente les expulsaron a Francia (Paul Preston, «Los corresponsales extranjeros en la guerra civil española», Centro Virtual Cervantes).

\*\* (N. de la T.) El periodista era Jan Yindrich corresponsal de *United Press* (Paul Preston: Prólogo de *Defence of Madrid*, 2ª ed., Otago University Press, Dunedin, 2006, p. 8).

3 Entrevista a Cox, Londres 1970; véase también Geoffrey Cox, *Eyewitness: A memoir of Europe in the 1930s*, Otago University Press, Dunedin, 1999, pp. 203.

4 Entrevista a Cox, Gloucestershire, Junio 1999; véase también Geoffrey Cox, *Defence of Madrid: An eyewitness account from the Spanish Civil War*, Otago University Press, Dunedin, 2006, p. 182 («lo mejor que he conocido»).



«Las fuerzas gubernamentales consiguieron hacer retroceder a la infantería rebelde —moros, legionarios extranjeros y camisas negras». Una de las crónicas diarias de Cox al News Chronicle. Cortesía de James McNeish.

Como les pasó a muchos otros corresponsales extranjeros que cubrieron la guerra de España, llegó un momento en el que Cox dejó de ser un observador indiferente para convertirse casi en un participante, sea dicho esto en su favor. Si en aquel entonces la lucha en España sometía a prueba la conciencia de la época, Geoffrey Cox, un hombre de naturaleza poco emocional, fue el símbolo de esa conciencia. Denis Healey, futuro Secretario de Estado de Defensa inglés, tras leer las crónicas de Cox desde Madrid, escribió: «hasta ahora ninguna otra generación ha gozado de la misma certidumbre política»<sup>5</sup>.

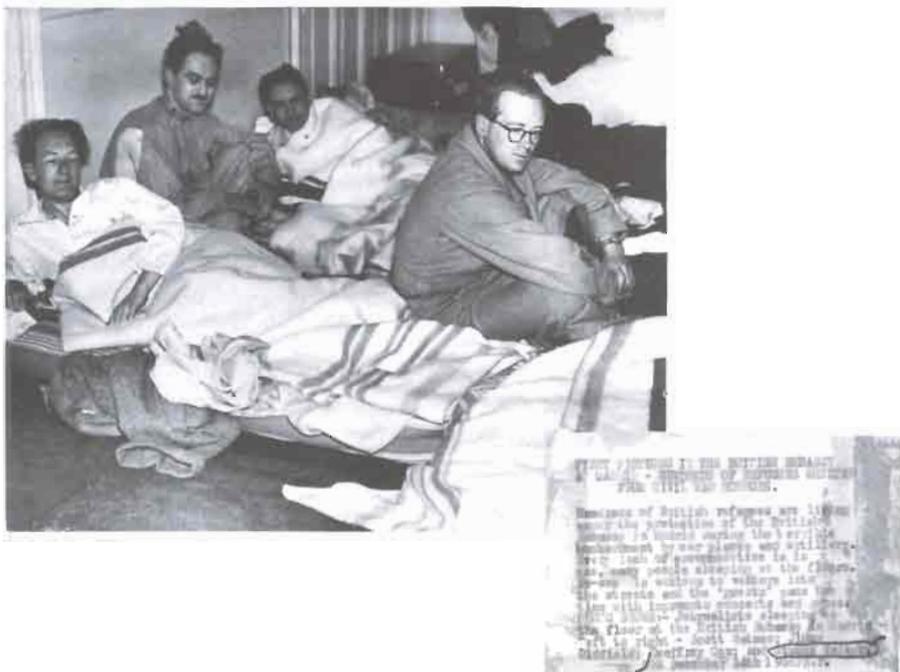
A su regreso a Londres, Cox recopiló sus experiencias en un libro titulado *Defence of Madrid* («La Defensa de Madrid»)\*, publicado en 1937 por la editorial Gollancz<sup>6</sup>. El libro tuvo una gran difusión y todavía continúa siendo un

\* (N. de la T.) El libro de Cox fue traducido y publicado en España en 2005 con el título «La Defensa de Madrid», Editorial Oberon.

5 Denis Healey, *The Time of My Life*, M. Joseph, Londres, 1989, p. 36.

6 Véase Lawrence Jones, versión neozelandesa «Kiwi Compañeros», Canterbury University Press, 2009, p. 241: ‘La obra más importante de la época de un escritor neozelandés».

trabajo de referencia para los historiadores. Ha sido reeditado recientemente por la editorial neozelandesa Otago University Press.



Cox (tumbado al fondo) junto con otros periodistas refugiados en la embajada británica en Madrid durante un bombardeo aéreo, 14 de diciembre de 1936. Biblioteca Alexander Turnbull, Wellington, NZ. ref. PAI-o-1181-10.

Leyendo hoy el libro, 70 años después de su aparición, lo que inmediatamente salta a la vista es la calidad de su prosa. Paul Preston en la introducción a la edición neozelandesa de 2006 dice: «*Defence of Madrid* es un magnífico ejemplo de cómo la República pudo captar las emociones y potenciar más que disminuir la capacidad del reportero para escribir de una forma gráfica y precisa»<sup>7</sup>. El libro también ha sido elogiado por su imparcialidad y objetividad. Sin embargo, este elogio merece ser matizado. En su libro, Cox relata una masacre perpetrada por los mercenarios de Franco en un hospital de Toledo: «Los moros fueron de sala en sala arrojando una granada en cada cama. Así fueron masacrados cuatrocientos hombres heridos»<sup>8</sup>. Sin embargo,

<sup>7</sup> Cox, *Defence of Madrid*, p. 11.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 64. Sin embargo, Cox se negó a suprimir un pasaje relativo a las atrocidades de los republicanos en Madrid, tal y como le pedía que hiciera el editor Gollancz.

esa masacre no tuvo lugar. La noticia era falsa. Cox cayó víctima de la propaganda y dejó de ser imparcial, permitiendo que la emoción distorsionara su relato. Hay que admitir que apenas hay más lapsus de este tipo en el libro.

Geoffrey Cox procedía de un entorno neozelandés bastante convencional. Su padre era banquero en Geraldine, una localidad rural de la Isla Sur de Nueva Zelanda. Sin embargo, una beca Rhodes en Oxford había permitido al joven Cox ampliar horizontes. También tuvo la oportunidad de visitar la Nueva Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin. Como escribió a su madre, estos viajes le hacían sentirse parte de la Historia. Katherine Mansfield solía decir que la gente que crece en pueblos pequeños y remotos acabaría por heredar la tierra. «En mi caso», decía Cox, «una infancia en Geraldine e Invercargill fue el caldo de cultivo perfecto para alentar una curiosidad insaciable»<sup>9</sup>.

Entre el grupo de los expatriados neozelandeses que estudiaron en Oxford y Cambridge en los años 30 se encontraban, además del propio Cox, James Bertram, Paddy Costello, Dan Davin, Ian Milner y John Mulgan. Todos ellos consideraban un deber ir a España. Sin embargo, al final el único que lo hizo fue Geoffrey Cox<sup>10</sup>. Cuesta imaginar su figura atildada con camisa y corbata en medio del sudor y la sangre de la capital, codeándose con aquel ejército del pueblo, cavando trincheras en las afueras al lado de obreros, tenderos, conductores; o junto a las mujeres, a principios de noviembre, preparándose para arrojar desde las ventanas aceite hirviendo al enemigo, cada vez más cerca. Pero todo está ahí en la elocuente prosa de Cox, en «La defensa de Madrid».

Al final del libro Cox rememora sus veranos estudiantiles en Nueva Zelanda, y compara el sentimiento de compañerismo que experimentó colaborando para sacar adelante una granja del interior, en unas condiciones muy adversas, con el espíritu de fraternidad que se respiraba en la atmósfera de Madrid. Calificó ese sentimiento como «lo mejor que he conocido»<sup>11</sup>. Cox presenció la llegada a la capital de los primeros voluntarios de las Brigadas Internacionales, dispuestos a plantar cara al enemigo común. Predijo que aquellos voluntarios bajo dirección comunista «llegarían a constituir una fuerza de propaganda y de lucha que tendría una gran influencia en el futuro de Europa».

9 Conversación telefónica, julio de 1998.

10 Paddy Costello vivía en Exeter, estaba recién casado y acababa de tener un hijo. Intentó ir a España y apoyar a la República, pero su mujer le hizo desistir de la idea. (James McNeish, *The Sixth Man: The extraordinary life of Paddy Costello*, Random House, Auckland, 2007, pp. 68-69). James Bertram se fue a China y pasó un invierno en el noroeste junto con el ejército revolucionario de Mao Tse-tung's enfrentado a los japoneses. Bertram declaró: «Aquí se trata de la misma causa» (McNeish, *Dance of the Peacocks*, pp. 127-28).

11 Cox, *Defence of Madrid*, p. 182.

Cox permaneció en la capital durante cinco semanas, desde finales de octubre hasta primeros de diciembre de 1936. Su posicionamiento político en «La defensa de Madrid» lo situó claramente en el campo comunista. No cabe duda de que su experiencia en España le afectó profundamente. En un momento dado, incluso llegó a considerar su afiliación al partido:

Poco después de volver a Londres, un periódico neozelandés me pidió que entrevistara a Pollitt, el Secretario General del Partido Comunista Británico. Le dije a mi mujer, Cecily: Si Harry Pollit me pide que me afilie, lo haré.

Cox añadió:

Pero no lo hizo. ¡Doy gracias a Dios porque no lo hiciera y por no haberme afiliado!<sup>12</sup>.

A pesar de que nunca llegase a ser miembro del Partido, Cox se mantuvo firme en su compromiso con la izquierda durante todo el periodo que duró la contienda española.

Sobrevino entonces otra guerra... y otro libro, y se produjo el primer viraje de Cox hacia el centro.

En noviembre de 1939, la Unión Soviética, sin mediar provocación alguna y sin previo aviso, invadió Finlandia, dando comienzo a la Guerra de Invierno. De nuevo, Cox se encontraba en el centro de la noticia, esta vez como corresponsal del *Daily Express*, el popular periódico de Lord Beaverbrook. Cox cubrió la guerra de principio a fin y acabó apoyando a los finlandeses que —milagrosamente, como él mismo escribió— consiguieron mantener a raya al Ejército Rojo durante los tres primeros meses. Una vez más, Cox, que para entonces se había convertido en un reportero aguerrido, se reveló como un testigo clave de los acontecimientos.

Tras finalizar la guerra de Finlandia, escribió *The Red Army Moves*. El libro está escrito en el estilo preciso y honesto de Cox. Sin embargo, esta vez el periodista se aleja de su posición pro-soviética de Madrid y condena la brutalidad del ataque ruso. Como era de esperar, *The Red Army Moves* fue muy mal recibido por los comunistas y sus compañeros de viaje socialistas. La propaganda soviética y sus simpatizantes en Gran Bretaña y Norteamérica justificaban la invasión rusa de Finlandia como forma de liberar al pueblo de la opresión del gobierno de derechas del Presidente Mannerheim. No tenían

---

<sup>12</sup> Entrevista a Cox, Standish, Gloucestershire, mayo 2005.

razón. Como Cox escribió, el pueblo finlandés luchó en aquella guerra «en cuerpo y alma»<sup>13</sup>. La izquierda no solo condenó su libro sino que también arremetió contra el periodista en el terreno personal. Como resultado, Cox perdió a casi todos sus amigos de izquierdas.

La Guerra de Invierno de noviembre de 1939 se produjo a renglón seguido del pacto nazi-soviético, la invasión de Polonia por Alemania y la declaración de guerra de Inglaterra y Francia contra Alemania. Eran momentos para la introspección, momentos de enorme confusión política y desgarró para los comunistas, izquierdistas y progresistas de todo el mundo.

Cox realizó la siguiente reflexión:

Era consciente de que en España había sido un testigo clave, y de que, por el contrario, en *The Red Army Moves* estaba sosteniendo que los soviéticos se equivocaban. Por eso en el libro intenté ser muy minucioso. Después de mi experiencia en España no me convertí en un comunista, pero seguía siendo un hombre del Frente Popular; estaba muy satisfecho de apoyar a los soviéticos en contra de los nazis. Entonces sobrevino aquel golpe inesperado [el pacto nazi-soviético]. ¿Qué es lo que había detrás? Me hacía esa pregunta y recuerdo una conversación sobre ello con Dick Campbell [Jefe Adjunto de la Embajada de Nueva Zelanda en Londres]. «Henos aquí en la guerra» le dije «¿Pero se trata de una guerra antiimperialista, como dicen? Veo casi imposible estar en el mismo lado que un apaciguador como Chamberlain. ¿Tengo que oponerme a la guerra?». Sin un momento de duda, Dick me dijo que no. Tenía razón. Tardé dos días en desechar la idea antiimperialista. Para mí, la ruptura no llegó con lo de Finlandia, sino con la oposición del Partido Comunista a la guerra contra Alemania. Lo que terminó de convencerme definitivamente fue la ocupación de Polonia por los rusos... La guerra finlandesa no hizo más que reforzar mis ideas<sup>14</sup>.

El dilema de Cox era comprensible. Y también el desconcierto y la rabia de sus amigos de izquierdas:

Uno tiene que digerir el hecho de haber desarrollado un amplio sentimiento de camaradería. Aquellos que siguieron militando en la izquierda no solo me consideraron un enemigo, sino un enemigo peligroso, porque les conocía bien y sabía de qué pie cojeaban. Me vilipendiaron, algunos con verdadera saña. Intentaban desesperadamente discernir si los rusos eran de verdad los malos de la película, se pusieron a prueba sus lealtades. Estaban desolados

<sup>13</sup> Cox, *EyeWitness*, p. 275.

<sup>14</sup> Entrevista a Cox, Coln St Dennis, June 1999.

por lo de Finlandia. Recuerdo a mi amigo inglés Philip Jordan diciéndome «cuando has roto con la izquierda, no solo has roto políticamente, sino también personalmente»<sup>15</sup>.

Probablemente, el proceso de distanciamiento con la línea del Partido fuera más penoso para Cox y le llevara más tiempo de lo que está dispuesto a reconocer. Cualquiera que haya leído a Koestler sabe lo difícil que es abandonar una fe. Arthur Koestler, procedente de una sólida familia burguesa, se aferró al partido como el naufrago se aferra a un tablón —«Ya no estaba solo; había encontrado la cálida camaradería tanto tiempo anhelada»<sup>16</sup>— y luego, tras las purgas y ejecuciones de muchos de sus amigos, siguió negándose a reconocer la evidencia de sus emociones, a aceptar la inhumanidad del régimen de Stalin y romper con él.

Durante los años 1939 y 1940, desde París como base de operaciones, Cox apenas estuvo ausente de la primera página y sobrevivió a varios roces con la muerte antes de alistarse y convertirse en el oficial de inteligencia del general Freyberg en la Guerra del Desierto.

Cox había sido testigo y participante de uno de los periodos más trascendentales de la historia europea y poseía unos conocimientos verdaderamente enciclopédicos. También tenía una habilidad especial para retratar a una persona con una frase breve y gráfica. Sin embargo, era un tanto reticente y críptico sobre sí mismo. La guerra civil española había significado para Geoffrey Cox lo mismo que la Revolución rusa de 1917 para Isaiah Berlin o la Alemania de 1933 para Denis Healey: el acontecimiento más importante de su vida. Pero, en contraste con los otros, para los que un atisbo de la historia había desencadenado una transformación decisiva y permanente —la aversión de Isaiah Berlin hacia la tiranía soviética le convirtió en un anticomunista militante, mientras que en el caso de Healey fue un encontronazo con el nazismo lo que hizo de él un socialista para siempre— Cox, eterno testigo de primera mano, mantuvo sus opciones y lealtades abiertas.

Su progresivo alejamiento de la tentación totalitaria se puso de manifiesto durante un encuentro en 1941 con su compatriota Paddy Costello, lingüista y simpatizante comunista. Ambos coincidieron navegando hacia Oriente Medio a bordo de un buque de transporte de tropas. Cox era en aquel entonces un oficial subalterno y Costello un soldado de primera. En ese momento, Paddy Costello era uno de los pocos miembros de la División neozelandesa que

---

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> Arthur Koestler, *The Invisible Writing: Being the second volume of Arrow in the blue, an autobiography*, Collins, Londres, 1954, p. 25.

habían leído algo del periodista. Le saludó y le felicitó por la reciente publicación de su libro *The Red Army Moves*. Acto seguido comenzó a criticarle por sus opiniones antisoviéticas. Ambos se enzarzaron en una discusión<sup>17</sup>. Fue el comienzo de una polémica que se mantuvo durante toda la guerra allí donde la pareja se encontrase: Costello, el marxista comprometido; Cox, el escéptico que había estudiado el marxismo y cuestionaba todo lo que el otro decía. A pesar de sus diferencias, entre ellos nació una cierta amistad y cuando, mediada la guerra, enviaron a Cox a Washington a un puesto diplomático, Costello le sucedió como oficial de inteligencia de Freyberg. Siguieron manteniendo una correspondencia amistosa. Sin embargo, según Cox, desconfiaban políticamente el uno del otro. Cuando finalizada la guerra se encontraron de nuevo en Londres, las discrepancias eran mayores que nunca. Al recordar aquellos debates de la guerra, Cox describe la relación con Costello, como una relación de «antagonismo»<sup>18</sup>.

Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, Cox se instaló en Hampstead y retomó su carrera de periodista en Londres.

Fue en 1958 cuando, siendo yo un joven periodista recién llegado a Londres desde Nueva Zelanda en busca de trabajo, conocí a Geoffrey Cox. Él era una eminencia de aspecto adusto y ademán resuelto. Dirigía una pequeña cadena de televisión comercial que en aquel entonces andaba a la búsqueda de nuevos presentadores. Cox convirtió a algunos de ellos en estrellas populares de los hogares británicos. En aquella época la televisión estaba todavía en pañales. Como reconocimiento a los servicios prestados en los medios de comunicación, concedieron a Cox el título de *Sir*:

En ese momento, yo no estaba al corriente de la apuesta de Cox, de cómo tres años antes y con el nombramiento de editor adjunto de un diario de Londres en el bolsillo (y un sueldo nada despreciable), había abandonado inopinadamente el periódico y había adquirido una cadena de televisión moribunda, a la que los expertos no auguraban más de unos pocos meses de vida. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario.

Cox convenció en primer lugar a los anunciantes para prorrogar sus contratos en los Estudios Kingsway de la *Independent Television News (ITN)*. Luego, sin apenas recursos, fue pionero en la utilización de imágenes para dar soporte a las noticias revolucionando el periodismo televisivo. Para Cox, supuso un cambio radical en muchos sentidos. No se trataba solo de pasar de la tinta a las imágenes; también significaba dejar de jugar en solitario para pasar a hacerlo en equipo, pasar de denunciante a editor, de ser un activista a

17 Entrevista a Cox, Coln St Dennis, junio de 1999.

18 Entrevista a Cox, Standish, 2005.

presidir una sala de juntas. Cox habla sobre ello en su libro *See It Happen*, el eslogan que utilizó *ITN* para hacerse un nombre en Gran Bretaña y Europa.

En todo caso, todavía en 1958, Cox se consideraba un «radical independiente»<sup>19</sup>. Podía decirse que mantenía más o menos la misma postura poco comprometida que había adoptado tras la guerra de Finlandia, veinte años atrás. Así es como yo siempre lo veía, independiente, cada vez que nos volvíamos a encontrar en Inglaterra, en estudios o en cafés, en su casa de los Cotswolds, en el pueblo de Coln St Dennis o en su club de Londres. Seguía siendo fundamentalmente, un liberal, al margen de cualquier línea de partido, esencialmente el mismo hombre de siempre. Es posible que se hubiera convertido en uno de los mandamases, pero guardaba sus señas de identidad. Como dijo una vez Dan Davin: «No cabe duda de que Geoffrey Cox no es inglés. Lleva los trajes demasiado bien planchados»<sup>20</sup>. Cox siempre mantuvo su pasaporte neozelandés y una curiosidad viva por lo que pasaba en su país de origen. Se reía con facilidad, parecía estar exento de los prejuicios que caracterizaban a la clase alta británica y aunque ya no lucía en la manga la etiqueta de la librería de izquierdas de Victor Gollancz, seguía siendo —por lo menos para mí— un hombre muy alejado del clásico conservador. Qué equivocado estaba.

No caí en la cuenta hasta el verano de 1999. Estábamos charlando en su casa, cuando Geoffrey se levantó y salió de la habitación para preparar un café. Mientras le esperaba cogí al azar un periódico y vi que era el *Daily Telegraph* de ese día. Lo dejé sobre la mesa y me puse a buscar otra cosa. Para mi sorpresa, la única lectura que parecía haber en aquella sala, que de repente se me antojaba espartana y carente de personalidad —desde el fallecimiento de su mujer unos años atrás, Geoffrey vivía solo— eran publicaciones de la prensa de derechas de Murdoch y similares. Descubrí que el cambio se había producido en 1964, cuando Cox rompió con el patrón de voto de toda su vida. Durante 30 años había votado a los laboristas o liberales. En 1964 votó conservador por primera vez según confiesa en unas memorias recién publicadas. *Eyewitness*<sup>21</sup>: «He seguido votando a los conservadores desde entonces. Al principio, con poco convencimiento. En cuanto Margaret Thatcher entró en escena y se convirtió en líder del Partido Conservador, lo hice con verdadero entusiasmo». Cox, que había pertenecido a la generación más roja y radical de la historia de la universidad británica, había roto de forma irrevocable con sus antiguas ideas.

---

19 Cox, *Eyewitness*, p. 281.

20 McNeish, *Dance of the Peacocks*, p. 343.

21 Cox, *Eyewitness*, p. 280.

Uno recuerda la frase de Eric Hobsbawm: «las creencias de los izquierdistas de mi generación [de Oxbridge] son para toda la vida»<sup>22</sup>; o la de James Bertram: «una vez que te has pasado a la izquierda es difícil volver a la derecha»<sup>23</sup>, y se imagina que para muchos la conversión de Cox fue algo difícil de digerir.

En el epílogo de sus memorias, Cox menciona su desilusión con el socialismo y la propiedad pública en Inglaterra, las huelgas lideradas por comunistas y su oposición, como negociador laboral de la *ITN*, al «sindicalismo desenfrenado» del líder minero Arthur Scargill. Cox creía que la industria británica estaba siendo sabotada siguiendo la idea marxista de que, puesto que el sistema capitalista estaba de todas formas condenado, cualquier cosa que se hiciera por acelerar la decadencia era positiva<sup>24</sup>.

El gran logro periodístico de Geoffrey Cox fue conservar la cabeza fría y mantener la objetividad a la hora de dar una noticia. Dedicó su vida de reportero a decir la verdad, tal y como la veía, sin sucumbir a las modas y a los «ismos» del momento. Cuando se retiró de *ITN* en 1978 dejó como legado un equipo de editores y periodistas fervientes defensores de la imparcialidad.

En el terreno personal, Cox había primero adoptado y luego rechazado furiosamente un credo ideológico, el socialismo totalitario, que llegó a profesar un tercio de la humanidad. No sé lo que ahora pensaría, en el post Thatcherismo, en el post comunismo, y en la era del nuevo laborismo de Blair-Brown. Como venía a decir Cavafis en su poema sobre los bárbaros, «respuestas» no hay ninguna. A lo más que podemos aspirar es a «alguna forma de solución».

Madrid, ciudad de la que Cox podría hablar indefinidamente, sigue representando un momento determinante de su vida. Volvió solo una vez desde 1936.

En cuanto al socialismo, escribió que simplemente «fue una vía que valía la pena explorar»<sup>25</sup>.

Sir Geoffrey Cox falleció en abril de 2008, mientras se preparaba la edición neozelandesa de este libro.

22 Entrevista de Eric Hobsbawm, con James McNeish, Londres, 2005.

23 Entrevista de James Bertram con James McNeish, Wellington, 1989.

24 Cox, *Eyewitness*, p. 280.

25 *Ibid.*

## PETER RUSSELL: EL ESPÍA DE OXFORD\*

---

*Mark Derby*

---



*Peter Russell (de pie, segundo por la izquierda), académico y espía, «el hombre más apuesto de Oxford», en 1949 junto a otros miembros del órgano rector del Queen's College de la Universidad de Oxford. Fotografía reproducida con el permiso del Consejo rector del Queen's College.*

La participación en la guerra civil española de este académico y antiguo espía nacido en Nueva Zelanda no llegó a ser conocida por el gran público hasta después de su muerte, acaecida a mediados del 2006, a la edad de 92 años<sup>1</sup>.

---

\* (N. de la T.) Peter Russell da vida al personaje Peter Wheeler en la novela «Tu rostro mañana» (1-3), de Javier Marías (Alfaguara, 2002).

1 La siguiente información procede de notas necrológicas publicadas en los periódicos británicos: *The Independent* (5 de julio de 2006), *Telegraph* (10 de julio de 2006), *Times* (14 de julio de 2006) y *Guardian* (22 de agosto de 2006).

Peter Russell nació en 1913 en Christchurch. Su abuelo materno, Thomas Russell, fue un hombre de negocios muy conocido en los primeros tiempos de la colonia neozelandesa. Abogado, especulador inmobiliario, y uno de los fundadores del Bank of New Zealand. Defendió la confiscación de tierras a los maoríes que se habían enfrentado al gobierno de Nueva Zelanda y adquirió miles de hectáreas en el distrito de Waikato que había pertenecido a una tribu maorí. Thomas Russell tuvo siete hijos. Una de sus hijas, Rita, se casó con un oficial del ejército británico llamado Bernard Wheeler y tuvieron dos hijos. Peter Russell era uno de ellos. Rita y Bernard se divorciaron y ambos niños adoptaron el apellido materno\*.

Russell cursó sus estudios de lenguas española y francesa en la Universidad de Oxford. Conoció a muchas figuras destacadas de la España republicana, entre ellas al poeta Federico García Lorca. Tras finalizar su licenciatura, prosiguió sus estudios de Historia y acabó formando parte del profesorado de ese departamento en Oxford.

Durante sus viajes por Europa Russell se había percatado del peligro que entrañaba el fascismo. El servicio secreto británico lo reclutó a mediados de los años 30 y lo envió a España durante la guerra civil. Una vez allí y con el pretexto de participar en viajes de grupos de estudiantes universitarios y de llevar a cabo investigaciones académicas, pudo dedicarse, entre otras cosas, a espiar los movimientos de los buques de guerra franquistas. Esta misión casi le cuesta la vida. En las islas Cíes fue arrestado por la Guardia Civil mientras fotografiaba el crucero «Canarias», uno de los pocos buques de guerra que no habían permanecido leales al gobierno republicano. Fue interrogado por dos oficiales alemanes de las SS y finalmente liberado, al parecer, por orden directa de Franco. Al día siguiente se vio obligado a abandonar España cruzando a Portugal a través del puente internacional de Tuy. Años después, cuando en alguna conversación alguien mencionaba a Franco Russell solía contar cómo llegó a deberle la vida al dictador militar.

Russell también estuvo involucrado en los planes de ocupación británica de las Islas Canarias en caso de que Franco permitiera el paso de los alemanes hasta Gibraltar. En 1940 contribuyó al embarque de los duques de Windsor, proclives a Hitler, en Lisboa con destino a las Bahamas, donde pasaron el resto de la Segunda Guerra Mundial como gobernadores. Según parece, Russell iba provisto de un arma que debía utilizar ante cualquier resistencia ducal al embarque.

---

\* (N. de la T.) Información facilitada por el autor con posterioridad a la publicación de la edición neozelandesa.

En diciembre de 1940 entró al servicio del Cuerpo de Inteligencia y recibió adiestramiento en el MI5. En 1942 le nombraron director de seguridad en Jamaica, donde sus funciones abarcaban desde revisar las bodegas de los barcos que atracaban en Kingston hasta identificar a posibles agentes alemanes. El último destino de Russell fue el Lejano Oriente, en 1944. En Ceilán prestó uno de los servicios más destacados de su carrera durante la guerra. Gracias al descubrimiento de las claves de cifra de los japoneses, el MI5 desenmascaró a un agente indio nacionalista reclutado por los japoneses para llevar a cabo operaciones en Ceilán. Bajo amenaza de muerte, el aspirante a agente se avino a colaborar transmitiendo cualquier información que los británicos considerasen oportuna.

Russell abandonó el MI5 en 1946 con el grado de teniente coronel. Comenzó entonces una larga y distinguida carrera como profesor, académico y escritor, y durante 28 años ocupó la cátedra Alfonso XIII de la Universidad de Oxford. Se le concedió el título de *Sir* en 1995.



## ROBERT MACINTOSH: UN ANESTESISTA EN EL BANDO FRANQUISTA

---

*Mark Derby*

---



*Robert Macintosh (segundo por la derecha) y Josep Trueta (extremo derecha) vestidos de etiqueta junto con otros tres profesores, celebran con champán sus nombramientos Nuffield de medicina en 1949. Trueta y Macintosh sirvieron en la guerra civil española aunque en lados opuestos. Luego mantendrían una duradera y estrecha amistad. (Esta fotografía es una reproducción tomada de «Surgeon in war and peace - the memoirs of Josep Trueta» de Josep Trueta, traducida del catalán por Meli y Michael Strubell y publicada por Victor Gollanez, 1980. Todo intento de localizar al propietario de los derechos de autor de esta imagen ha sido infructuoso)\*.*

Que se sepa, Robert Macintosh es el único médico neozelandés que colaboró con las fuerzas de Franco en la guerra civil.

---

\* Esta foto, así como la información sobre la relación entre R. Macintosh y J. Trueta no corresponde a la edición original. Ha sido facilitada por el autor con posterioridad a la publicación de la edición neozelandesa.

Nació en la localidad de Timaru, en la Isla del Sur, en 1890 y sus padres le pusieron el nombre maorí de Rewi Rawhiti (en aquella época estaban de moda los nombres maoríes aunque no se tuviera ascendencia maorí)\*. Rewi pasó la mayor parte de su infancia en Argentina, donde su padre era el editor del *Buenos Aires Herald*, y allí Macintosh tuvo la oportunidad de aprender español. Regresó a Nueva Zelanda a tiempo para cursar los estudios de secundaria en el instituto Waitaki Boys High. En 1915 decidió embarcarse hacia Gran Bretaña para participar en la Primera Guerra Mundial. Fue en este periodo cuando cambió su nombre maorí por el de Robert. Se enroló en la fuerza aérea y fue derribado y hecho prisionero en 1917. Tras protagonizar varios intentos infructuosos de fuga, pasó el resto de la guerra en campos de prisioneros.

De nuevo en Inglaterra, Macintosh se licenció en medicina y estuvo ejerciendo en Gran Bretaña y en Estados Unidos. En febrero de 1937 ocupó la primera Cátedra Nuffield de Anestesiología de la Universidad de Oxford<sup>1</sup>. Ese mismo año, Macintosh recibió una invitación de las autoridades médicas franquistas para prestar sus servicios en España. La invitación le llegó a instancias de su buen amigo Eastman Sheehan, un cirujano plástico norteamericano que entonces colaboraba con los servicios médicos de Franco. Sheehan estaba teniendo muchas dificultades para tratar heridas faciales debido a problemas con la anestesia y pensó que Macintosh podría echarle una mano<sup>2</sup>.

Macintosh permaneció en España durante el otoño de 1937, desde principios de octubre hasta principios de noviembre. Más tarde escribió: «No les dije que sabía español, para así poder conseguir la mayor cantidad posible de información». Por lo tanto y sin que todavía se tengan claras las razones que le impulsaron a ello, se solía comunicar en un mal francés o a través de intérpretes. Como antiguo piloto, cabe señalar el especial interés de Macintosh por las fuerzas aéreas de Franco y sus defensas antiaéreas, sobre las que realizó numerosos apuntes y anotaciones<sup>3</sup>. Se conservan unas notas de un viaje que realizó desde Vitoria a Zaragoza, cuyo nivel de detalle hace asomar la sospecha de que sus actividades en España no se limitaban al campo médico:

---

\* (N. de la T.) Este detalle sobre el nombre maorí de Macintosh fue facilitado por el autor con posterioridad a la publicación de la edición neozelandesa.

1 *Anaesthesia News*, Número 241, agosto de 2007, pp. 29-30.

2 C. Hervás y M. C. Unzueta, «Robert Macintosh and the Spanish Civil War: A new perspective», en José Carlos Diz, A. Franco, Douglas R. Bacon, J. Ruprecht, Julián Álvarez (eds.), *History of Anaesthesia*, Elsevier, 2002, pp. 411-283.

3 *Ibid.*, pp. 412, 415.

Durante el trayecto pasamos dos aeródromos. Es de destacar el hecho de que las máquinas no estuvieran en hangares, sino camufladas de forma que se confundieran con el terreno. Se encontraban aparcadas alrededor de todo el aeródromo, conservando una distancia entre ellas de 30 o 40 yardas, de forma que si una bomba caía cerca solo dañase a una o dos. Todos los aviones son alemanes o italianos, lo mismo que los pilotos, salvo algunos pocos españoles. Las metralletas antiaéreas son todas alemanas<sup>4</sup>.

Esta detallada descripción contrasta con sus notas breves y más bien vagas a propósito de su labor de anestesista.

Trabajó sobre todo en hospitales de Zaragoza, Vitoria y San Sebastián. En el hospital musulmán de Zaragoza trató a soldados marroquíes. También visitó diversas regiones de la zona nacional, todas ellas alejadas del frente, donde la vida «normal» seguía su curso aparentemente ajena a la guerra. En una única ocasión Macintosh experimentó un bombardeo aéreo en Zaragoza. El episodio le llevó a realizar la siguiente observación:

El mayor desastre de un bombardeo aéreo se produce cuando la bomba cae sobre un adoquín de piedra. Es tan duro que la bomba se fragmenta y las esquirlas salen despedidas en todas direcciones, provocando enormes destrozos en cualquier cosa que se encuentre en un radio de cien yardas de distancia...<sup>5</sup>.

A Macintosh le llamó la atención una enfermería instalada en una plaza de toros; a su juicio, uno de los pocos establecimientos médicos bien equipados y bien organizados. También le impresionó el nivel de disciplina y orden que se observaban en la zona nacional. Al mismo tiempo, le resultaba sorprendente el grado de control religioso y la imposición de una estricta moralidad. Le irritaba la habitual falta de puntualidad de los españoles, incluyendo a médicos que estaban supuestamente a cargo de operaciones. Finalmente, Macintosh también encontraría dificultades con los pacientes musulmanes debido a su oposición a las amputaciones por motivos religiosos<sup>6</sup>.

Según las notas de Macintosh, los nacionales adolecían de falta de equipo y material médico básico. Muchos de sus profesionales habían abandonado la zona republicana dejando tras de sí su instrumental. También se quedó estupefacto ante la falta de higiene en algunos quirófanos. Macintosh tuvo que diseñar nuevos equipos de anestesia y desarrollar técnicas capaces de dar respuesta a los desafíos que la guerra de España planteaba a la cirugía.

---

4 *Ibid.*, p. 415.

5 *Ibid.*, p. 413.

6 *Ibid.*, p. 414.

Se trataba de sacar el mayor partido posible a un material rudimentario y dar con soluciones eficaces en unas condiciones de trabajo bastante penosas. Sus esfuerzos corrían paralelos a los de su compatriota Doug Jolly (véase pág. 111) y de otros médicos que afrontaban problemas similares en el lado republicano<sup>7</sup>. Sin embargo, Macintosh y sus colegas no tuvieron que hacer frente en la zona nacional al peligro añadido que representaban los bombardeos aéreos, una experiencia común entre los equipos sanitarios republicanos.

En 1939 Macintosh publicó un artículo resumiendo su experiencia práctica en España. Al igual que en el caso de Jolly, los británicos enseguida aplicaron las técnicas desarrolladas por Macintosh en el campo de la anestesiología. En concreto, el neozelandés presentó en Oxford un nuevo vaporizador que el ejército británico adoptó para uso militar<sup>8</sup>.

Durante la Segunda Guerra Mundial Macintosh inauguró un curso intensivo de formación para anestelistas que siguió funcionando hasta 1951. A lo largo de su carrera, realizó importantes aportaciones al campo de su especialidad, contribuyó a la formación de enfermeras y colaboró en el desarrollo de un pulmón de acero para los enfermos de polio. Le concedieron el título de *Sir* en 1955<sup>9</sup>.

Franco le condecoró con la Cruz al Mérito Militar de segundo orden como recompensa a su trabajo. Sin embargo, no parece que Macintosh fuera un gran simpatizante de la causa rebelde. (Años después de la guerra, Macintosh se convirtió en gran amigo del prestigioso cirujano catalán Josep Trueta, firme partidario de la República. Ambos médicos coincidieron en Oxford, ocupando las cátedras Nuffield de Anestesiología el primero y de Cirugía el segundo).

Según sostiene su familia, la participación de Macintosh en el conflicto español obedecía a razones puramente humanitarias y más tarde ofreció sin éxito sus servicios al lado republicano, lo que, de ser cierto, demostraría bastante ingenuidad política por parte de Macintosh. También queda sin resolver la cuestión relativa a su posible implicación en labores de inteligencia para los británicos. Cualesquiera que fuesen sus motivos, Macintosh sigue siendo uno de los pocos neozelandeses que sirvieron a la causa de Franco durante la guerra civil española<sup>10</sup>.

7 *Ibid.*, p. 418; *Anaesthesia News*, Número 241, agosto de 2007, p. 30.

8 Hervás y Unzueta, «Robert Macintosh», p. 417.

9 *Anaesthesia News*, Número 241, agosto de 2007, p. 30.

10 Hervás and Unzueta, «Robert Macintosh», p. 418; Michael O'Shaughnessy, Seminario, 5 de noviembre de 2006.

**TERCERA PARTE:  
VOLUNTARIOS QUE EMIGRARON  
A NUEVA ZELANDA TRAS LA GUERRA CIVIL**

---



## GREVILLE TEXIDOR Y WERNER DROESCHER: ESCRITORES Y MILICIANOS ANARQUISTAS

---

*Farrell Cleary<sup>1</sup>\* y Mark Derby*

---



*Werner Droscher, profesor anarquista de origen alemán, en su casa de Auckland veinticinco años después de la guerra civil. Cortesía de Toby Boraman.*

Rosamunda Droscher, hija de Greville Texidor y Werner Droscher, aventura que su madre puede ser la única mujer que dejara constancia escrita, en inglés, de su experiencia al servicio de las milicias durante la guerra

---

1 Quiero expresar mi agradecimiento a Rosa Droscher por haberme facilitado información y documentos sobre sus padres; a Cristina Patterson, hija de Greville Texidor y Manuel Texidor, por permitirme compartir fotos de Greville Texidor; a Oliver Slay, nieto de Manuel Texidor, por haberme facilitado esas fotografías; y a Toby Boraman, con quien ha sido un placer colaborar en el estudio del movimiento anarquista en Nueva Zelanda.

\* Farrell Cleary enseñó inglés en Barcelona durante 1978-1982. Aprendió catalán y se dedicó al teatro callejero. Reside en Auckland.

civil española. Al final de este capítulo, Rosamunda describe las vicisitudes del manuscrito titulado *Notebook of a Militia Woman* («Cuaderno de una miliciana») descubierto algunos años después de la muerte de su madre.

A su vez, Werner Droescher recogió su paso por las milicias anarquistas en un libro de memorias publicado en alemán en 1976 bajo el título *Odyssee eines Lehrers* («Odisea de un profesor»), del que luego escribiría una versión inglesa, todavía inédita.

Tanto Texidor como Droescher emigraron a Nueva Zelanda después de la guerra civil. Droescher adquirió la nacionalidad neozelandesa y pasó los últimos años de su vida en su tierra de adopción. Texidor permaneció en el país solo ocho años, pero ese tiempo fue decisivo para consolidar su reputación literaria como escritora neozelandesa. En un país de inmigración como lo es Nueva Zelanda, Droescher y Texidor podrían ser considerados neozelandeses con tantos argumentos como Geoffrey Cox o Dan Davin.

Greville Texidor nació en Wolverhampton, al norte de Birmingham, en 1902. Era hija de un abogado y de una artista nacida en Nueva Zelanda llamada Editha Greville Prideaux. La juventud de Greville transcurrió en un ambiente bohemio en el que tuvo la oportunidad de conocer a escritores y artistas como D. H. Lawrence, Stanley Spencer y Augustus John. Antes de cumplir los 20 años se unió como bailarina al grupo de coristas de las «Bluebell Girls», que realizaban actuaciones en todo el mundo.

Greville se casó en 1929 en Buenos Aires con Manuel Maria Teixidor i Catasús. La pareja viajó a Barcelona y acabó instalándose en Tossa de Mar, en la Costa Brava. Allí Greville mantuvo un apasionado romance con un joven alemán, Werner Droescher. En 1935 se separó de su marido y al año siguiente obtuvo el divorcio al amparo de la nueva ley promulgada por la República.

Werner Otto Droescher nació en Karlsruhe, Alemania, en 1911. Antinazi comprometido, su país se le hizo insoportable ante el imparable ascenso de Hitler y en 1933 decidió emigrar a España. Ejercía de profesor de alemán cuando conoció a Greville Texidor. El estallido de la guerra civil les sorprendió viviendo juntos en Tossa de Mar. En ese momento Droescher estaba planeando trasladarse a Barcelona para proseguir sus estudios, pero en cuanto llegó a la ciudad se enroló en una unidad del POUM.

La unidad fue movilizada al frente de Aragón para apoyar a las milicias republicanas que intentaban liberar Zaragoza. El grupo de Droescher era una isla de poumistas rodeada de un mar de cenetistas. Al cabo de cierto tiempo, se unieron a la Segunda Columna dirigida por el anarquista Antonio Ortiz<sup>2</sup>.

2 Werner Droescher, «Towards an Alternative Society», manuscrito, 1978, p. 57, Biblioteca de la Universidad de Auckland. La versión alemana, *Odyssee eines Lehrers*, se publicó en Munich en 1976 por Hirthammer.

Un poco más al norte se encontraba la Primera Columna comandada por Buenaventura Durruti quien, al poco tiempo, hallaría la muerte en la defensa de Madrid.

Tras un periodo de estrecha convivencia con los anarquistas, Droescher inició su conversión a la causa, desde la admiración primero hasta el firme compromiso que luego mantendría durante toda su vida:

Aquello no fue un mero descubrimiento, fue una verdadera experiencia vital. En la forma de vida de los anarquistas encontré todo lo que había echado en falta entre los comunistas: una verdadera conducta social por parte del individuo, una forma de organización en la que todos se consideraban libres pero en la que voluntariamente aceptaban establecer límites a esa libertad<sup>3</sup>.

Para entonces, superando enormes obstáculos Texidor había conseguido reunirse con Droescher en el frente<sup>4</sup>. La pareja se sumó a una centuria anarquista con base en las proximidades de La Zaida, procedente de Barcelona y conocida como Los Aguiluchos de Les Corts. Estaba compuesta mayoritariamente por empleados de los tranvías y de otros transportes públicos.

Sobre la relación de los milicianos con los campesinos aragoneses, Droescher escribió:

Por las tardes intentábamos convencer a los campesinos para que organizaran una cooperativa agrícola. Nos bañábamos en el Ebro desnudos. Los anarquistas se oponían a todo pudor sexual y respetaban el honor de sus compañeras<sup>5</sup>.

En el frente de Aragón la pareja recibió la visita de Emma Goldman, conocida anarquista norteamericana. Texidor y Droescher quedaron muy impresionados por esta mujer dinámica y defensora infatigable de la causa.

Volvieron a Barcelona, y allí fueron testigos de primera mano de la gestión de algunos servicios públicos por sus trabajadores.

Mientras estuvimos en Barcelona, nos alojamos en casa de una familia anarquista en Les Corts. Tuvimos la posibilidad de observar de cerca el modo de organización anarquista en el barrio. Se basaba en la cooperación voluntaria o, en palabras de Kropotkin, la «ayuda mutua». Tras el cese de los combates

---

3 *Ibid.*, p. 58.

4 Según Rosamunda Droescher, Texidor viajó al frente para unirse a las milicias en compañía de un grupo de mujeres.

5 Droescher, «Towards an Alternative Society», p. 60.

callejeros, en pocos días los trabajadores habían puesto en funcionamiento toda la red de transporte urbano —tranvías, autobuses y metro—. No habían hecho falta jefes ni directores<sup>6</sup>.

Desde Barcelona, Droescher y Texidor marcharon de nuevo al frente de Aragón. Esta vez, formando parte de una unidad más numerosa organizada por los hermanos Rosselli, y por anarquistas italianos como Camillo Berneri. La unidad protagonizó una acción militar en las proximidades de Almudévar. Según se desprende del testimonio de Droescher, en esta acción se hace patente el conflicto interno existente en las fuerzas republicanas:

Luego me enteré de que la milicia comunista emplazada en el sur, en Tardienta había prometido apoyar la acción, pero al final no apareció. Supongo que decidieron no apoyarnos por consideraciones políticas. Fue un intento valeroso, el de activar el frente de Aragón para atraer tropas y reducir la presión sobre Madrid...<sup>7</sup>.

En un determinado momento y en circunstancias no muy claras, Droescher y Texidor decidieron abandonar la lucha armada y volver a Inglaterra:

Tras varias semanas viviendo en cuevas húmedas y frías que habíamos excavado en la ladera de la colina, nos dimos cuenta de que nuestro intento no tenía ninguna posibilidad de éxito. G y yo pensamos que seríamos más útiles en Inglaterra, donde podríamos informar sobre la situación en España y tratar de conseguir ayuda<sup>8</sup>.

Volvieron a Londres y, tal y como habían planeado, entraron en contacto con las organizaciones humanitarias de ayuda a España. También se sumaron al apoyo anarquista encabezado por Emma Goldman y Vernon Richards a los camaradas españoles. Hacia finales de 1937 regresaron a España, no ya como combatientes sino como enviados humanitarios. Eran plenamente conscientes de que la situación en las filas republicanas había cambiado: «el gobierno comunista se había cargado la revolución»<sup>9</sup>. La pareja empezó a trabajar en una localidad cercana a Vich, en un centro para niños refugiados procedentes de Madrid. Estaban contentos con su labor, sin embargo, en algún momento de 1938 Droescher fue despedido. Más tarde se enteraron de que la organiza-

---

6 *Ibid.*, p. 61.

7 *Ibid.*, p. 63.

8 *Ibid.*

9 *Ibid.*, p. 64.

ción basada en Francia para la que trabajaban, la «Commission des Enfants», estaba controlada por el Comintern<sup>10</sup>. Volvieron a Barcelona y continuaron su labor de ayuda humanitaria distribuyendo alimentos entre la población junto a los cuáqueros.

El bombardeo aéreo sobre Barcelona era incesante y la posición de la CNT se hallaba muy debilitada. Texidor decidió aceptar una propuesta de evacuación en un barco británico. Abandonó España agotada, tanto física como emocionalmente. La perspectiva de una derrota republicana le resultaba devastadora. Poco después, Droescher también decidiría abandonar España y reunirse con Texidor en Londres. Sin embargo, la reagrupación de la pareja no fue fácil. Al llegar a Francia devolvieron a Droescher a la Alemania nazi de donde a duras penas pudo escapar momentos antes de estallar la Segunda Guerra Mundial.

Hacia finales de 1939 Texidor y Droescher trabajaban de nuevo junto a los cuáqueros en un campo de niños refugiados judíos procedentes de Alemania. Se casaron impulsados por la idea de que ello facilitaría la estancia de Droescher en el país. Sin embargo, esta decisión se volvería contra ellos cuando estalló la guerra entre Alemania y Gran Bretaña. Ambos fueron declarados «enemigos extranjeros» y encerrados en prisión. A Texidor la internaron en la cárcel de Holloway y a Droescher en la de Devon. Editha, la madre de Texidor, tuvo que movilizar todos sus recursos y amistades para conseguir que finalmente les dejaran en libertad. Toda la familia, incluyendo a Cristina, la hija de Greville y de su primer marido, abandonó Europa con destino a Nueva Zelanda. Arribaron a Auckland en mayo de 1940<sup>11</sup>. Una vez más se vieron bajo sospecha y como a muchos inmigrantes de aquella época les deportaron a una zona rural aislada. En su caso, les correspondió la región conocida como Northland, en el extremo norte de Nueva Zelanda. Allí les acogió en su granja un anciano cuáquero de 85 años, llamado Josiah Hames<sup>12</sup>. Luego Editha les ayudaría a encontrar una cabaña donde la familia pudo instalarse y mejorar algo sus condiciones de vida. Durante los siete meses que duró su estancia en Northland llevaron una vida simple y modesta, dedicada a las tareas del campo. En diciembre de 1941 las autoridades les permitieron regresar a la vida urbana de Auckland.

Se instalaron en la zona costera situada al norte de la ciudad, la llamada North Shore. Allí residía una buena parte de la intelectualidad neozelandesa

---

10 *Ibid.*, p. 67.

11 Oliver Slay, información comunicada al autor.

12 La historia de Texidor «The Home Front» parece estar basada en esta experiencia.

y el matrimonio no tardó en integrarse en la comunidad. Animada por el escritor Frank Sargeson\* Texidor comenzó a escribir una novela sobre su experiencia en la guerra civil. A excepción de algunos cuentos y de sus traducciones de Lorca, la mayor parte de la obra de Greville no se publicaría hasta varios años después de su muerte.

Mientras tanto, Droescher, animado a su vez, por el director del departamento de inglés de la Universidad de Auckland, se había licenciado por aquella Universidad y estaba ejerciendo de profesor en la Grammar School de Takapuna. También él tenía ambiciones literarias y retomó una novela iniciada en España antes de que estallara la guerra civil<sup>13</sup>.

Sin embargo, Texidor no se encontraba a gusto en Nueva Zelanda. Le parecía vivir encerrada en una prisión al aire libre y no lograba encontrar su sitio en aquella sociedad complaciente de la posguerra. En 1948, la familia, que entonces contaba con una hija más, Rosamunda, se embarcó rumbo a Australia.

Greville siguió escribiendo y en 1949 se publicó en Melbourne su novela corta, *These Dark Glasses*<sup>14</sup>. En 1956 decidieron regresar a España. Cristina, la hija mayor de Texidor, se quedó allí a vivir. Greville y Werner mantenían una tormentosa relación a la que decidieron poner fin separándose en 1960. Ella permaneció en Barcelona mientras él volvía a Nueva Zelanda. Texidor pasó sus últimos días en Australia, donde se quitó la vida en 1964.

Tras varios años de vida académica como profesor de alemán en la Universidad de Auckland, Droescher se retiró a la península de Coromandel, que le recordaba a las comunas francesas de los años 30<sup>15</sup>. Trabajó en la versión inglesa de sus memorias publicadas en alemán en 1976. Interesado por la posibilidad de transformación social decidió a última hora cambiar el nombre de *Odyssey of a Teacher* («Odisea de un profesor») por *Towards an alternative Society* («Hacia una sociedad alternativa»).

---

\* (N. de la T.) Frank Sargeson (1903-1982) está considerado como el escritor de cuentos e historias cortas más prestigioso de Nueva Zelanda, después de la muerte de Katherine Mansfield en 1923.

13 Algunos manuscritos de las historias cortas de Droescher se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Auckland. Uno de ellos contiene una crítica de Frank Sargeson.

14 Droescher la califica como su novela «melancólica» («Towards an Alternative Society», p. 102). Rosamunda está convencida de que su madre no escribió nada importante antes de llegar a Nueva Zelanda.

15 Estoy en deuda con Keir Volkerling por haber compartido conmigo sus recuerdos de Droescher durante su estancia en Coromandel.

Droescher fue un anarquista convencido durante toda su vida y un ardiente defensor del papel jugado por el movimiento revolucionario en la guerra civil española:

La importancia histórica de España reside en el hecho de haber sido el primer país en el que millones de personas adoptaron la filosofía anarquista y consiguieron hacerla funcionar en la práctica durante la revolución. En el inicio de la guerra, los comunistas eran un grupo muy poco numeroso. Se convirtieron en una fuerza poderosa cuando los elementos antirrevolucionarios del gobierno consiguieron consolidarse y empezaron a utilizarse masivamente los envíos [de armas] de Rusia<sup>16</sup>.

Según Droescher, aquellos que pensaban que el cambio social debía esperar hasta que se ganara la guerra no se daban cuenta de que, sin el fervor revolucionario que los comunistas trataron por todos los medios de reprimir, resultaría imposible derrotar a Franco.

Droescher murió en 1978, víctima de un colapso mientras paseaba por un parque de Auckland.

### ***NOTEBOOK OF A MILITIA WOMAN DE GREVILLE TEXIDOR***

*Rosamunda Droescher\**



*La joven Greville Texidor, luego convertida en miliciana anarquista.*

---

16 «Spanish Anarchists Made Ideas Work», *Salient*, 25 de febrero de 1963, p. 9. Mi agradecimiento a Toby Boraman por facilitarme este artículo. La tesis doctoral de Toby contiene información muy valiosa sobre Droescher y Texidor. Toby Boraman, «The New Left and Anarchism in New Zealand from 1956 to the Early 1980s: An anarchist communist interpretation», tesis doctoral, Universidad de Otago, 2006.

\* Rosamunda Droescher, hija de Greville Texidor y Werner Droescher está preparando la edición de las memorias de su madre en la milicia española.

*Notebook of a Militia Woman* («Cuaderno de una miliciana») podría describirse como un texto entretejido de ficción y realidad, o también, como una narración ligeramente novelada sobre la vida de una miliciana durante la guerra civil española.

A principios de los años 70, todavía con Franco en el poder, me encontré por primera vez con Abel Paz. Había acudido a visitarle a su exilio en París, en compañía de mi padre, Werner Droyscher. Paz era el biógrafo más importante de Durruti y del movimiento anarcosindicalista. Droyscher y yo habíamos llegado a la conclusión de que *Notebook* era casi con toda seguridad el único testimonio escrito conocido de una miliciana anarquista en la guerra civil.

Abel Paz nos ayudó a identificar a los anarquistas más famosos y a otros personajes del relato de mi madre, ordenar los episodios de la guerra y diferenciar entre hechos y rumores o mera ficción añadida con una finalidad dramática. Gracias a la extensa biblioteca de Paz, pude encontrar testimonios de otros combatientes españoles sobre algunos episodios poco conocidos que tuvieron lugar en 1936 y que también aparecían en *Notebook of a Militia Woman*.

El relato comienza en el pueblo costero de Tossa de Mar y la acción se sitúa en el invierno de 1936. La protagonista es Magda. La novela cuenta sus experiencias desde que se enrola en las milicias, casi coincidiendo con el momento en el que los anarcosindicalistas prohibieron el alistamiento de mujeres. Una de las razones que se esgrimieron para tomar esta decisión fue el gran número de prostitutas que se habían sumado espontáneamente a la lucha, con el consiguiente contagio de enfermedades venéreas.

Magda combate en el frente de Aragón y vive en Barcelona. Los bombardeos sobre la ciudad, las luchas internas de los republicanos y el ascenso del estalinismo están a punto de acabar con la revolución y con la vida misma. También se cuentan los desvelos de la protagonista por recabar ayuda para la causa en Gran Bretaña y su posterior colaboración con refugiados en España.

*A Militia Woman* describe el entramado de acontecimientos, rumores y mitología de la revolución española y de la guerra civil. La novela proporciona una visión descarnada y desprovista de romanticismo de lo que subyace en una guerra, refleja la ideología y puesta en práctica del movimiento anarcosindicalista y detalla la vida en el frente y en Barcelona. Los numerosos extranjeros que se sumaron a la lucha aparecen, en general, como comunistas doctrinarios que desprecian el anarcosindicalismo.

La historia que se narra en *A Militia Woman* encierra también otro relato: el de la supervivencia del propio manuscrito. Texidor escribió en Auckland un primer borrador, muy breve. Probablemente, el grueso de la obra fuera

escrito en las Montañas Azules de Australia durante la primera mitad de la década de los 50. Cuando Texidor volvió a España dejó sus papeles en mitad del bosque australiano, en un lugar de Hazelbrook, en Nueva Gales del Sur. Nunca regresó a ese lugar. En aquella propiedad habitaba una anciana, Lucy Mustard, que había pasado muchos años en la India y cuyo marido había compartido celda con Ghandi. Fue su hijo, David Mustard, quien tras la muerte de Texidor descubrió los papeles y se los entregó a Droeschler.

De esta manera, en los años 70 se cerraba el círculo iniciado en Nueva Zelanda treinta años atrás. Nueva Zelanda es el único país en el que se recuerda a Texidor como escritora y donde su escasa producción literaria continúa publicándose. Si hay un hombre que hizo esto posible y que *A Militia Woman* llegara a existir, ese hombre fue Frank Sargeson. Él animó a Greville a poner sus experiencias por escrito y la apoyó a lo largo de toda su vida.

Texidor no vería publicada más que una parte muy pequeña de su obra y es muy probable que llegase a la conclusión de que su novela sobre la guerra civil española era, de todos sus escritos, el que menos probabilidades tenía de ver la imprenta. Mediada la década de los 50, Texidor cayó en una depresión y abandonó la escritura.

Cuando en Auckland abrí por primera vez el legajo de papeles de *A Militia Woman* lo primero que leí fueron unas palabras mecanografiadas en una tapa amarillenta: «Para quienquiera que haya encontrado este trabajo, que lo ordene a su parecer y disponga de él a su gusto».



## RON HURD: UN AUSTRALIANO DURO Y AVENTURERO

---

*Mark Derby*

---



*Ron Hurd (izquierda) junto a el sindicalista y líder del Partido Comunista Alex Drennan (centro) y su compañero de las Brigadas Internacionales, Ernesto Baratto, el 1 de mayo de 1941.*

Ron Hurd, australiano ex combatiente de las Brigadas Internacionales, estrechó sus vínculos con Nueva Zelanda cuando, a su regreso de España, se casó con la neozelandesa Patricia Devanny, hija de la escritora Jean Devanny\*.

Hurd era un marino mercante procedente de una gran familia de socialistas de Melbourne. Con el tiempo se hizo activista sindical y comunista. En 1930 viajó a Sudáfrica para investigar sobre las condiciones laborales de los negros. Hurd era un hombre de voz áspera y nariz rota, un tipo duro. En cuanto estalló la guerra civil partió a España como voluntario.

---

\* (N. de la T.) Jean Devanny (1894-1962) escritora neozelandesa afincada en Australia. Su novela *«The Butcher Shop»* publicada en 1926 provocó un gran escándalo en la época hasta el punto de ser prohibida su venta en Nueva Zelanda.

Llegó a Madrid en el mes de diciembre de 1936. En ese momento, las Brigadas Internacionales hacían su entrada en la ciudad. Durante una entrevista con su suegra, Jean Devanny, Hurd declaró:

Cuando llegamos a Madrid, la gente creyó que éramos rusos que acudíamos en su ayuda. Se lanzaron a la calle y nos rodearon, locos de entusiasmo...<sup>1</sup>.

Le asignaron al Batallón Británico de la XV Brigada Internacional y enseguida le nombraron comisario político. Tenía que supervisar los suministros de alimentos, atender a las quejas, colaborar con los oficiales en la planificación de los ataques y dirigir los avances. Le hirieron en las batallas de Jarama y Brunete. Regresó a Australia con metralla en la pierna y el pecho envuelto en pesados vendajes.

Inmediatamente se lanzó a una gira agotadora por todo el país para explicar la situación en España y recolectar fondos. En doce meses participó en más de 500 mítines<sup>2</sup>.

Hurd contrajo matrimonio con Patricia Devanny, una joven comunista de origen neozelandés e hija de Jean y Hal Devanny, un minero de Puponga, en Golden Bay. Hurd y Patricia vivieron en Nueva Zelanda desde 1939 hasta el nacimiento de su único hijo, en 1941.

Cuando la familia volvió a Australia y se estableció en Sydney, Ron se hizo de nuevo a la mar, mientras Patricia colaboraba en la fundación de una organización femenina de apoyo al Sindicato de Marineros. Tras un breve intervalo en Nueva Zelanda donde trabajó en el Sindicato General de Trabajadores de Auckland, Ron intentó alistarse en el ejército australiano para combatir en la Segunda Guerra Mundial. Al ser rechazado por causas médicas, decidió enrolarse en la marina mercante que distribuía suministros a las tropas basadas en Nueva Guinea y en otras Islas del Pacífico. Después de la guerra, ocupó el cargo de secretario general del Sindicato de Marineros del oeste de Australia<sup>3</sup>.

---

1 R. Hurd, citado por Nettie Palmer y Len Fox, *Australians in Spain*, Current Book Distributors, Sydney, 1948, p. 8.

2 *Ibid.*, p. 43.

3 Dave Morgan, información comunicada al autor.

## BILL BELCHER: UNIVERSITARIO DE CAMBRIDGE Y MILICIANO

---

*Mark Derby*

---



*Bill Blecher (izquierda), licenciado en ingeniería por Cambridge, junto a un compañero del equipo británico de ayuda médica.*

Conocido en su madurez por sus navegaciones alrededor del mundo, este hombre de Waiheke Island también puede presumir de una juventud aventurera, que abarca desde una educación privilegiada y poco convencional en diversos continentes hasta su participación en la guerra civil española como voluntario en las milicias anarquistas.

Nacido en 1912 en Geelong, Australia, en el seno de una familia acomodada, Bill Belcher creció en África Oriental y en las Indias Occidentales, donde su padre, sir Charles Belcher, ocupó el cargo de Presidente de la Corte Suprema de Justicia. A Bill lo mandaron a estudiar ingeniería a Cambridge. Todavía vivía en Londres cuando estalló la guerra civil:

En esa época Londres estaba repleto de refugiados italianos, y luego de alemanes. Desde fuera nada podíamos hacer por los que se habían quedado en Alemania o Italia, solo podíamos ayudar a los que habían conseguido escapar... El caso de España era distinto. Allí también el fascismo constituía una amenaza, pero existía una resistencia armada para hacerle frente, una resistencia a la que todos podíamos sumarnos<sup>1</sup>.

Belcher se ofreció voluntario para «conducir, cocinar y lavar botellas» en la unidad médica enviada por el *Britain's Spanish Medical Aid Committee* (Comité Británico de Ayuda Médica a España). Partieron el 25 de agosto de 1936 y se dirigieron a París donde debían recoger los vehículos con el material, «contamos con la inestimable ayuda de los sindicatos franceses, que explicaron amablemente a la dirección de la fábrica de Renault que si nosotros no nos llevábamos esos camiones, nadie más lo haría». El convoy de cinco camiones emprendió la ruta hacia el sur. Sin embargo, durante el trayecto el conductor francés que acompañaba a Belcher se durmió al volante y sufrieron un accidente en el que ambos hombres resultaron heridos. Tuvieron que ser trasladados al hospital más cercano. Allí permanecieron durante varios días hasta que ellos mismos se dieron de alta y se dirigieron a la estación de tren. Belcher se fijó en un guarda de estación que llevaba un ejemplar del diario comunista *L'Humanité* metido en el bolsillo. Cuando le explicó la situación, el guarda les buscó acomodo en un vagón de primera clase.

Por fin, Belcher consiguió llegar a Barcelona y reunirse con su unidad médica. Tras colaborar en la instalación de un hospital en la localidad aragonesa de Grañén, Bill y unos cuantos compañeros solicitaron permiso para unirse a la milicia. En las primeras semanas de la guerra todavía eran pocos los extranjeros que luchaban al lado de la República. Entre ellos se encontraba el escritor inglés George Orwell: «La primera imagen que tengo de él es la de un hombre alto vestido con el uniforme habitual de los milicianos, bajando a grandes zancadas por las Ramblas».

Belcher decidió enrolarse en la unidad anarquista de un amigo suyo conocida como Batallón de la Muerte, en la que acabó ocupando el puesto de centurión.

Intervinimos en varias operaciones de pequeña escala que solían terminar mal. Los españoles parecían incapaces de actuar con sigilo. De noche se movían haciendo tanto ruido que hasta un muerto se despertaría, no te digo yo los centinelas enemigos.

---

1 W. Belcher, *Shipwreck on Middleton Reef*. Collins, Auckland, 1999, pp. 15-19.

En una carta a su madre escrita en mayo de 1937, Belcher hacía una valoración de la situación:

La guerra acabaría pronto si en Inglaterra se exigiera una aplicación estricta de la no intervención y se impidiera el envío de más tropas italianas. En estos momentos los fascistas no tienen posibilidades de lanzar un ataque verdaderamente decisivo; sus tropas extranjeras han sufrido grandes pérdidas y muchos españoles han desertado en los últimos meses. Precisamente hace poco, dos atravesaron nuestras líneas de noche y nos proporcionaron información valiosa para el ataque que estábamos preparando. También nos dijeron que, si los fascistas les descubrían, sus mujeres serían acusadas de tener un marido «marxista» y casi seguro serían fusiladas. Se necesita mucho valor para desertar<sup>2</sup>.

A Belcher le desesperaba la escasez de medios de la República para hacer frente a las bien pertrechadas fuerzas nacionales:

Tanto la toma de Belchite, primero, como luego la de Teruel, se planearon bien y se ejecutaron eficazmente, pero nunca contamos con el equipo necesario para mantener un ataque prolongado. Todo lo que podíamos hacer era ahorrar todo el material posible y lanzar un ataque relámpago; para cuando conseguíamos resistir el contraataque subsiguiente ya habíamos agotado todas las armas y municiones disponibles y la guerra volvía a estar en punto muerto.

Tras diez días de batalla en Belchite la unidad de Belcher quedó reducida a la séptima parte de la fuerza original. Les ordenaron reagruparse y mantener la posición en previsión de un posible avance enemigo.

Mi trabajo consistía en elaborar mapas y planos de todas las posiciones, las nuestras y las del enemigo. Los bombardeos incesantes que teníamos que soportar me estaban afectando seriamente. Confiaba en que nadie se diera cuenta, pero notaba que empezaba a desvariar y que no tardaría en sobrepasar mi límite de resistencia.

Le enviaron de regreso a Inglaterra para dedicarse a tareas propagandísticas, «una forma amable y educada de decirme que ya había tenido bastante».

De camino a casa le detuvo la policía de seguridad de Barcelona que estaba controlada por los comunistas, ya entonces en guerra abierta contra el elemento anarquista de las fuerzas del gobierno. Le encerraron en la cárcel y tomó parte en una revuelta de presos «que acabó con varios de nosotros

---

2 W. Belcher, 15 de mayo de 1937, carta personal de la colección de la familia Belcher.

en las celdas de ejecución... al poco tiempo el consulado británico negoció nuestra liberación». Belcher fue devuelto a Inglaterra junto a sus compañeros so pretexto de tratarse de «ciudadanos británicos desequilibrados»<sup>3</sup>.

Durante la Segunda Guerra Mundial Belcher se alistó en la fuerza aérea Australiana y luego en la *RAF*. Su hijo Tony dice que «esta vez quería estar seguro de ser él quien arrojara las bombas»<sup>4</sup>. Bill y su mujer, Aileen, también residieron un tiempo en África, donde había transcurrido buena parte de su infancia.

En 1961, el joven Tony Belcher se trasladó a vivir a Nueva Zelanda. Sus padres siguieron su ejemplo en 1970 y arribaron a la bahía de Auckland en su yate de ocho metros, *Raha*. Se instalaron en la Isla de Waiheke y allí se quedaron hasta la muerte de Bill, en 1999.

Sobre su participación en la guerra civil, Belcher había declarado a un historiador británico: «naturalmente, siempre he estado orgulloso de haber servido en España»<sup>5</sup>.

---

3 Belcher, *Shipwreck*, pp. 15-19.

4 T. Belcher, información comunicada al autor, 21 de marzo de 2008.

5 *The Signal Was Spain - the Spanish Aid Movement in Britain, 1936-39*, Jim Fyrth, Lawrence and Wishart, Londres, 1986, p. 50

## BOB FORD: UN NORTEAMERICANO DE GRAN TALLA

Mark Derby



*Cartilla de las Brigadas Internacionales del estadounidense Bob Ford. Auckland War Memorial Museum.*

Este veterano voluntario de la Brigada Abraham Lincoln y su mujer, Augusta, formaban una pareja extraña y sospechosamente de izquierdas cuando se instalaron en la comunidad de North Shore de Auckland, en los años 50. Sin embargo, la pareja se quedó a vivir en aquel barrio durante el resto de su vida y dejó un recuerdo imborrable entre sus numerosas amistades neozelandesas.

Robert Preston Ford nació en 1910 en EE.UU. y sirvió en el Batallón Abraham Lincoln desde el 5 de mayo de 1937 hasta el 22 de octubre de 1938, momento en el que se produjo la retirada de España de todas las Brigadas

Internacionales. Según los documentos desclasificados que se conservan en el Museo de Auckland, la unidad específica en la que sirvió Ford fue la Sección 2c del Batallón Mooney (así llamado en homenaje al líder sindical Tom Mooney, que en ese momento se hallaba encarcelado en EE.UU.). Bob era un hombre que llamaba la atención por su altura inusitada. En sus papeles de alistamiento figura como «empleado del cine», seguramente en referencia a su aparición como extra en alguna de las películas de su tío, el famoso director John Ford, autor de clásicos del Oeste como «La Diligencia» y «Centauros del desierto».

El Museo de Auckland guarda algunas tarjetas postales y cartas de Ford enviadas desde el frente de batalla. Se trata de escritos que contienen poca información debido a las restricciones que imponía la censura de guerra: «Por supuesto hay muy pocas novedades de las que puedo escribiros», decía una de aquellas cartas. En otra fechada el 4 de marzo (probablemente de 1937) Ford se refiere a una visita de Paul Robeson a España, y lamenta no haber podido asistir a la actuación que el gran cantante negro dedicó a las tropas republicanas:

Me alegro de que haya venido a España. Creo que es comunista, lo cuál, de ser cierto, nos vendría muy bien. Nuestro movimiento revolucionario necesita gente como él, personas populares y con carisma, que sean inteligentes.

En otra ocasión Bob escribió: «Los españoles son estupendos, y en cuanto hallamos acabado con los fascistas, España será uno de los mejores países del mundo». En febrero de 1938 describía Madrid como una «ciudad pequeña» que le gustaba mucho, aunque «los españoles nunca se acostumbrarán a mi altura. Se vuelven por la calle y se me quedan mirando. Pero, ¡qué otra cosa puedo esperar!»

La mujer de Ford, Augusta, creció en el seno de un colectivo de profesionales y comerciantes organizados en «soviets» en el desierto californiano. Después de la guerra civil coincidió con Bob en Berkley, la Universidad de California y ambos se afiliaron al Partido Comunista. Con el tiempo se percataron de que los otros siete miembros de aquella célula del Partido eran agentes infiltrados del FBI que no estaban al tanto de las actividades encubiertas que cada uno de ellos llevaba a cabo<sup>1</sup>. En 1951, la llegada del macartismo y la posterior «caza de brujas» impulsaron a los Ford a abandonar el país y poner rumbo a Nueva Zelanda.

---

1 Irene Gale, información comunicada al autor, 6 de noviembre de 2007.

Se instalaron en el barrio de Takapuna, en la zona costera del norte de Auckland. Augusta trabajó como profesora de inglés en la Grammar School de Takapuna y luego en la Escuela de Magisterio de Auckland donde organizó un curso sobre literatura negra americana. Su marido encontró trabajo en una fábrica de accesorios de fontanería y se pasó años encorvado sobre una máquina totalmente inadecuada para su talla, lo que acabó ocasionándole fuertes dolores de espalda y de piernas. Ambos adquirieron la nacionalidad neozelandesa.



*Un hombre que llamaba la atención por su altura extraordinaria, Bob aparece en esta foto junto a su mujer Augusta en su casa de Auckland.  
Cortesía de Duncan Ross.*

En una casa llena de libros, discos y gatos, la pareja de izquierdistas independientes trajo al mundo cerrado de la Nueva Zelanda de los años 50 el aire fresco del progresismo liberal de los Estados Unidos. Bob tenía una imponente colección de discos de jazz que se le fue haciendo imprescindible a medida que su vista empeoraba. Augusta sentía predilección por la música folk de tinte político que promocionaba en una cadena de radio. Su buen ami-

go Duncan Ross no cree «que entonces fueran comunistas, pero teniendo en cuenta el clima político que reinaba en los Estados Unidos en aquella época no me extraña que muchos lo pensarán».

A pesar de tratarse de un hombre muy abierto y cordial, Bob casi nunca hablaba de sus experiencias en España, ni siquiera con sus amigos más cercanos. Según cuenta Duncan Ross en una ocasión en la que le ayudó a hacer una mudanza, «Bob apareció con una pistola en la mano. Era de cuando estuvo en la guerra civil española... Salió fuera de la casa y lanzó el arma al bosque de *toetoe*\* que lindaba con la parte de atrás». A pesar de los esfuerzos de Duncan por recuperar la pistola, esta nunca se encontró<sup>2</sup>.

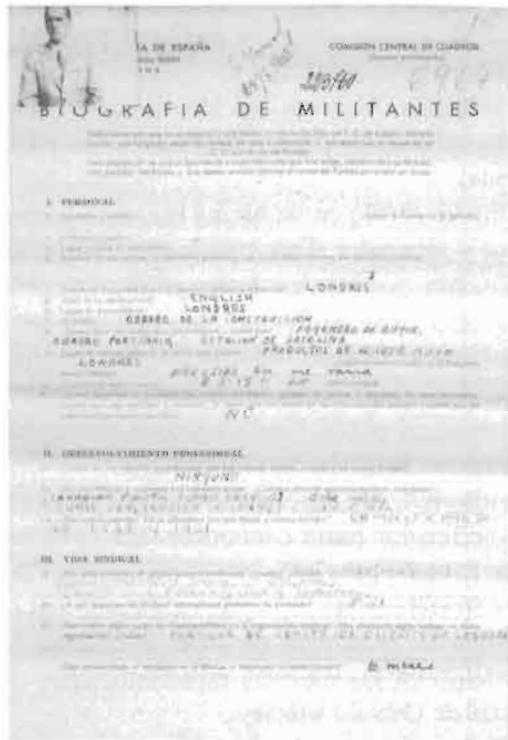
---

\* (N. de la T.) Cortaderia nativa de Nueva Zelanda. La apariencia es similar a los llamados «Plumeros de la Pampa» pero es una planta menos robusta y a medida que crece se va inclinando hacia el suelo.

<sup>2</sup> Duncan Ross, información comunicada al autor, 4 de septiembre de 2007.

## JIM HOY: COMBATIENTE DESCONOCIDO

Mark Derby



*Cartilla de alistamiento en las Brigadas Internacionales del británico Jim Hoy. Fotografía del Centro Ruso para la Conservación y Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú. Cortesía de la familia Hoy.*

Natural de Liverpool, este hijo de clase trabajadora llegó a Nueva Zelanda en 1955 y durante muchos años fue uno de los sindicalistas más conocidos

de los muelles de Wellington. Sus amigos, compañeros de trabajo y aliados políticos de la izquierda, e incluso su familia más cercana apenas conocen pequeños detalles de su paso previo por la guerra civil. Otro antiguo brigadista y miembro importante del movimiento sindical neozelandés llegó a poner en duda su participación en la guerra española. En este libro se saca a la luz por primera vez la experiencia de Jim Hoy en España.

Jim Hoy nació en el barrio de Merseyside de Liverpool y su infancia transcurrió en orfanatos católicos donde lo internaron tras la muerte prematura de su madre. Jim guardaba un recuerdo ambivalente de las monjas que le cuidaron: algunas fueron amables y otras «muy crueles»<sup>1</sup>.

A la edad de 14 años empezó a trabajar en los astilleros de Liverpool. Luego se embarcó como mozo de cabina y aprovechó los largos ratos de ocio a bordo para leer y mejorar su escasa formación. Durante la huelga general de 1926, Jim actuó de correo entre los distintos comités sindicales de los astilleros. El gobierno envió a Mersey dos buques de guerra y a Liverpool dos batallones de soldados. Al joven Jim Hoy la visión de aquellos hombres armados avanzando calle abajo para enfrentarse a los huelguistas le impresionó profundamente.

A los 16 años Jim se enroló en la marina británica y aprendió el oficio de mecánico montador y reparador. Tras cuatro años de trabajo, le despidieron «junto con otros jóvenes, por intentar hacer públicas nuestras quejas convocando a los trabajadores a una reunión»<sup>2</sup>. Este episodio tuvo lugar en el contexto del motín de Invergordon de 1931, el último gran motín de la historia naval británica que se produjo como consecuencia de un recorte de salarios. Uno de los líderes de aquel motín, Fred Copeman, estuvo luego al mando del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales.

De vuelta a la vida civil, Jim desempeñó trabajos de todo tipo para ganarse la vida, desde deshollinador hasta camionero. En 1934 se afilió al Partido Comunista de Gran Bretaña pensando que el comunismo brindaría una oportunidad a la gente corriente como él, según explicaría más tarde a su familia. Ocupó diversos cargos en la delegación local del partido y del Sindicato de Transportes y participó en las masivas manifestaciones de 1936 contra la organización fascista de Oswald Mosley.

En abril de 1937 Jim Hoy abandonó Inglaterra y entró en España a través de la ruta de los Pirineos. A primeros de mayo le asignaron a la sección de transportes del Batallón Británico.

---

1 Maureen Hoy, información comunicada al autor, 14 de junio de 2008.

2 J. Hoy, memoria en los archivos militares SCW. Centro Ruso para la Conservación y Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú.

Jim recordaba haber transportado armas a pie a través de la frontera francesa y el detalle de vencer la sed con un melón que llevaba en el petate. Luego le trasladaron a la Unidad Angloamericana de Artillería con base en Almansa con la que sirvió en el frente de Aragón. En 1938 pasó por una escuela de comisarios políticos y se afilió al Partido Comunista de España. Su participación en la guerra civil terminó a finales de ese año, cuando fue repatriado a Inglaterra junto con el resto de los brigadistas internacionales.

Jim Hoy luchó también en la Segunda Guerra Mundial bajo el mando del ejército británico. Le lanzaron en paracaídas en la Francia ocupada donde fue gravemente herido en la espalda y en las piernas. De vuelta a Gran Bretaña trabajó en un campo de prisioneros.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial Jim se dedicó a recorrer mundo. Viajó primero a Canadá, luego a Australia y finalmente llegó a Nueva Zelanda en abril de 1955. Su idea era proseguir viaje hasta la Antártida, sin embargo, una chica local, Maurren Wells, le hizo cambiar de planes. Jim se casó en julio de ese mismo año y fijó su residencia en Wellington. Trabajó hasta su retiro en el puerto de la ciudad, retomó su actividad sindical y llegó a ser elegido Secretario del Sindicato de Estibadores de Wellington. Fiel a sus convicciones de izquierdas, Jim Hoy mantuvo siempre una actitud solidaria. Participó en la campaña a favor del desmantelamiento nuclear, el Consejo para la Paz, el movimiento en contra de la Guerra de Vietnam y el Comité de Solidaridad con Chile.

Jim Hoy fue un autodidacta, un hombre apasionado por la lectura, al que nada le gustaba más que reunirse con los amigos para charlar de historia y de literatura francesa del siglo XIX. Su familia le recuerda como una persona de gran voluntad y determinación, partidaria de vivir solo con lo imprescindible. Aunque apenas hablaba de su participación en la guerra civil, una de sus hijas lleva el nombre de Dolores en recuerdo de La Pasionaria.



## FRANZ BIELCHOWSKY Y MARIANNE ANGERMANN: CIENTÍFICOS Y REFUGIADOS

Mark Derby



*Libreta de la DGS en la que se identifica a Marianne Angermann como alemana de profesión química. Marianne escribió a su madre en agosto de 1936: «Me acaban de conceder la residencia en España...No creo que me la hubieran dado si existiera cualquier animosidad contra mí».*

*Biblioteca Hocken, Dunedin, ref. ex. MS-1493/001.*

La pareja compuesta por Franz Bielchowsky y Marianne Angermann forma parte del flujo de refugiados intelectuales europeos que contribuyeron a la transformación de la sociedad neozelandesa tras la Segunda Guerra Mundial. Ambos nacieron en un entorno privilegiado, eran cultos y políglotas. Antes de su instalación definitiva en Nueva Zelanda, sufrieron varios destierros; el primero de ellos en España coincidiendo con la guerra civil.

Franz Bielchowsky era hijo de un prestigioso neurólogo berlinés. Se licenció en medicina en 1926 y entró a formar parte de la plantilla de in-

investigadores del colegio médico de Düsseldorf. Entre sus colegas figuraba una joven bioquímica llamada Marianne Angermann, hija del alcalde de la ciudad vecina de Langenberg. Bielchowsky era de origen judío y el auge del nazismo no tardó en afectarle. En 1933 le despidieron sin previo aviso y Franz decidió abandonar Alemania inmediatamente. Un año después aceptó una propuesta para dar clase en la Facultad de Medicina de Madrid y en 1935 le ofrecieron un puesto en el nuevo Instituto de Investigaciones Médicas de la capital.



*Franz Bielchowsky se declara antifascista en esta Cédula de Inscripción de la DGS. Biblioteca Hocken, Dunedin, ref. ex. MS-1493/015.*

En diciembre de ese mismo año, Marianne también abandonaba su hogar en Berlín para reunirse con Bielchowsky. Ello fue posible gracias a una oferta del profesor Jiménez Díaz para trabajar en el Instituto. Jiménez Díaz era amigo de su profesor de Düsseldorf «quien no había podido cumplir su sueño de abrir un instituto de investigación médica en Alemania, ¡y sin embargo el profesor Jiménez Díaz había podido hacerlo en Madrid!». En una carta a su madre, Marianne decía de él que «se le consideraba un genio

en su especialidad» y describía el Instituto como «un sitio fabuloso» con excelentes instalaciones y equipos de laboratorio donde tendría «la oportunidad de volver a utilizar mi cerebro»<sup>1</sup>.

Bielchowsky y Angermann se reunieron en Madrid. Angermann se acclimató enseguida a su nueva vida y pronto habló español mejor que Bielchowsky, a pesar de que éste llevaba más tiempo en el país. En sus cartas, contaba a su madre lo feliz que se sentía en España «es una suerte haber venido a un país tan pujante como éste...»<sup>2</sup>. En marzo de 1936, ante la escalada de violencia generalizada, Angermann tranquilizó a su familia asegurando que ni ella ni Franz corrían peligro. Incluso en agosto, cuando ya la guerra había estallado y las tropas alemanas acudían en ayuda de Franco, Marianne seguía mostrándose confiada: «Sí, ahora estamos en guerra pero aquí no lo notamos mucho. El gobierno mantiene todo en orden y no nos falta de nada...». Su madre le propuso traerla de vuelta a casa pero Marianne declinó la oferta y escribió: «ahora se oyen los cañonazos pero llevamos varios días sin bombardeos aéreos. La defensa es excelente. La gente ama su país»<sup>4</sup>. Era octubre de 1936.

Sin embargo, el trabajo de la pareja de científicos se estaba volviendo imposible en aquel Madrid sitiado y hambriento. Bielchowsky no parecía albergar ningún interés por la política y apenas tenía experiencia en la práctica médica, pero no podía permanecer ajeno a la presencia en España de la ideología nazi que le había forzado a abandonar su patria. Así que se unió al servicio médico de la República y trabajó en el hospital militar de Madrid con el rango de capitán. Las cartas de Angermann que datan de ese periodo son escasas y lacónicas, probablemente con objeto de evitar problemas con la censura de la guerra. En enero de 1937 escribió a su madre: «Por favor, acuérdate de que, a pesar de todo, estoy contenta. Te aseguro que tengo mis razones para haberme quedado; sigo pensando que ahora habría hecho lo mismo»<sup>5</sup>.

En septiembre de 1937, en medio del hambre, la enfermedad, los bombardeos y el caos administrativo, Franz y Marianne se casaron. Una amiga común mencionó que la pareja «vivía en una sencilla vivienda, modesta pero acogedora, con un pequeño jardín donde habían plantado algunas hortalizas

---

1 Carta de Marianne Angermann a su madre, 26 de diciembre de 1935, MS-1493/6, Colección Hocken, archivos y manuscritos, Universidad de Otago. Tanja Rother, con gran generosidad, ha traducido y resumido las cartas de Angermann escritas en alemán.

2 *Ibid.*, 30 de diciembre de 1935.

3 *Ibid.*, 14 de agosto de 1936, MS-1493/7, Biblioteca Hocken.

4 *Ibid.*, 10 de octubre de 1936.

5 *Ibid.*, 18 de enero de 1937.

[...] Les hubiera gustado quedarse ahí para siempre, dedicados al servicio a los demás»<sup>6</sup>. La propia Marianne corroboraba la impresión de su amiga: «Somos tan felices aquí y nos sentimos tan en casa. Vivimos el uno para el otro porque ya no tenemos patria [*Heimat*]»<sup>7</sup>.

En octubre de 1938, Marianne rechazó una nueva propuesta de su madre para salir de España: «Nos gustaría seguir aquí, aunque ¡esta guerra no es ningún juego de niños!... No estamos peor que otros teniendo en cuenta lo extraordinario de la situación.» Cuando Franz visitó una institución para niños huérfanos de guerra, Marianne comentó: «nos gustó comprobar que los niños pueden llevarse alguna alegría en este sitio»<sup>8</sup>.

La pareja permaneció en España tras la retirada de todos los voluntarios extranjeros y aún seguían en Madrid a principios de 1939, cuando las tropas de Franco preparaban su entrada en la capital. Finalmente, en febrero huyeron a Francia y luego a Bruselas, donde Marianne se reunió con su madre tras una ausencia de «tres años, tres meses y tres días»<sup>9</sup>. A finales de ese mismo año, la guerra asoló su propio país y la familia se vio obligada a separarse de nuevo.

Franz y Marianne pasaron su segunda guerra en Inglaterra, en la Universidad de Sheffield. Allí Franz inició sus investigaciones sobre los agentes del cáncer, campo en el que realizó importantes contribuciones científicas. Su trabajo empezaba a ser conocido en todo el mundo, y en 1948 le nombraron director del Laboratorio de Investigaciones sobre el Cáncer del Colegio Médico de la Universidad de Otago, en Nueva Zelanda.

Esta sería la última etapa de una vida nómada. La pareja se enamoró de la naturaleza, la gente y el modo de vida de los neozelandeses. Franz siguió recibiendo ofertas tentadoras de la comunidad científica europea, pero las rechazó todas. Durante los 17 años siguientes trabajó en Dunedin investigando el papel de las hormonas en el desarrollo de cánceres malignos y colocó a su departamento a la cabeza de la investigación mundial en esa especialidad. Marianne colaboró con su marido durante toda la vida y, a la muerte de éste, en 1965, continuó trabajando en el laboratorio otros 12 años más.

La necrológica de Franz Bielchowsky reza: «Disfrutó de la prosperidad europea y fue un gran amante de las letras, capaz de apreciar la literatura en tres idiomas. También conoció la persecución y la pobreza, y aprendió a sentirse próximo a los desfavorecidos»<sup>10</sup>.

6 «Mrs L.», *ibid.*, 31 de mayo de 1937.

7 *Ibid.*, 30 de junio de 1938.

8 *Ibid.*, 28 de octubre de 1938.

9 *Ibid.*, 24 de marzo de 1939.

10 «N.L.E.», *Proceedings of the Royal Society of New Zealand*, Vol. 94, pp. 121-24.





## APÉNDICE

---



## VOLUNTARIOS NEOZELANDESES EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Este cuadro recoge los nombres de los voluntarios procedentes de Nueva Zelanda y de aquéllos que emigraron luego a ese país, sobre los que existe evidencia de su participación en la guerra civil española. Los nombres en **negrita** corresponden a los voluntarios muertos en acción.

<i>Nombre</i>	<i>Fecha y lugar de nacimiento</i>	<i>Fecha y lugar de fallecimiento</i>	<i>Servicio en la guerra civil española</i>	<i>Página</i>
Angermann, Dr. Marianne	1904, Alemania	1977, NZ	Auxiliar médico. Servicio médico del ejército republicano, 1936-39	p. 195
Belcher, William Redmond Morrison	1 enero 1912, Geelong, Australia	14 febrero 1999, Waiheke Island, NZ	Milicia anarquista, 1936-1938	p. 183
Bielschowsky, Dr. Franz David	1902, Alemania	1965, Dunedin, NZ	Médico. Servicio médico del ejército republicano, 1936-39	p. 195
Bryan, Herbert Richard	1908, Timaru, NZ	1961, Dunedin, NZ	Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, 1938	p. 87
Cox, Sir Geoffrey Sandford	7 abril 1910, Rangitikei, NZ	2 abril 2008, Gloucestershire, Gran Bretaña	Corresponsal en Madrid, octubre-diciembre, 1936	p. 149
Cross, Philip E.	17 marzo 1906, Hamilton, NZ	14 febrero 1965, Whangarei, NZ	Ejército franquista, 1936-37	p. 103
De Treend, Leonardo Pedro	6 octubre 1919, San Sebastián	(Residente en Hastings, NZ)	POUM y la milicia, 1937-38	p. 31

Dodds, Isobel (later McGuire)	15 septiembre 1913, Auckland	(Residente en Auckland)	Enfermera, Brigadas Internacionales, julio 1937 - octubre 1938	p. 123
Droescher, Werner Otto	5 enero 1911, Karlsruhe, Alemania	1979, Auckland, NZ	Milicia anarquista, 1936-38	p. 171
Ford, Robert	1910. US	1993, Auckland, NZ	Batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales, mayo 1937 - octubre 1938	p. 187
Gray, Bernard Maurice	20 mayo 1912, Masterton, NZ	1984, Lower Hutt, NZ	Batallón Británico de las Brigadas Internacionales (?) - 1938	p. 85
Griffiths, Eric Neville	9 septiembre 1912, Gran Bretaña	23 febrero 1942, Nadi, Fiji	Piloto. Fuerzas Aéreas de la República, 1936-37	p. 69
Hoy, Jim	26 febrero 1910, Liverpool, Gran Bretaña	18 diciembre 1997, Wellington, NZ	Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, 1938 (?)	p. 191
Jolly, Dr. Douglas Waddell	16 diciembre 1904, Cromwell, NZ	19 diciembre 1983, Surrey, Gran Bretaña	Teniente cirujano. Cuerpo médico del ejército de la República, febrero 1937 - octubre 1938	p. 111
<b>Kent, John Horatio (Jack)</b>	<b>Febrero, 1911 Eltham, NZ</b>	<b>31 mayo 1937, Barcelona</b>	<b>Voluntario de las Brigadas Internacionales (murió antes de llegar a España)</b>	<b>p. 91</b>
McDonald, William Mum	1913, Dunedin, NZ	1968, Lisboa, Portugal	Batallón Abraham Lincoln y Batallón Garibaldi, Brigadas Internacionales, enero 1937 - octubre 1938	p. 75
MacIntosh, Dr. Robert Reynolds	17 octubre 1897, Timaru, NZ	28 agosto 1989, Gran Bretaña	Anestesiista. Servicio médico del ejército franquista, 1937	p. 165

<b>Maclaurin, Griffith Campbell</b>	<b>19 septiembre 1909, Auckland</b>	<b>10 noviembre 1936, Madrid</b>	<b>Batallón Comuna de Paris, Brigadas Internacionales, noviembre, 1936</b>	p. 39
<b>MacLure, Alexander Crocker</b>	<b>25 noviembre 1911, Montreal, Canada</b>	<b>Octubre 1937, Fuentes de Ebro</b>	<b>Batallón 'Mac- Pap' y Batallón Lincoln, Brigadas Internacionales, marzo - octubre 1937</b>	p. 97
<b>Madigan, William, alias 'Martínez'</b>	<b>24 julio 1916, Wellington (?), NZ</b>	<b>1938, España</b>	<b>Batallón Lincoln, Brigadas Internacionales 1937-38</b>	p. 81
Montgomery, Dra. Gladys	4 junio 1891, Hamilton, NZ	23 diciembre 1969, Auckland, NZ	Médico. Unidad médica británica, 1937 (?)	p. 145
Morris, Dorothy A.	c. 1903-04, Christchurch (?), NZ	23 enero 1998, Christchurch, NZ	Enfermera. Brigadas Internacionales, febrero 1937-39	p. 145
Riley, Charles Francis (Dennis)	1893, Stepney, Gran Bretaña	21 noviembre 1982, Lower Hutt	Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, 1937-38	p. 59
<b>Robertson, Frederick Holmes</b>	<b>El Cairo, Egipto,</b>	<b>15 febrero 1937, Jarama</b>	<b>Batallón Británico de las Brigadas Internacionales 1937</b>	<b>p. 53</b>
Russell, Sir Peter	24 octubre 1913, Christchurch, NZ	22 junio 2006, Oxford, Gran Bretaña	Agente del servicio de inteligencia del gobierno británico	p. 161
Shadbolt, René (Rence) Mary	26 abril 1903, Duvauchelle, Akaroa, NZ	16 agosto 1977, Henderson, Auckland, NZ	Enfermera. Brigadas Internacionales, febrero 1937 - octubre 1938	p. 123
Sharples, Rubi Millicent (nacida Milner)	1892, Temuka, NZ	4 abril 1945, Auckland, NZ	Enfermera. Brigadas Internacionales, julio 1937 - mayo 1938	p. 123
Spiller, Herbert Leonard (Tom)	1909, Napier, NZ	12 diciembre 1984, Wellington, NZ	Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, 1937	p. 51

Texidor, Greville	1902, Londres	1962, Australia	Milicia anarquista, apoyo a niños huérfanos, 1936-38	p. 171
Wilson, Beryl Una	8 marzo 1907, NZ	1993, Auckland, NZ	Enfermera de quirófano. Brigadas Internacionales, diciembre 1936-1938	p. 137
Yates, Steve	c. 1895, NZ	<b>10 noviembre 1936, Madrid</b>	<b>Batallón Comuna de París, Brigadas Internacionales, noviembre, 1936</b>	<b>p. 47</b>

Los investigadores y autores de este libro agradecen cualquier información adicional sobre los nombres que aparecen en ese cuadro o sobre otros que falten. Datos de contacto: Spanish War, c/-Labour History Project, PO Box 27-425, Wellington: Nueva Zelanda, dirección de correo electrónico: [compañeros@lhp.net.nz](mailto:compañeros@lhp.net.nz)



*Compañeros kiwis* es un compendio de las historias extraordinarias protagonizadas por los voluntarios neozelandeses que participaron en la guerra civil española. Este libro es el primer intento de dejar constancia de la contribución de Nueva Zelanda a una guerra en la que participaron voluntarios de más de cincuenta países.

Entre estas historias se encuentra la de Doug Jolly (foto de cubierta), un cirujano nacido en la Isla Sur de Nueva Zelanda, que salvó la vida de cientos de heridos y fue descrito en aquella época como "el voluntario más importante de la Commonwealth". Muy poco se sabía de él hasta que Mark Derby, junto con un grupo de colaboradores, se lanzó a la tarea de recuperar su biografía, así como las de otros voluntarios de su país que decidieron tomar parte en un conflicto crucial que se desarrollaba en el otro extremo del mundo.

ISBN 978-84-8427-792-7 PVP 13€



9 788484 277927

<http://publicaciones.uclm.es>